

# EL OTOÑO DE LAS ESTRELLAS

Miquel Barceló y  
Pedro Jorge Romero

¿Qué ocurre si Dios no existe  
pero es posible crearlo?



**NOVA**

Lectulandia

GERIA es una colonia maldita y sus cambios estacionales un mortal cataclismo a nivel planetario. La vida subterránea es la única solución, excepto para los "buscadores": la absurda religión de los que creen que salir al exterior durante los mortíferos cambios de estación de Geria ha de permitirles encontrar a los gerios, los viejos moradores del planeta. Sin embargo, como suele suceder, las cosas no siempre son lo que parecen y, desgraciadamente, muchas religiones como la de los buscadores de Geria tienen poco que ver con la realidad. Tal vez no exista Dios, pero sí sus imitadores.

¿Cuál es el destino final de la humanidad en el cosmos? ¿Son legión o poquísimas las razas inteligentes en la galaxia? ¿Cuál es el futuro de la especie humana en el sistema solar? ¿Existe algún sistema seguro de interacción entre las culturas creadas por seres inteligentes en la galaxia? ¿Puede obtenerse energía de un agujero negro? ¿Cómo llega a existir un universo a partir de esa fluctuación del vacío cuántico que llamamos Big Bang? ¿Hay otros universos? ¿Han sido creados? ¿Por quién?

Esas y otras muchas son preguntas que la ciencia ficción comparte con la ciencia y para las que, por ahora, no hay respuesta cierta. Aunque sí es factible construir especulaciones en torno a posibles respuestas. De eso se ocupa la ciencia ficción. Eso hace esta novela.

Dos de los mayores especialistas españoles en el campo de la ciencia ficción, ambos con sólidos conocimientos científicos, colaboran en esta sorprendente novela que especula en torno a recientes hipótesis científicas. Un hito indiscutible en la moderna ciencia ficción española, que logra compartir el vértigo cósmico de obras clásicas e inolvidables del género como el mítico HACEDOR DE ESTRELLAS de Olaf Stapledon.

# Lectulandia

Miquel Barceló y Pedro Jorge Romero

## El otoño de las estrellas

ePUB v1.1

Rov 03.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título: El otoño de las estrellas

© 2001/06, Miquel Barceló y Pedro Jorge Romero

Editorial: Ediciones B

Colección NOVA nº 142

Ediciones B. Barcelona. Junio 2001

ISBN: 84-666-0299-2

Versión en ePub: Rov, Junio 2011

Corrección v1.1: Rov, Septiembre 2012

# Presentación

*Los lectores asiduos de nuestra colección saben que también publicamos novelas de ciencia ficción escritas en castellano. No han sido muchas, pero al menos las ha habido. Algo que nos distingue claramente de la gran mayoría de colecciones comerciales de ciencia ficción en España, que no suelen atender este aspecto, digamos «local», de la creatividad narrativa en la ciencia ficción.*

Erróneamente suele suponerse que el lector, interesado por los grandes autores de la ciencia ficción internacional, no va a prestar la misma atención a nuestros creadores locales. Y eso no es cierto. Al menos en NOVA, las ventas de los títulos de autores españoles no desmerecen en absoluto las del resto de la colección e, incluso, algunos títulos han constituido un claro éxito que parece haber estimulado su traducción a otras lenguas. Pienso ahora, por ejemplo, en la reciente *LA LOCURA DE DIOS* de Juan Miguel Aguilera (NOVA, número 110), de la que se está preparando ya su edición en francés.

Cierto que, ni siquiera en NOVA, son tantos los títulos de autor español como yo quisiera pero, sin contarlas muchas novelas cortas recogidas en los volúmenes del Premio UPC, lo cierto es que, con ésta, ya van a ser nueve las novelas escritas en España publicadas en NOVA. Si no son más es, simplemente, porque no encuentro originales de ciencia ficción escritos en España que se ajusten a las exigencias de calidad de una colección como NOVA. Los autores existen, pero no se dedican profesionalmente a escribir ciencia ficción por falta de un mercado estable, sino que deben ganarse la vida en otros menesteres y eso impide que «produzcan» toda la buena narrativa que podrían generar en el caso de dedicarse exclusivamente a ello.

Sea como fuere, nos satisface el hecho de haber contado en nuestra colección con obras de Elia Barceló (*SAGRADA*, NOVA número 19), Javier Redal y Juan Miguel Aguilera (*EL REFUGIO*, NOVA número 65), César Mallorquí (*EL CÍRCULO DE JERICÓ*, NOVA número 73), Rodolfo Martínez (*TIERRA DE NADIE: JORMUNGAND*, NOVA número 86), Javier Negrete (*LA MIRADA DE LAS FURIAS*, NOVA número 93), Rafael Marín (*MUNDO DE DIOS*, NOVA número 98), Juan Miguel Aguilera (*LA LOCURA DE DIOS*, NOVA número 110) y Ferran Canal (*NOS QUEDA LA PARÁBOLA*, NOVA número 142). Con la presente, van a ser 9 de 142 títulos, algo más de un seis por ciento. No es mucho pero, como antes decía, las hay.

Y ello sin contarlas 35 novelas cortas publicadas en los diez volúmenes del PREMIO UPC con muchos otros autores de lengua hispana que se añaden al elenco anterior: Ángel Torres Quesada, Carlos Gardini, Eduardo Gallego y Guillem Sánchez, Pedro A. García Bilbao, Gabriel Trujillo, Daniel Mares, Domingo Santos y tantos y tantos otros.

Pero entre toda esa narrativa parece faltar un tipo de ciencia ficción muy habitual en el mundo anglosajón y prácticamente ausente de la producción española. Se trata de esa ciencia ficción claramente basada en la ciencia, que ha dado en llamarse ciencia ficción hard, o dura. *Cierto es que EL REFUGIO de Redal y Aguilera, podría incluirse en cierta forma en ese tipo de ciencia ficción hard que, para algunos, llegó incluso a caracterizar (erróneamente) nuestra colección.*

Recuerdo que, en los primeros años de NOVA, algunos críticos del pequeño mundillo del fandom solían etiquetarla como una «colección de ciencia, ficción sólo especializada en ciencia ficción hard». Tal vez era una buena manera de diferenciarla del resto de colecciones de la historia del género en España y, de pasada, intentar socavar su indiscutible éxito, porque lo cierto es que el lector español no estaba muy acostumbrado a los mejores títulos de la ciencia ficción hard internacional basada en especulaciones científicas.

Evidentemente era mentira. En NOVA, como en botica, hay de todo, y muchos de sus autores difícilmente admiten la etiqueta de ciencia ficción hard. *Pienso ahora en Orson Scott Card, Lois McMaster Bujold, Sherí S. Tepper, Connie Willis, Vonda N. McIntyre, Walter M. Miller jr, Cordwainer Smith y muchos otros. Aunque ello no impide que en NOVA, al contrario que en el resto de colecciones especializadas en ciencia ficción en España, se hayan publicado muchos de los títulos característicos de esa ciencia ficción «científica», incluso clásicos como MISIÓN DE GRAVEDAD de Hal Clement (NOVA, número 55) o TAU CERO de Poul Anderson (NOVA, número 94), en su momento todavía inéditos en España a pesar de las décadas transcurridas desde su aparición en inglés.*

En general, conviene recordarlo aquí, la ciencia ficción hard suele suponer una mayor atención a especulaciones científicas cuyo misterio constituye el motor de la trama y, tal vez de forma inevitable, una menor atención a la psicología de los personajes. El «sentido de la maravilla» tan típico de la ciencia ficción reside en este caso en las maravillas propias de la ciencia y sus continuas novedades. El encanto de estas obras suele consistir en la sorpresa de especulaciones arriesgadas, más o menos basadas en la ciencia más actual y en su posible extrapolación. Un subgénero que no suele ser bien comprendido en un país como España, con una formación media en el campo científico-técnico que no siempre resulta encomiable.

Como el lector habrá deducido, les voy a presentar precisamente una novela escrita en España y que no oculta su contenido de ciencia ficción hard, *especulativamente basada en algunas de las más recientes hipótesis científicas.*

Creo que, en realidad, EL OTOÑO DE LAS ESTRELLAS nació precisamente con este fin: demostrar que en España es posible escribir una ciencia ficción hard que no desmerezca en nada la que, a lo largo de los años, se ha escrito en inglés. Para ello era necesario contar con un autor que conociera a fondo la ciencia ficción y que amara (o

incluso tal vez practicara) la ciencia. Desgraciadamente, eso limitaba mucho el campo de autores posibles, y acabé escribiéndola yo mismo con mi amigo Pedro Jorge Romero, quien sorprendentemente sigue siendo amigo tras la escritura de esta novela que, sin el correo electrónico y otras ayudas informáticas, tal vez no hubiera llegado a buen fin.

La cosa empezó en enero de 1998, cuando unilateralmente envié a Pedro una larga sinopsis de un proyecto. La trama adolecía de diversos y preocupantes huecos, y el final era más bien inseguro y marcadamente incompleto. Eran casi diez páginas a un solo espacio que Pedro supo comprender, apreciar y, lo más importante, completarla para rellenar los huecos y encontrar un final correcto, además de documentar muchos de sus aspectos científicos, en aquel momento centrados en la nanotecnología.

Durante varios meses trabajamos en ese proyecto de novela, completando la trama, buscando datos, consultando artículos científicos y, en realidad, divirtiéndonos mucho pero sin llegar a escribirla.

En julio de 1998, ante la convocatoria del Premi Juli Verne (*novela corta de ciencia ficción escrita en catalán*) organizado por el Cercle de les Arts i les Lletres d'Andorra, se me ocurrió la posibilidad de escribir parte de lo que llevábamos pensado y presentarnos al concurso. Pedro estuvo de acuerdo: *el muy malvado sabe que no usa el catalán ni siquiera en la intimidad, y que todo el follón quedaba a mi cargo. Eso sí, Pedro redactó un par de capítulos en castellano y puso en limpio algunos de los resúmenes que él mismo había elaborado sobre nanotecnología. Yo escribí la novela entera en catalán, unas 120 páginas, y la presenté al concurso con el nombre de los dos autores (uno tiene su ética...).*

*TESTIMONI DE NAROM, que así se llamaba esa versión de la novela, ganó el concurso y nos repartimos el premio: Pedro estaba muy contento (¡a bodas me convidas!) y creo recordar que se compró un reproductor de DVD con el importe del premio. Yo, como corresponde a un hombre casado, puse ese importe a disposición de mi esposa...*

Quiso el cielo que el banco patrocinador del Premi Juli Verne, imagino que sin haber leído la novela, decidiera abandonar esa acción cultural y, de forma paralela, la editorial que publicaba las novelas ganadoras del premio dejó de hacerlo. *TESTIMONI DE NAROM podía ser la primera ganadora del Premi Juli Verne que quedaría inédita.*

Afortunadamente, el factótum de la ciencia ficción catalana, Antoni Munné-Jorda, llegó a convencer a Pagés Editors que podía ser interesante publicar *TESTIMONI DE NAROM* junto a la reedición de otras obras ganadoras del Juli Verne en años anteriores, e iniciar una nueva colección de ciencia ficción en catalán. Así se hizo y, desde enero de 2000, *TESTIMONI DE NAROM* arrasa (es un decir..) en el mundillo de

*la ciencia ficción publicada en catalán, en realidad aún más reducido que el de la publicación en castellano.*

Ése fue el aliciente final. Se me ocurrió que debíamos seguir con el proyecto completo y escribir la versión «larga» de esa novela para el mercado de la ciencia ficción publicada en castellano. Pedro, con la inteligencia que le caracteriza, me recordaba una y otra vez que él seguía sin usar el catalán ni siquiera en la intimidad, y que era yo quien debía convertir al castellano lo que TESTIMONI DE NAROM contenía. Al final, faltó del tiempo necesario para teclear de nuevo todo el texto, me encerré una madrugada con TESTIMONI DE NAROM y una grabadora y, abusando de mi bilingüismo, fui pronunciando en voz alta en castellano lo que mis ojos leían en catalán. Envié las dos cintas a Pedro y me desentendí del asunto. La patata caliente estaba ya en sus manos.

Tras mucho porfiar, al final me llegó la primera versión de EL OTOÑO DE LAS ESTRELLAS en castellano. Incluía gran parte de TESTIMONI DE NAROM (con algunos nombres cambiados y sin el final que yo había tenido que crear para «cerrar» la novela y poder presentarla al Juli Verne), y se completaba con la segunda línea narrativa que daba pie a otras extrapolaciones a partir de recientes hipótesis científicas. Al final, ambas historias confluían en lo que nos parece nuestra peculiar aportación al vértigo cósmico tan típico, por ejemplo, de autores como Olaf Stapledon y su HACEDOR DE ESTRELLAS.

*Luego llegó el calvario.*

Gracias al «control de cambios» del Word de Microsoft y a un continuado ir y venir entre Barcelona y Santiago por medio del correo electrónico, la versión final de EL OTOÑO DE LAS ESTRELLAS fue adquiriendo forma. En estos casos, cuando colaboran dos autores, ambos con ideas propias y un exceso de personalidad, no hay más remedio que pactar. No ha sido siempre fácil. Lo milagroso es que seamos siendo amigos.

Pero al final lo hemos logrado. Tras mucho ir y venir por Internet y, contando con la ayuda final de la brillante corrección de estilo de Roser Ruiz, ésta es la novela en la que nos hemos complacido. Tal vez en el futuro vengan otras, ya se sabe que quien avisa no es traidor...

Al final, hemos incluido una «Nota de los autores» con referencias a los libros y artículos científicos que nos han servido de inspiración, aun cuando, como allí se recuerda, esto es «sólo» ciencia ficción y no ciencia. La lectura de esos textos nos ha resultado muy estimulante y, evidentemente, la recomendamos a todos los interesados.

Narrada la génesis de esta peculiar novela, ahora debería contarles algo de su argumento. No lo voy a hacer. En realidad me siento incapaz de lograrlo con un mínimo de objetividad, dado que conozco demasiado lo que los autores perseguían en



su loco intento.

A mi me gusta lo que ha quedado al final, aun cuando, tras los últimos meses de modificaciones e intercambio, me temo que conozco casi todos los defectos de la novela que, evidentemente, los tiene. Como todo en este mundo, es manifiestamente mejorable, pero no olviden nunca que se trata, de forma voluntaria, de ciencia ficción especulativa en torno a determinadas hipótesis científicas recientes y que, al menos al final, nuestro referente (¡osados que somos!) es nada menos que Olaf Stapledon y su *HACEDOR DE ESTRELLAS*. *Un título que, por supuesto, no es ajeno al nuestro, que si a algunos les recuerda a otro otoño más patriarcal, les aseguro que no tiene nada que ver con él.*

Pasen y vean. Sí encuentran algo mejor (en ciencia ficción hard *escrita en España*), tal vez incluso logren convencer a la editorial de que les devuelva el dinero... *Lo dudo (esto último, con música de Los Panchos).*

MIQUEL BARCELÓ

# I

## La discusión

Aquella fue la última vez que la vi. Todavía recuerdo esa discusión.

En aquellos días, Geria era todavía un planeta escasamente habitado, alejado de los asuntos importantes de la administración central, excepto para aquellos que se hallaban interesados en su potencial minero, sus grandes enigmas científicos y su alocada religión local, entonces ya bastante desprestigiada.

Pero, ciertamente, aún no era el abandonado Geria y yo era uno más de los muchos que discutían con su chica. Sin saberlo, lo hacía por última vez.

—Es absurdo, es un suicidio, no puede salir bien. —Era todo lo que acertaba a decir. Estaba cabreado, y la tensión me obligaba a moverme incómodo en el asiento. La habitación, su habitación, estaba a oscuras y yo, pese a mis esfuerzos, apenas conseguía distinguir el perfil de su cara.

—Una civilización no humana no es ninguna tontería. Debes pensar en el potencial intelectual, en todas las cosas que podríamos aprender —dijo, rebotando entusiasmo en cada sílaba. Se recostó en el asiento y cruzó los brazos—. No, ya está decidido: voy a intentarlo.

Siempre tan segura de sí misma, siempre tan dispuesta a la aventura. De hecho, si he de confesar la verdad, eso era precisamente lo que más me atraía de ella. Ese espíritu indomable, esa curiosidad sin límites. Yo soy, por así decirlo, más prudente. Siempre dispuesto a dejar que las cosas pasen a mi alrededor. Ella no. Ella siempre estaba dispuesta a marcarse nuevos objetivos, a explorar nuevos caminos. ¿Qué hacíamos juntos? Nunca he sabido explicármelo. Quizá sea cierto que los opuestos se atraen. No importa, ya lo he dicho, yo soy... más tranquilo. Sí, dejémoslo así: más tranquilo.

Lo importante es que en esa ocasión no me gustaba nada, nada, lo que pretendía hacer.

—Esa civilización alienígena no existe. Son leyendas, fantasía. Cierto —admití —, hay restos arqueológicos, pero tienen miles y miles de años y están mal conservados. Y en cuanto a las historias de los primeros exploradores; ¿realmente quieres guiarte por ellas? —Yo insistía, buscando desesperadamente argumentos a mi favor. No podía permitir que cometiera esa locura.

Ella me miró con cierto desprecio. Sus adorados ojos verdes, ligeramente grisáceos, se clavaron en mí y me atravesaron. Se acarició el pelo negro, tomándose su tiempo antes de contestar. No quería hacerme más daño del que ya me había

hecho.

—El misterio nunca ha sido desvelado —dijo lentamente—. Quiero saber por qué. —La seguridad de su voz era absoluta—. No me importa si no quieres venir. Yo sí iré.

—Es una expedición sin sentido. —Esperaba encontrar algún argumento para, al menos, retrasar su marcha—. Espera un poco, a la próxima estación —rogué al final. La enormidad de lo que quería hacer me ponía nervioso. Demasiada improvisación, el maldito peligro de actuar sin haberlo pensado bien—. Además —añadí finalmente —, nunca lo autorizarán.

Se irguió felina, con sus largos brazos cruzados sobre el pecho. Volvió a mirarme con frialdad. Al rato, se echó atrás.

—Si no lo autorizan, tendré que hacerlo sin autorización.

Me miraba fijamente a los ojos y ambos sabíamos lo que eso significaba. Yo me negaba a darme por vencido. A la desesperada, insistí:

—Pero ¿no entiendes que arriesgarás tu vida por nada, por una quimera? Si no te matan las tormentas, lo hará el malpaís. Nadie puede sobrevivir allí, y nunca ha vuelto ninguno de los muchos que lo han intentado.

A pesar de la escasa luz, vi, tal vez intuí, que fruncía la frente. En ella, ese gesto indicaba simultáneamente la opinión que le merecía lo que yo acababa de decir, el ridículo de poder rechazar la grandeza por el simple temor a perder la vida y, algo peor, la absoluta resolución en la decisión que había tomado.

—¿Y tú no entiendes —me dijo, en ese tono que se usa para explicar las cosas a los niños— que alguien debe intentarlo? Nosotros podemos ser los primeros que regresemos con noticias o información de valor.

—Pero salir en un cambio de estación como el que ahora se acerca es de lunáticos. Si hay que salir a explorar, por qué no esperar a la estación de Estallido, o la de los Frutos. Cualquiera de ellas ofrecería más garantías.

Ya me había puesto en pie y andaba, como un animal enjaulado, de un lado a otro de la habitación. Ella seguía mirándome fijamente sentada junto a la mesa.

—¿No lo entiendes? Los gerios sólo aparecen durante los cambios de estación. Eso es seguro. No se les puede ver a menos que haya un cambio de estación. Cuanto más desierto y pelado está todo, más fácil es verlos. Además, tengo mis propias razones para intentarlo ahora.

Estaba plenamente convencida. Hablaba como si tratara de explicar la verdad revelada a alguien que se negaba a la conversión.

—Sí, claro —dije yo—. Los famosos gerios que nadie ha visto nunca. Fantasías, fantasías de locos.

No podía evitar moverme. Agitaba inquieto los brazos, como si de esa forma mis argumentos adquiriesen más fuerza frente a su absurda convicción.

Ella insistió:

—No, son reales. Hay pruebas. Están ahí fuera.

Me planté frente a ella.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¿Las leyendas? Todas falsas, todas inventadas. Los gerios, si alguna vez existieron, desaparecieron hace miles de años. Cuando la humanidad llegó aquí, sus ciudades no eran más que polvo y ruinas enterradas. Al principio mucha gente murió buscando gerios, como ahora quieres hacer tú. Salían durante el cambio de estación y no regresaban nunca.

»No, hace mucho que no queda nada de los gerios. Sólo ruinas y una estúpida religión inventada para engatusar a los ilusos.

—Ninguna religión es estúpida —replicó ella—. Y ésa menos que ninguna. Muchos eruditos y estudiosos creen que puede haber mucho de cierto en esa religión de Geria. Alex Santana, por ejemplo...

—Un viejo loco —la interrumpí yo—. Un fanático.

Aparté la vista para demostrar mi desprecio por aquel autoproclamado profeta.

Sorprendentemente, ella me habló con calma.

—Puede que sea viejo, no más que tus padres o los míos, por ejemplo. Pero no está loco. Es lógico y racional. Ha realizado una nueva interpretación de las narraciones clásicas. —De nuevo aquel tono de voz de profesora que habla con un alumno particularmente lento—. Al menos, a mí me ha convencido. Participaré en la expedición.

—No podréis salir, las compuertas estarán cerradas durante todo el cambio de estación. Toda la colonia quedará aislada. Entonces no será posible salir, ni tampoco podéis esperar fuera si salís antes de que comience el cambio; podrían pasar días, e incluso semanas. No, no lo haréis.

Ella sonrió. Aquella sonrisa enigmática que me había atraído la primera vez. La misma sonrisa que sigue en mi recuerdo.

—Tenemos medios. —Se recostó—. Amigos.

Me quedé sorprendido.

—¿Los bajos fondos?

Volvió a sonreír.

—Yo no he dicho nada —afirmó.

—¿Vais a confiar vuestras vidas a una banda de delincuentes? ¿A gente sin escrúpulos? Lo denunciaré.

Me miró fijamente.

—No —dijo muy despacio—, no lo harás.

Era cierto. No podría denunciarla, de la misma forma que no podría arrancarme un pie. No se trataba tanto de amor, a pesar de que la quería, como de una lealtad tal vez mal entendida, lo admito, pero a los amigos no se les traiciona. En ocasiones

sería mejor para una persona detenerla antes de que cometa una locura. Eso lo sé, lo entiendo, pero soy como soy y ella me conocía muy bien. No podría denunciarles.

Además, en aquel momento tampoco sabía que, aunque hubiera querido, no hubiese tenido tiempo de hacerlo.

—Bien, será mejor que lo dejemos. —Yo deseaba aplazarlo todo, terminar esa discusión sin sentido. Esperar a ver si el tiempo de sueño o el nuevo día le hacían cambiar de opinión—. Mañana podremos volverlo a discutir.

—No hay nada que discutir —contestó ella con toda la seguridad del mundo.

—Ya lo veremos —repliqué muy enfadado, y me levanté para marcharme a casa. Era mi ridícula manera de castigarla por su osadía. Aquella noche no la pasaría con ella. Aunque así también me castigaba a mí mismo.

Estaba enfadado y ni siquiera me volví. Tampoco le di un beso. Me limité a despedirme secamente.

—Adiós —dije, y cerré la puerta de golpe.

Todavía hoy lamento haber actuado así. Si lo hubiese sabido...

Aquella noche comenzó el cambio de estación.

Nunca hubiese creído que resucitar resultara más doloroso que morir. Abrir los ojos. Dejar que la luz entrase. Una sensación incómoda y turbia, nada físico, similar a un dolor en el alma.

Por el contrario, morir había sido incómodo, pero al final se había convertido en algo casi placentero. Él había leído, mucho tiempo atrás, que en el momento de la muerte el cerebro libera grandes cantidades de endorfinas para proporcionar un fallecimiento agradable. Recordaba que durante semanas se había preguntado cómo podía ser eso. ¿Qué ganaba la naturaleza ofreciendo una muerte placentera? ¿Cuál era la presión evolutiva para un fenómeno como ése? Había concluido que debía tratarse de un mito.

¿Cómo era posible que recordara su muerte?

Vagamente, sí. La sensación de soledad. El traje espacial que iba a convertirse en su ataúd cada vez le parecía más apretado. La falta de oxígeno. La contemplación fija de las estrellas mientras giraba lentamente, más allá de toda posible salvación. El lento sueño de la anoxia. Y luego cerrar los párpados. Morir con tranquilidad.

Pero eso era imposible. Nadie podía recordar su propia muerte. Por definición, la muerte era el final de la vida. Después no había nada más. Y por tanto...

A menos...

Nunca había creído en ninguna religión, al menos nunca con especial devoción. Quizá había creído en algo, la necesidad de trascendencia, pero en todo caso de una forma vaga e imprecisa. No podía creer que realmente hubiera vida después de la muerte.

No veía más que una neblina blanca. La sensación de incomodidad y dolor ya había pasado, pero se sentía a cada momento más nervioso.

¿Dónde estaba? ¿Era aquello el cielo? ¿El infierno?

No, debía dejar de pensar esas cosas. Todo tenía una explicación racional. De eso estaba seguro. Siempre había creído que todo podía ser explicado y no iba a dejar de hacerlo ahora. Mierda, le habían entrenado para ser astronauta, y no debía perder los nervios. Lo primero era descubrir dónde se encontraba, qué había pasado con la nave y con la misión.

¿Le habían rescatado? ¿Se encontraba en un hospital? ¿Había estado en coma y acababa de salir de él? Entonces, ¿por qué no había un médico o alguien a su lado?

Una sombra delante de los ojos. Una figura. De pronto una voz cálida.

—¿Cómo se encuentra?

Se sorprendió al oírla. Sintió que se ponía cada vez más nervioso. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía controlarse? Luego, con igual rapidez, notó que se calmaba.

—Ya está, lo hemos ajustado. ¿Cómo se encuentra?

Intentó fijarse en la fuente de la voz. Se encontraba justo delante de él, pero apenas podía apreciar detalles. Un hombre, bípedo.

—No le veo. ¿Estoy ciego?

—Un momento —dijo la voz.

De pronto la visión se hizo perfectamente clara, como una imagen súbitamente enfocada. Frente a él se hallaba un hombre, de unos treinta y cinco años, metro ochenta, de piel negra y pelo corto. Vestía lo que parecía ser un mono que se le ajustaba perfectamente al cuerpo.

—¿Cómo se encuentra? —repitió.

Intentó mover los ojos. Al principio advirtió una ligera resistencia, pero pronto cedió y pudo distinguir lo que le rodeaba. Todo blanco. Se volvió. Detrás de él la estancia era igualmente blanca. No apreciaba ni esquinas ni bordes. Parecía una esfera. Levantó la vista. Sí, una esfera. Miró abajo. Su cuerpo, tal y como lo recordaba, estaba sentado en una silla anatómica también blanca. Se encontraba ligeramente reclinado.

Sin levantar la vista dijo:

—Bien. ¿Dónde estoy?

—En la nube de cometas de Oort —fue la respuesta.

*Dios mío, la nube de Oort*, pensó. Los nervios comenzaron a apoderarse de él. La súbita calma llegó nuevamente. ¿Le estaban controlando? *Ya no estamos en Kansas, Toto*, pensó. No se atrevía a mirar al hombre. No podía ser, no podía ser.

—¿Qué año? —se atrevió a preguntar al fin, con voz algo débil. Más valía enfrentarse a lo inevitable.

—3729, según el calendario de su época.

¡Más de mil quinientos años por delante de su tiempo! ¿Qué había pasado? ¿Qué le habían hecho? Se sintió súbitamente perdido, atrapado en un laberinto hecho de tiempo. ¡Milenio y medio! ¿Dónde había estado todo ese tiempo? Sintió que la desesperación acechaba, pero la sensación de calma también estaba presente, ayudándole a asimilar la situación.

—Dígame su nombre —ordenó la voz.

Su nombre. ¿Su nombre? No lo recordaba. Sus padres, su niñez, su mujer, ¿Isara?, la Agencia Espacial Internacional, el espacio, Júpiter... ¡Júpiter! Allí había sido. En la misión a Júpiter. Había tenido que salir de la nave. ¿Por qué? Un accidente... una explosión... su cable se había roto y se había perdido en el espacio.

¡Su nombre!

—Tawa —respondió de pronto. Tawa, sí, Tawa. Lo repitió mentalmente varias veces. Era bueno saborearlo.

—Bien —dijo la voz—. Es buena señal que recuerde su nombre. Muchos de sus recuerdos están ya disponibles o volverán poco a poco. Otros, los especialmente traumáticos, tal vez no los recupere nunca. El proceso no es perfecto y no teníamos mucho con qué trabajar.

«Dígame, ¿cómo se siente?»

¿Cómo se sentía? Tenía sueño. Quería dormir. No, no era eso. Quería olvidar. Quería no saber. Eso era. Deseaba no creer lo que le decían. Deseaba pensar que todo era parte del entrenamiento. Algún directivo se había vuelto loco y había inventado una nueva prueba de destrucción. Querían partirlo, dividirlo en fragmentos, aplastarlo para comprobar hasta dónde podía aguantar.

Su familia. Su mundo. Su trabajo. Su vida. Su siglo. Su mujer. ¡Isara! ¿Qué había sido de ella? ¿Cómo podía permitir que le hiciesen eso? ¿Había muerto ya? ¡Dios, quince siglos!

—Por favor —insistió la voz, ahora con mayor inquietud—, intente responder. Es muy importante.

Miró al suelo. Blanco. ¡Maldito blanco! Allí todo era blanco. Menos aquel hombre. El era negro. Levantó la vista. Aquel hombre llevaba la tristeza en los ojos.

Para ser un habitante del siglo XXXVIII no resultaba muy impresionante.

¿Dónde estaría el mar? A Isara le gustaba mucho el mar. La playa. Siempre organizaba unos viajes increíbles. Sombrilla, nevera, comida, Toda la parafernalia. Era incapaz de ir simplemente a la playa y quedarse allí, tumbarse sobre la arena y disfrutar. Isara. ¡Cómo la echaba de menos!

—Mal —contestó al fin—. Me siento mal. ¿Cómo se supone que debo sentirme?

Extrañamente, el hombre pareció satisfecho. La respuesta debía de ser la que buscaba. Ahora que lo pensaba, era evidente. Empezaba a aceptar la situación.

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar.

—En el año 3729, como le he dicho.

Frunció el ceño. Transformó la boca en una línea delgada. Lo miró fijamente.

—No le creo. Demuéstrelo.

El hombre no pareció inmutarse. Se limitó a retroceder un poco y mover la mano. Una silla salió del suelo justo a su lado. Con tranquilidad, el hombre se sentó.

—Mí nombre es Jabru, y llevo algún tiempo estudiando su cultura. Por esa razón, se decidió que yo era el más adecuado.

Una pausa. El hombre se inclinó hacia delante y miró fijamente a Tawa con aquellos ojos tristes. Eran azules. Ahora los veía con claridad.

—Le encontramos en el espacio. Hicimos todo lo posible por salvarle, pero ha pasado mucho tiempo. No estábamos seguros de que su recuperación fuese completa.

Tawa tragó saliva. Aquella locura seguía su movimiento inexorable.

—No le creo. Esto no es más que otra jodida prueba de esos psicópatas de control. Demuéstrelo.

Jabru, así había dicho que se llamaba, se echó hacia atrás sobre la silla.

—Es usted un hombre inteligente. —Una ligera vacilación—. Un astronauta; todavía conservamos los registros de su época. Sabe perfectamente que realmente no puedo hacer nada para demostrar lo que digo. Si yo ahora mismo hiciese transparentes las paredes de esta esfera, ¿me creería usted? ¿No pensaría que estamos en algún entorno preparado que me permitiese hacer algo así?

»Si, por ejemplo, yo me transformase ante sus ojos en un... en un gato, ¿me creería? ¿No pensaría que nos encontramos en alguna especie de ambiente sintético creado exclusivamente para usted?

Notó que apretaba con fuerza los apoyabrazos de la silla. La situación era irresoluble. El hombre, Jabru, tenía razón. Siempre podría encontrar una razón para rechazar la situación, siempre habría una forma de pensar que le engañaban. La mejor hipótesis de trabajo era aceptar por el momento que lo que le decía era cierto y luego, si podía, descubrir cuál era la verdad.

Recordó de pronto la película *2001*, todo un clásico de la vieja astronáutica. Era una fantasía sobre viajes por el espacio, curiosamente también a Júpiter, un Júpiter muy distinto del real. Los textos señalaban que había sido criticada por su frialdad, porque los personajes no demostraban emociones y no sufrían ataques de pánico. Pero eran astronautas, maldita sea; claro que no sufrían ataques de pánico: les habían entrenado para esperar lo inesperado, para superar las crisis con calma e inteligencia. Como a él.

—Bien —dijo al fin, mirando a Jabru con ojos fijos y duros—. Perfecto. Aceptemos que dice la verdad. Estamos en el 3729 y de alguna forma me han resucitado. ¿Por qué?



Jabru pareció considerarlo como una reacción positiva.

—Es usted un héroe.

—Por haber muerto —dijo él con sorna.

—No, por haberlo intentado. Sin personas como usted no hubiese sido posible nuestra situación actual. Una vez descubierto su cuerpo... bien, simplemente no podíamos dejarle flotando en el espacio.

Sí, claro, ese hombre le había dicho que se encontraban en la nube Oort. Bueno, tal vez admiraban a los astronautas.

—Pero, cómo...

Jabru se reclinó un poco.

—Gracias a los sistemas de su traje, aunque primitivos, su cerebro no sufrió demasiados daños. Pudimos reconstruir informáticamente gran parte de su mente. Le fabricamos un cuerpo...

—¿Por clonación?

—No. Nanotecnología.

—¿Nanotecnología?

—Sí. Su cuerpo actual es una colectividad de nanomáquinas. Está programado para contener su mente y adoptar la forma que usted tenía al morir. Pero, por supuesto, se encuentra bajo su control consciente. Pronto aprenderá a usarlo.

Miró su cuerpo. ¿Nanotecnológico? Absurdo. Todo aquello tenía que ser una conspiración, un plan, una prueba más del entrenamiento: ¿qué ocurriría si te despertaras en el futuro? Eso era: le estaban preparando. Su cuerpo tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba.

Miró a Jabru.

Éste pareció leerle el pensamiento.

—Las nanomáquinas pueden imitar texturas y colores, pueden pasar por piel, escamas o tejidos. No es necesario, evidentemente, pero en su caso se consideró lo mejor para empezar. En el espacio, el cuerpo nanotecnológico es prácticamente indestructible. Y al tener forma humana, se encuentra a la misma escala que nuestra civilización.

Miró de un lado a otro. Cada vez se sentía más nervioso.

—Vale. Me rindo. Por favor, sáquenme de aquí. No valgo para esto, no puedo soportarlo. La misión habrá de ser para otro —le dijo al aire.

Experimentó de nuevo aquella extraña calma.

Volvió a mirar a Jabru fijamente, con incredulidad.

—Sí —dijo Jabru—, estamos controlando sus respuestas emocionales. Queremos que entienda su situación. No es una prueba, no forma parte de la preparación. Todo esto es real.

»Mire su mano.

Movió la vista. Tenía la mano apoyada en la silla. Parecía perfectamente normal, incluso tenía la familiar cicatriz en el meñique. De pronto, los dedos empezaron a disolverse. Toda la mano se convirtió en una larga hoja de brillo metálico. A continuación, la hoja fue extendiéndose hasta ocupar una superficie descomunal, de unos cuatro metros cuadrados, que se expandía entre la neblina blanca más allá de ese hombre que decía llamarse Jabru. Él mismo, la conciencia de Tawa a la que se aferraba como la única realidad existente, contemplaba todo aquello como si no fuese con él, como si le estuviese ocurriendo a otra persona. Se sentía remoto y extrañamente indiferente a lo que sucedía.

Jabru volvió a hablar:

—Es una de las muchas habilidades de su cuerpo. En caso de necesidad, puede transformar una parte de él en un panel de energía solar.

Lentamente, la hoja fue recogándose. Fluyó subiendo por la silla como si fuese mercurio y finalmente volvió a formar su mano. La levantó. Parecía piel. Podía distinguir los poros, el vello...

—El nivel de detalles es excesivo —dijo Jabru—. Ahora mismo está consumiendo demasiados recursos. Por el momento no hay problema. Pero tendrá que aprender a pasar con menos.

Tawa pasó la mirada de su mano a Jabru, y de éste de nuevo a su mano.

—Espero que comprenda —prosiguió Jabru—, que en el espacio un cuerpo nanotecnológico es la mejor opción.

—Un traje espacial permanente y extremadamente versátil —dijo Tawa distraído. Podía entender la lógica subyacente, pero no conseguía aceptar los hechos.

Levantó la vista.

—¿El mono que lleva puesto...?

—Exacto —dijo Jabru.

—¿El color se su piel...?

—Nací de piel negra, aunque eso ya no significa nada. Pero, si tengo que ser humano, es difícil luchar contra los hábitos.

Adoptó una expresión más seria.

—Espero que comprenda nuestras razones. No podíamos dejarle allí. Varios comités de ética debatieron largamente el tema. Los recursos no son un problema; con nanotecnología casi se puede imitar cualquier cosa. Al final se decidió que lo mejor era dejar que usted decidiese.

Tawa meditó en silencio. ¿Qué podía hacer? La idea de vivir en el futuro le producía vértigo, un vértigo nervioso en el estómago. Se recordó que ya no tenía estómago, que simplemente reaccionaba como si estuviese allí. Si lo que Jabru le había contado sobre el cuerpo nanotecnológico era cierto, incluso era muy posible que pudiese hacer desaparecer la sensación de tener un estómago. El estómago ya no

era más que una entelequia, una ficción generada para su comodidad. Supuso que si prestaba atención podría incluso sentir los latidos del corazón. Sí, allí estaban. Sonrió.

Alto. Tenía que dejar de pensar en órganos del cuerpo. Aquello era absurdo. Debía concentrarse en lo importante.

¿Qué era lo primero que debía hacer? Eso, aceptando que ahora vivía en el mundo feliz, ¿cuál debía ser su primer paso?

—Muéstrame el mundo exterior-dijo.

—No hay nada en el mundo exterior —contestó Jabru—. Estamos en el espacio. Sólo veríamos las estrellas.

—No importa, enséñamelo.

—Muy bien.

Las paredes dejaron de ser blancas y lentamente se volvieron transparentes. El manto negro de la noche espacial sustituyó la luminosa neblina blanca. Las estrellas tachonaban el fondo de esa sima infinita. La ilusión de encontrarse flotando en el espacio era perfecta.

La visión no le resultaba desconocida. Al fin y al cabo así recordaba su muerte: aislado y solo en medio de la negrura. El cuerpo nanotecnológico o lo que fuera debió de actuar para contener el pánico que pugnaba por salir a flote al recordar una interminable experiencia traumática. Tal vez por eso le fue permitido recordar cuántas otras veces se había encontrado en situaciones similares, en el exterior, haciendo reparaciones, examinando los instrumentos, preparando la operación. En medio del trabajo, uno levantaba la cabeza y allí estaban las estrellas.

Sin embargo, siempre había sido una experiencia mediatizada por el traje. En cambio esta vez, en el supuesto año 3729 y en medio de ese milagro inesperado, tenía la sensación real de encontrarse flotando ante el universo. Ya no desnudo y desvalido como un frágil ser humano abandonado que se enfrenta a su propio destino y su inevitable muerte. Se sentía seguro, ajeno a la resignada desesperación de las horas que precedieron a su muerte.

Si Jabru decía la verdad, ahora ya no era un ser humano frágil y vulnerable. Su cuerpo, si en efecto hacía todo lo que se afirmaba de él, podría sobrevivir al espacio. Sin saber cómo, sin querer creer en ese absurdo que Jabru pregonaba, lo percibía en cada ¿célula? de su cuerpo. No se sentía inclinado a creer a jabru, pero se veía obligado a percibir la confiada seguridad que emanaba de su cuerpo.

Estar en el espacio, incluso sin traje protector, ahora le parecía posible. Podía repetirlo en cualquier momento.

Pero ¿por qué iba a hacerlo?

¿Qué razón le quedaba para hacer nada? ¿Cuál podría ser su lugar en una sociedad tan lejana y ajena a la suya? ¿Qué sentido tendría ahora su existencia? Su preocupación le hizo expresar esos temores en voz alta:

—Y ahora, ¿qué voy a hacer con mi vida?

Jabru pareció considerar que la pregunta iba dirigida a él:

—Me temo que eso tendrá que descubrirlo usted mismo.

# III

## Geria

No lo supe hasta el día siguiente. Por descontado, la información se encontraba casi desde la medianoche en todos los terminales, pero la discusión hizo que no le prestara atención. De hecho, es más que probable que, de haber intentado salir al exterior aquella noche, me lo hubiesen impedido. No obstante, vivíamos demasiado cerca el uno del otro como para que el regreso a mi apartamento de soltero me obligase a salir de los recintos. De camino a casa me encontraba demasiado enfadado y preocupado como para prestar atención a las noticias. Al llegar, me fui directamente a la cama.

No me sirvió de nada. Me fue casi imposible dormir.

No dejaba de darle vueltas a esa absurda locura de intentar salir al exterior durante un cambio de estación. Confiaba en tener tiempo para conseguir que reconsiderase su loco propósito.

Para alguien que no conozca Geria, es posible que la idea de una simple tempestad pueda parecer casi inofensiva. Pero las tempestades de Geria no son como las de otros lugares.

En primer lugar, las tempestades marcan el cambio de estación que, a pesar de su nombre, tampoco se parecen en nada a las estaciones posibles en otros planetas. En segundo lugar, las tempestades son de tal intensidad y cubren tan completamente el planeta que resultan absolutamente mortales. No se sabe de nadie que haya sobrevivido en el exterior en fase de tempestad cuando se produce el cambio de estación.

Por esa razón, todas las zonas ocupadas de Geria estaban construidas bajo tierra, a varios metros de profundidad. Sólo así se puede garantizar un mínimo de protección, que nunca es total, frente a los misteriosos fenómenos del exterior. Incluso los caminos que conectan las diversas zonas habitadas son subterráneos, porque nadie quiere que desaparezcan durante un cambio de estación.

Peor aún. Los cambios de estación son totalmente aleatorios. Se han realizado todo tipo de estudios y jamás se ha conseguido descubrir una pauta, una mínima lógica, en la secuencia de acontecimientos. Incluso la duración de las estaciones de Geria es arbitraria. Es como si la naturaleza de Geria obrara de forma absurdamente caprichosa.

El cambio de estación se produce más o menos tres veces al año. Todo el planeta participa en ello. En el exterior, el horizonte se vuelve turbio de manera repentina, se

pierden de vista las montañas lejanas y las nubes se desplazan ululando por todo el planeta como si fuesen bestias feroces que no pueden ser apaciguadas de ninguna forma. Los vientos huracanados desafían la gravedad y levantan en el aire todo tipo de objetos, agitándolos como si fuesen ligeras hojas de papel y, lo más evidente, transportando por todas partes una lluvia pesada y plena procedente de los océanos y los lagos. Todo el planeta deviene un continuo estallido de lluvia y viento.

En cualquier caso, ese comienzo de lluvia y viento es todo lo que se conoce. Justo cuando se inicia el cambio. Por fuerza la vida en Geria ha de ser subterránea.

El cambio de estación se presenta, inesperadamente, tres veces al año. No es seguro estar en el exterior. Después de las desgracias de los primeros tiempos, todos habían aprendido a respetar al planeta y su particular climatología casi mágica.

Cuando era un chaval y vivía en casa de mis padres, lo más normal al inicio de las lluvias era detener casi todas las actividades y esperar el final del periodo de transformación escuchando quizá el viento y la lluvia que golpeaban en el exterior. Era preciso luchar contra el aislamiento que comportaba la llegada de las lluvias. Había medios de comunicación entre los centros, que de forma tal vez demasiado optimista llamábamos ciudades, pero era más seguro no moverse. Así lo aconsejaban recuerdos de un pasado no tan seguro. Todas las actividades se interrumpían. Cuatro o cinco días de diversión.

La gente celebraba fiestas, banquetes y, en el interior de las residencias subterráneas, tanto en las ciudades más grandes como en los suburbios más pequeños, se intentaba encontrar formas de pasar el tiempo. En su mayoría se trataba de espectáculos para los más pequeños, para una chiquillería que los contemplaba satisfechos de que la llegada de las lluvias fuera también un bienvenido periodo de inesperadas y siempre sorprendidas vacaciones escolares. Cuando las sirenas volvían a sonar unos días más tarde, las ciudades volvían a la actividad. Las compuertas se abrían de nuevo como pequeñas flores que reventaban con prisa para volver a mostrar sus secretos. La sorpresa era que las ciudades y los suburbios estaban ahora rodeados por un nuevo paisaje. Dependía de la estación, pero el planeta podía quedar cubierto por una exuberante vegetación que daba frutos siempre comestibles y cada año más deliciosos. En la otra estación, que llamábamos Muerta, el territorio quedaba cubierto de arena y de piedras, un páramo estéril sin el menor rastro de vegetación. Por suerte, las carreteras, excavadas años atrás y cubiertas con la misma piedra resultado de la estación Muerta, continuaban en su lugar, comunicando los parajes habitados de Geria. La mágica llegada de las lluvias no las tocaba, pero apenas se utilizaban. Todo el mundo estaba convencido de que los caminos subterráneos eran mucho más seguros y ahora ya llegaban a todas partes.

La estación del Estallido era francamente muy espectacular. Repleta de miles y miles de plantas de todo tipo, colores y variedades. El paso a la estación del Estallido

era siempre agradable, y se aguardaba con ansia. Cuando se abrían las ciudades, no restaba el trabajo duro de recoger frutas o materiales sino el simple placer de extasiarse ante una naturaleza tan pródiga y colorida. El placer de vivir era siempre fácil y estaba al alcance de todos. En la estación de los Frutos era preciso recoger las frutas con rapidez y almacenarlas en las gigantescas cámaras de refrigeración que garantizaban la disponibilidad continua de alimentos. Muy pronto, apenas unos días después del fin de la lluvias, las frutas no recogidas morían, y se agostaban como los viejos al sol. Luego, nadie sabía cuándo, era preciso que llegase un nuevo cambio de estación, con sus sirenas y lluvias, para traer la estación Muerta, la más triste y, también, la más peligrosa.

Poco a poco parecía que los colores se desvanecían, los árboles perdían su vigor y su empuje. La vegetación se marchitaba y todo perdía ese aspecto sano y feliz para volverse tétrico, triste y gris. Era el aviso que anunciaba la proximidad de la siguiente estación. Era cuestión de días o semanas, nadie lo sabía con certeza. Llegado el nuevo cambio de estación, las lluvias y los vientos barrían con fuerza los restos de la pródiga estación anterior.

De la estación Muerta surgía el yermo más absoluto. Las aguas huían presurosas, arrastrándolo todo hacia los grandes lagos y los océanos. Muy pronto, el calor y la sequía lo invadían todo. Podía, eso sí, recogerse el material, las piedras, para construir en el futuro, si era necesario, nuevas edificaciones exteriores y carreteras. De repente, todo quedaba seco, y la superficie se tornaba un gran desierto conocido como malpaís. Era la estación Muerta, la más desesperanzada. Sobre aquella superficie era imposible andar con los pies desnudos. Incluso era problemático hacerlo con el mejor calzado. Ahora la vida en Geria es subterránea, por lo que nadie sale al exterior durante la estación Muerta. No vale la pena. No hay nada.

En la estación Muerta los ríos se secaban, pero los lagos y los grandes océanos de Geria habían recogido todo aquello que los ríos habían arrastrado durante el cambio de estación. El agua se volvía espesa y cálida. Se decía que flotar en ella no costaba demasiado, aunque, lógicamente, nadie lo intentaba nunca. En la superficie del agua se formaba una capa bastante gruesa de nuevos materiales, los depósitos de todo lo arrastrado, convertidos ahora en una compleja mezcla de azúcares, grasas y aminoácidos a partir de la cual, milagro o magia, habían de salir la vegetación y los frutos de la siguiente estación.

Al terminar el cambio de estación, todos regresaban a sus trabajos. Si se trataba de la estación de los Frutos, incluso los chiquillos iban a recoger comida. Era como una fiesta. Recuerdo con satisfacción los alegres días de recolección de cuando era un chaval. Muy a menudo sentado con mis compañeros en las copas de los árboles casi gigantescos, posiblemente comiendo más fruta de la que llegábamos a recoger. También recuerdo las conversaciones y los corros alrededor del fuego, hablando casi

siempre sobre las leyendas misteriosas que hablaban de alienígenas extraños que bailaban en las llanuras mientras caía la lluvia, o de los fantasmas que asustaban a los pueblos y ciudades de toda Geria. Nadie deseaba hacerlo, pero siempre se terminaba hablando de los alienígenas. Y los chicos y chicas se asustaban los unos a los otros con historias de criaturas que devoraban a los insensatos humanos que se atrevían a buscar a esos entrevistados habitantes aborígenes, popularmente llamado gerios. La leyenda añadía que sólo era posible encontrarlos durante un cambio de estación. Muchos chicos fanfarroneaban afirmando que no se quedarían siempre al resguardo de las ciudades y que se atreverían a arriesgarse saliendo al exterior a ver cómo eran las lluvias, cómo eran los vientos, y, lo más importante, cómo eran esos alienígenas de los que hablaban las leyendas.

Nadie sabía con certeza lo que sucedía en el exterior tras las lluvias durante un cambio de estación, y la imaginación podía correr con total libertad. Por suerte, la fase de las tempestades duraba poco, entre dos y cinco días, como máximo, y luego, ya era seguro volver a salir. Y dos de esas tres veces al año, el espectáculo merecía la pena.

Hace tiempo, cuando llegaba gente nueva desde la Tierra, se hacía notar. La atmósfera, la gravedad, y quizá los misteriosos frutos de Geria habían cambiado a los colonos, convirtiéndolos en personas de pecho amplio y mayor altura. Los recién llegados opinaban que era una exageración tomar tantas precauciones ante la llegada de las lluvias. Siempre había accidentes con los nuevos. Algunos salían durante un cambio de estación, y no volvían nunca.

Pero hacía ya muchos años que no llegaban nuevos colonos. Geria era ya una colonia estable, capaz de mantenerse por sí misma sin el soporte constante de los refuerzos llegados del planeta madre. Y todos sabíamos qué eran las estaciones de Geria, y las respetábamos.

Con excepción de algunos locos.

Ni siquiera hoy, nadie sabe por qué se producen esas estaciones y esos cambios. Nadie sabe qué las hace posibles. Hay muchas hipótesis, pero ninguna de ellas ha podido ser verificada. De hecho, cuando se supo de la existencia de las extrañas estaciones en Geria, no tardó en llegar al planeta un numeroso grupo de científicos con la intención de desvelar sus secretos. Se llegaron a establecer hasta cuatro estaciones científicas, cada una de ellas con su propio equipo interdisciplinar, dedicadas exclusivamente al estudio de la misteriosa climatología de Geria. Todos ansiaban la fama que habría de ir indisolublemente asociada al nombre de aquel que pudiese explicar y comprender un fenómeno único en los mundos conocidos.

Pero las investigaciones fueron un fracaso absoluto. Pocos años después, aquellas estaciones que se habían establecido con tan elevadas esperanzas pasaron a ser las actuales estaciones de control de soporte vital, necesarias para mantener la vida



subterránea que permite mantener la civilización en Geria.

Como siempre, el hombre propone, pero es la naturaleza quien dispone, aunque se trate de la misteriosa naturaleza de Geria. En este caso, quizá como había sucedido en otros lugares, la ciencia fracasó. La ciencia requiere conocer a fondo un fenómeno para poder construir hipótesis que lo expliquen. Pero en Geria no había forma de conocer en detalle lo que sucedía en el exterior durante los cambios de estación. Cualquier instrumento que se dejase en el exterior dejaba de emitir o desaparecía por completo durante las primeras horas del cambio.

No había forma de obtener datos y, sin éstos, la ciencia se convierte en filosofía. Pierde la certeza y la seguridad tradicionales. No produce explicaciones satisfactorias.

También se instalaron satélites en órbita geosíncrona, para intentar observar y medir lo que sucedía durante los cambios de estación. No sirvió de nada. Las tempestades del cambio de estación llevaban asociadas una peculiar tempestad electromagnética. Todas las longitudes de onda quedaban afectadas, y ni siquiera se obtenía una imagen de la superficie. La espesa capa de nubes impedía la visión y los efectos electromagnéticos impedían el estudio con ondas que se saliesen del espectro visible. Las estaciones de Geria eran un misterio y lo han seguido siendo hasta hoy. A ojos de la humanidad, simplemente suceden, sin que haya forma de saber por qué y cómo. Ante la incomprensión, la humanidad intenta convivir como mejor puede con el fenómeno. La vida subterránea parecía la mejor solución.

Con el tiempo, al comprobar lo poco que podían descubrir sobre las estaciones, el número de científicos dedicados a desentrañar el misterio de Geria fue disminuyendo. Algunos siguen activos en las estaciones, pero se ocupan de otras cosas. La gerialogía ya no parece ofrecer las mismas esperanzas que antes. El estudio de Geria ya ha perdido todo su prestigio. Como misterio añadido, la flora que aparece en el Estallido y los frutos de la estación posterior siempre han resultado ser de lo más normal según los estándares habituales. ADN y ARN del todo normales y perfectamente compatibles con la química humana. Formas, colores y sabores normales. Nada de particular, excepto su origen. En realidad, no se consideraba que las tormentas en sí provocasen la aparición de aquellos frutos. Simplemente se les consideraba un acertijo más, como acertijo era que la composición química de aquellos frutos se acercase, año tras año, a la que la mejor dietética exigía para los seres humanos.

Misterios de ese Geria incomprensible que, pese a todo, la indómita voluntad humana, tan vez inconscientemente, había querido domeñar. Ahora vivíamos allí, en las moradas subterráneas, y esquivábamos los cambios de estación. El ser humano soporta vivir con misterios.

La ciencia esquiva el misterio, desea desvelarlo. El fracaso al comprender, el desconocimiento, es rechazado por los científicos. Hartos del misterio de Geria, lo

esquivaron.

Consciente de todo esto, ideas y reflexiones que con toda seguridad llenaron mis pesadillas de aquella noche, desperté al día siguiente con un terrible dolor de cabeza. Me duché, me afeité y me prepare de prisa y corriendo para ir al trabajo.

Si hubiera sido preciso, habría podido realizar todas las tareas del día desde casa, usando el terminal, sumergido en el montón de detalles que podrían ir mal en el complejo sistema de soporte vital del cual era, entre otras tareas, uno de los responsables. De hecho, mi trabajo casi podría haberse realizado desde el otro extremo de la galaxia de no ser por las limitaciones de ancho de banda de la comunicación por agujero de gusano, la urdimbre entre los mundos que mantenía la civilización humana en contacto, en aquella época. El quid de esa idea tan atractiva era la necesidad periódica de examinar en persona el sistema. No importa cuántas inteligencias artificiales algorítmicas, cuánticas o de cualquier otro tipo pudieses lanzar en tu ayuda, en cualquier momento todo puede fallar y había que comprobarlo en persona. Aquel día, precisamente, me correspondía la ronda mensual de control. Después de todo, estaba en juego la vida de miles de ciudadanos de Geria.

Activé la Voz en el momento de abrir la puerta. No me gusta, ni me gustaba, el continuo flujo de información que proporciona. Casi siempre la apago cuando estoy en casa. Es una vieja costumbre. Justo en el momento de abrir la puerta, la Voz me mostró un gráfico del estado de la colonia.

Me detuve en seco. Todo estaba cerrado. En el exterior se producía un cambio de estación. No era posible salir.

La nueva oportunidad de los locos cazadores de alienígenas gerios había llegado, y en esa ocasión me afectaba más de lo que nunca hubiera podido creer.

El sistema solar había cambiado mucho.

No es que no hubiese cambiado antes. Pero los cambios anteriores se habían producido a escala cosmológica. Como toda estrella, el Sol había tenido un tormentoso origen lleno de acontecimientos cataclísmicos que habían alterado el curso de los planetas. Los objetos planetasimales se habían agregado para formar cuerpos mayores, y durante millones de años llovieron sobre los planetas alterando su forma y composición. Sin embargo, los cambios recientes habían sido impulsados por la biosfera. La misma expansión de la vida, primero entre los planetas interiores y luego hacia la nube de cometas, había alterado el ecosistema, un ecosistema que ahora ocupaba una esfera de más de cuatro años luz cúbicos. A Tawa le recordaba mucho el proceso por el que la presencia humana había alterado el paisaje de la Tierra al construir, en lo que había sido un parpadeo en la escala del tiempo geológico, carreteras, edificios, ciudades, puentes y un sin fin de obra civil que, para la Tierra, fueron como enormes erupciones que saltaban de pronto hacia el cielo.

Ahora la Tierra era un jardín, un renacido vergel. Todavía vivían en ella muchos

seres humanos, en su mayoría grupos que de una manera u otra habían adoptado una forma de vida que se ajustaba a la situación actual del planeta. No por ello habían renunciado a la tecnología, sólo que la biología y la nanotecnología permitían hacer con facilidad y seguridad cosas que antes habrían causado un gran impacto ecológico. Afortunadamente, la Tierra conservaba su gran anillo de torres orbitales. Bajar al planeta y volver a salir de él resultaba fácil y cualquiera era libre de hacerlo.

Jabru le había dicho que era libre de ir donde quisiera, Los viajes eran gratuitos y no tenía más que solicitar pasaje en una nave que fuese en la dirección que él deseara. No parecía haber economía y, si la había, operaba a un nivel que Tawa no lograba entender. Tenía la impresión de encontrarse en una especie de utopía poscomunista, donde la posesión de los bienes no importaba a nadie. Imaginó que había en ello una cierta lógica. ¿Que podía importar la posesión de unos fragmentos concretos de materia, si los recursos del sistema solar y la nube de cometas eran prácticamente ilimitados? El único recurso que podía llegar a escasear era la energía, pero el Sol proveía de toda la necesaria.

¿Y qué importaba el tiempo a un grupo de seres que, a todos los efectos prácticos, eran inmortales?

Obras de ingeniería que en el siglo XXIII se hubiesen realizado en unos pocos años, se ejecutaban en décadas, algunos tal vez en siglos, pero con una majestuosidad y grandiosidad que hubiese avergonzado a los faraones. Largos agujeros de gusano, túneles que conectaban zonas diferentes del espacio-tiempo, llevaban la luz del Sol hasta los más lejanos confines del sistema solar. Incluso Plutón, el más alejado de los planetas, disponía de su pequeño sol, de dos metros de diámetro, orbitándolo continuamente.

Por algún extraño motivo, Tawa consideraba que el momento más emocionante de todo su viaje había sido la estancia en la pequeña luna de Urano, Miranda. El pequeño sol de Miranda se había puesto sobre el cercano horizonte de aquel mundo de tamaño tan reducido, y la belleza de ese hecho inimaginable había traído lágrimas a sus ojos inexistentes.

Ya se hablaba, incluso, de construir una esfera de Dyson alrededor del Sol para aprovechar toda su energía. El viejo sueño de un científico del siglo XX era ya una posibilidad real, y nadie parecía asombrarse ante un proyecto que requeriría al menos diez mil años para ejecutarse. Muchos aspiraban a presenciar en persona la inauguración.

Todo en nombre de la biosfera.

La humanidad se la había llevado consigo al salir de la Tierra y, con toda rapidez, había ocupado los planetas. Casi no había sitio en el sistema solar donde la vida no estuviese presente, cada lugar alimentado, si era preciso, por su propio sol. Incluso Júpiter y los gigantes gaseosos habían sido colonizados por enormes animales que

empequeñecían a las ballenas y que flotaban plácidamente en las densas atmósferas. Era como si la biosfera no hubiese podido resistir la posibilidad de que existieran mundos desolados, y hubiese obligado a su agente más inquieto, la humanidad, a ejecutar sus designios.

Y la humanidad no era una excepción a la multiplicidad que parecía haber infectado la vida de la Tierra. Tawa no tardó en descubrir que su forma actual no era ni mucho menos la predominante. Los seres humanos nanotecnológicos formaban una fracción apreciable pero no la dominante entre las formas humanas. Era, simplemente, una forma especialmente abundante entre aquellos que se ocupaban de la exploración más allá de los límites del sistema solar.

Había humanos de carne y hueso, casi todos ellos confinados al sistema Tierra-Luna. Todavía nacían y se desarrollaban según la vieja y, durante milenios, tradicional manera. Aunque contaban con la ventaja de que los adelantos médicos y biológicos les garantizaban una vida libre de problemas hasta la muerte... si decidían morir.

Otros no eran más que etéreas formas informáticas que habitaban las entrañas electrónicas de un ordenador. Gran parte del control de los dispositivos del sistema solar estaba a cargo de esas personas: la ecología de los grandes planetas o el control climático de la Tierra y los otros hábitats humanos. Otros habían decidido, sin embargo, retirarse a un mundo de fantasías privadas donde podían hacer lo que quisiesen.

Estaban también los adaptados, seres humanos modificados para vivir en las condiciones de los planetas que habían colonizado. Había marcianos, íonitas, plutonianos... Algunas modificaciones eran tan radicales que Tawa apenas podía creer que se les siguiera considerando humanos. Aunque, en realidad, tenía su lógica. Era la hermandad de la mente lo que dictaba la adscripción a la humanidad, no las diferencias físicas del cuerpo.

Después de todo, algunos humanos no habían nacido como tales.

Como, por ejemplo, las inteligencias artificiales. Algunas habían sido creadas directamente por la humanidad, mientras que otras habían evolucionado por sí solas en el proceloso mar informático.

La variedad era asombrosa.

Con todo, comparado con el infinito del espacio, el sistema solar parecía un lugar limitado.

Por tanto, después de veinte años de viajar de planeta en planeta, de experimentar de una forma u otra todas las formas de la humanidad, de asistir a espectáculos deslumbrantes y puestas de sol que podía disfrutar incluso sin protección, Tawa regresó a la nube de cometas.

Ahora se hallaba sentado entre las ramas de un árbol sobre el cometa. El árbol se

alejaba más de diez kilómetros de la superficie del cuerpo helado, y las hojas de cientos de metros de largo se orientaban ansiosas hacia el sol, intentando captar algo de su luz en aquellas regiones tenebrosas. Era como haber descendido al inframundo. Allí no se usaban los soles-gusano.

Tawa no pensaba en nada en particular. Meditaba simplemente sobre su futuro, y habiéndose acostumbrado a la languidez de aquellos tiempos posthistóricos, se tomaba su tiempo. Esta vez el tiempo no representaba ninguna limitación. Tampoco necesitaba comer, ni tenía ninguna otra necesidad fisiológica. En términos de la vieja práctica terrestre, eran ya meses los que llevaba allá arriba.

—¿Tawa?

La voz procedía de detrás de él. No era un hecho real, por supuesto: se encontraba en el vacío del espacio, sin aire que transmitiera ondas sonoras. Esa presunta voz no era más que una señal enviada por alguien, una señal que sus sistemas, en beneficio de una conciencia que todavía creía habitar un cuerpo biológico y primitivo, habían convertido en una voz que hablaba desde un punto determinado.

Pero la voz, esa voz al menos, era inconfundible. Había sido cuidadosamente dotada de un cierto tono y un cierto timbre.

Todo su cuerpo se reorganizó instantáneamente para mirar a sus espaldas. Ni siquiera era preciso mantener la ficción de girar el cuello y mover la cabeza. Todo él era ojos, y tener cara era otra cómoda ilusión.

—Isara.

Una sola palabra. La constatación de un hecho.

—Hola Tawa. Me alegro de verte.

Isara se manifestaba con su aspecto anterior, su aspecto humano. Tawa no tenía forma de saber si aquélla era su forma habitual o si la había adoptado tan sólo para facilitar ese contacto, esa conversación. En todo caso, sintió un simulacro de pinchazo en un inexistente corazón. Los viejos reflejos tardaban en morir.

Ahora que la tenía delante todo le resultaba evidente.

—Supuse que habrías muerto.

Ella se acercó. Lentamente, como si no osara despertar los recuerdos. Como si no supiera lo que eso representaba.

—Una suposición lógica.

—Pero claro, imagino que los hallazgos en gerontología y prolongación vital se produjeron más o menos en esa época. —Después de mi muerte, pensó sin decirlo.

—Sí, gran parte de la humanidad del siglo XXIII sigue hoy con vida.

Isara se acercó más, como cabalgando por la rama, y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Tawa apartó la vista y miró más allá del árbol. Toda la superficie del cometa se encontraba cubierta de árboles parecidos, al igual que en otros muchos cometas de la

nube de Oort. El proceso era lento, pero las semillas enquistadas eran capaces de atravesar el espacio entre nubes de nieve y colonizar nuevos cometas. Con el tiempo, esas semillas podrían dar el salto a las nubes de cometas de otros sistemas estelares y la biosfera se expandiría algo más. Los mismos seres humanos exploraban ya regiones alejadas de la galaxia y otros sistemas planetarios. ¿Tenía límites la vida?

—Confuso —respondió al fin.

—Debe de ser muy duro para ti —dijo ella.

—Todo ha cambiado tanto... —La miró—. Tú has visto cómo se producía todo esto, has tenido tiempo de adaptarte. Yo me siento como un cromagnon que hubiese sido lanzado de pronto a una gran ciudad del siglo XXIII. ¿Cómo voy a vivir?

—Eso no es problema —aseguró ella—. Aquí la vida es cómoda. No te preocupes por eso.

—No, no me refiero a eso. Lo que quería decir es algo distinto. Tiene que ver con el por qué, no con el cómo. ¿Para qué voy a vivir?

El rostro de ella adoptó una expresión de extrañeza. ¿Era una vieja costumbre, o sus sistemas se adaptaban lentamente a comunicarse con un hombre primitivo que muy posiblemente no podría entender los sutiles aspectos de la comunicación entre nanopersonas?

—Es comprensible —dijo Isara mirando al infinito. ¿Qué verían aquellos ojos, aquel cuerpo, que era capaz de reorganizarse para captar casi cualquier longitud de onda conocida?—. Intento colocarme en tu situación, pero...

—¿Por qué no viniste antes? —preguntó él, sin atreverse a mirarla directamente.

—No me encontraba en el sistema solar —contestó Isara—.

Participo en un proyecto de estudio en un planeta extrasolar. Seguro que te gustaría... —Hizo una pausa, tal vez para evitar la digresión, o quizá para dejar tiempo a que la sugerencia arraigase—. Regresé al sistema solar y me enteré de tu caso. Vine a verte en cuanto pude. No quise enviarte un mensaje. Pensé que una visita en persona sería mejor.

Tawa apreció la ironía de la expresión «en persona» en aquellas circunstancias. Habían sido personas antes, pero ¿ahora? Todavía no lograba asimilar la realidad de esa humanidad tan intrínsecamente deshumanizada. Y no dejaba de ser quien era. No sabía qué preguntar. No sabía qué decir. Por primera vez la conversación entre los dos no era fluida. Los dos habían estado solos, habían vivido muchos años sin padres ni familia cercana, y no había muchos amigos de los que valiese la pena hablar.

Guardaron silencio durante un momento.

—¿De qué se trata? —preguntó al fin Tawa.

—¿El proyecto? Estudiamos la civilización extraterrestre —contestó ella.

Isara había sido psicóloga. Ahora, aparentemente había dejado de estudiar a los

seres humanos. La noticia lo tomó por sorpresa.

—No sabía que hubiese civilizaciones extraterrestres. Creía que estábamos solos.

—He dicho «la» civilización extraterrestre. Sólo hemos encontrado una civilización activa. Lo demás son restos.

El descubrimiento debía de haber sido toda una conmoción para la humanidad. La prueba de que el ser humano no estaba solo en el universo.

—No creas —continuó Isara anticipando el comentario aún no formulado de Tawa—. Algunos nos interesamos activamente por ese mundo, pero en general, la humanidad ya ha creado muchas formas realmente extraterrestres. Tú mismo ya has visto algunas. Lo que estudiamos en ese planeta extrasolar es esa civilización extraterrestre y extrahumana. La única conocida. Se trata de una civilización reptiliana.

Aquello sonaba francamente interesante. Pese a la veintena de años que había pasado deambulando por un sistema solar modificado e irreconocible, Tawa seguía siendo y sintiéndose un explorador, un investigador de lo desconocido, su manera de ser un astronauta. No se podía ser astronauta sin sentirse interesado por la posibilidad de vida extraterrestre, o debería decir extrahumana... En el siglo XXIII ya se había descubierto vida extraterrestre en el sistema solar, pero sólo a escala microscópica. Toda una civilización distinta y ajena era ya algo distinto, el premio gordo en la lotería del saber. Un motivo de estudio. Una razón para actuar.

Quizá fuese lo que realmente necesitaba, lo que llevaba años buscando de forma inconsciente. Una razón para seguir adelante e integrarse en aquella nueva cultura humana que tan extraña se le hacía. ¿Qué mejor forma de adaptarse a una civilización humana que parecía extraterrestre que estudiar una verdadera civilización extraterrestre?

Sintió que tal vez Isara había llegado con esa precisa misión. Que la única razón de su llegada había sido proponerle algo para hacer. ¿Compasión? ¿Amor? ¿Compartir algo de nuevo, como habían hecho antes? No importaba. En cualquier caso, era un objetivo posible. Pero ¿podría hacerlo, se sentiría capaz?

Lo más importante, ¿le dejarían?

—Claro que sí —le dijo Isara en cuanto Tawa avanzó la tímida pregunta—. Es más, confiaba en que te resultase interesante. Podrías ser un miembro valioso del equipo, alguien no contaminado en exceso por el mundo moderno —sonrió—. Hay un consejo que toma las decisiones, pero a todo el mundo se le permite intervenir. Después de todo, si alguien se empeña en llegar hasta allí, se da por supuesto que ha de tener algo interesante que decir.

—¿Pero...?

—La política de aislamiento es muy estricta. Llegar hasta el centro de estudio puede ser fácil. Intervenir ante el consejo, tal vez también lo sea. Pero, participar en

el desarrollo de esa civilización planetaria no lo es tanto. —Volvió a sonreír—. Aunque siempre puedes intentarlo. ¿Nos vamos?

—¿Ahora? ¿Sin preparación? —Supuso que su rostro artificial denotaba sorpresa.

—Claro —dijo ella con calma—. ¿Qué preparativos hay que realizar? Somos posthumanos, ¿recuerdas? Dame la mano.

Lo hizo. Se activaron complejas funciones en los dos cuerpos. Se intercambiaron información, se transmitieron datos, se establecieron protocolos y antes de que una mente humana pudiese percibir el paso del tiempo, de alguna ignota manera se alcanzó un acuerdo. El cuerpo de Isara controlaría momentáneamente el cuerpo de Tawa.

Las dos formas unidas se alejaron flotando del árbol cometario. Subieron lentamente en una línea paralela al tronco durante varios kilómetros hasta salir por fin de la cubierta arbórea. Se movían con lentitud, pero pronto alcanzarían su objetivo. No lejos pasaba uno de los muchos sistemas de transporte, un potente láser. Como presagiando el encuentro, los dos cuerpos se fundieron y la forma resultante comenzó a transformarse en una delgada hoja circular. Un disco extenso con una zona central más reducida aunque cubría un área de varios kilómetros cuadrados. Lentamente, la hoja penetró en el haz del láser y los fotones cedieron su momento lineal a las dos nanopersonas. Así, con la lógica inexorable de la mecánica newtoniana, ganaron velocidad para viajar hasta las estrellas.



## V

# La salida

Retrocedí. Entré de nuevo en mi cubículo y lo primero que hice fue intentar llamar a su apartamento. No contestó nadie, ni siquiera el sistema informático de respuesta automática. Lo había desconectado.

Tampoco podía localizarla en el trabajo. Si no acudía a él muy posiblemente nadie se daría cuenta. Cuando se produce un cambio de estación, mucha gente lo aprovecha para quedarse en casa. Es la costumbre. Un recuerdo de los viejos tiempos y una exigencia de las muchas fiestas infantiles que todavía se celebran en varios lugares.

Como mucho, podría preguntarle a los vecinos si la habían visto salir, pero con pocas esperanzas de que así hubiese sido. Un cierto atavismo, ligado a tiempos pasados, hacía que casi nadie saliera de casa al comienzo de un cambio de estación. Era como un rito, inútil del todo, pero no por eso menos respetado.

Buscarla yo mismo era lo único que podía hacer.

Bien, antes de preguntar a los vecinos debía intentar entrar en su casa. El sistema de seguridad de su puerta reconocía mi ADN, de la misma forma que mi apartamento reconocía el suyo. Éramos novios, o, para ser menos ridículos, amantes. Casi habíamos decidido definitivamente vivir juntos con un contrato de pareja.

Si entraba en su casa, podría comprobar si por casualidad no se había ido o si, habiéndolo hecho, había dejado algún mensaje.

No había nada.

El apartamento estaba completamente cerrado y en silencio, vacío. Quedaban los muebles, los aparatos y toda la parafernalia que se guarda en cualquier casa, pero ni rastro de ella. Todo estaba ordenado como siempre y no había ningún mensaje. La ropa parecía estar en su totalidad, aunque era difícil de decir. Ya se sabe que las chicas siempre tienen alguna sorpresa guardada, pero en caso de faltar algo, no era mucho. Sólo eché en falta un anorak muy grueso que había comprado meses atrás y que fue causa de una pequeña riña entre los dos. A quién se le ocurre. Comprar un anorak en Geria, donde la vida es casi siempre subterránea y donde la temperatura está regulada. Ahora lo comprendía. ¡Mierda!

Los vecinos no me proporcionaron más información. Como era de esperar, nadie la había visto. Posiblemente, yo fuese la última persona con la que había hablado antes de irse. Y, lo recordaba con disgusto, nos habíamos despedido enfurecidos y sin el más mínimo adiós.

Ni un beso en la mejilla.

Ahora lo lamentaba.

Decidí ir a trabajar. El control rutinario del soporte vital sería rápido y desde allí me sería más fácil hacer algunas comprobaciones.

Marc estaba de guardia. Era una buena persona, mayor, casi a punto de jubilarse. Era el más veterano de todos nosotros, y prácticamente nos había enseñado todo lo que sabíamos de los sistemas que supervisábamos. Su único defecto era que siempre se sentía en la obligación de comportarse como el padre de los más jóvenes, grupo que, dada su edad, incluía a casi todo el mundo. Le gustaba demasiado dar consejos.

—¿Qué haces aquí? —me soltó nada más verme—. Tú siempre tan vicioso del trabajo. Ni siquiera se te ocurre aprovechar el cambio de estación. En mi época no nos tomábamos estas cosas tan en serio. Eres un calvinista incorregible.

Por lo que yo sabía, él no había faltado ni un solo día al trabajo en toda su vida. Un día, por aburrimiento y en busca de diversión movidos por la curiosidad, habíamos buscado su expediente. Nada. Una vida prácticamente dedicada a los tanques de reciclado. Ni una ausencia. ¿Quién era el calvinista?

—He venido a hacer el control base del soporte vital. Toca hoy, y durante un cambio de estación es aún más importante comprobar que todo funciona correctamente.

—Bah, bah, pamplinas. A mí no me la pegas —dijo sonriendo—. Los dos sabemos muy bien que hay una posibilidad entre millones de que surja algún problema. —Se levantó con agilidad de la silla—. Mira, voy a darte un consejo: vete a buscar a esa novia tan guapa que tienes, e id a dar un paseo por ahí. Me han dicho que han plantado nuevas variedad de árboles, sicómoros y pinos, en el parque central. —Sonrió de nuevo, casi delante de mi cara—. Vamos, los sistemas son seguros y la comprobación periódica es una redundancia. —Miró las pantallas, como para asegurarse de que le daban la razón.

La jodida manía de dar consejos... Y precisamente ahora le salía la vena romántica. No quise decir nada sobre ella. Pero Marc tenía razón en lo del parque. Era siempre un paseo agradable.

—Eso depende de los problemas —dije, con voz algo más fría de lo que pretendía.

Me miró algo extrañado. Marc era un buen hombre, y estaba muy lejos de ser un tonto.

—Vaya —dijo algo dubitativo—. ¿Te pasa algo? ¿Puedo ayudarte?

—No, no creo. —Me resistía a explicarle lo que pasaba. No estaba seguro de cómo podría hacerlo o sí, en todo caso, podría ayudarme.

Pese a que confiábamos el uno en el otro, un intento de salir al exterior durante un cambio de estación, aunque no un delito per se, era una locura, y de saberse se habría

lanzado una alarma general. Y yo, pobre de mí, todavía quería creer que ella no se había marchado. Prefería ser prudente. Yo siempre soy prudente.

—Simplemente pensé que en casa me aburriría y decidí venir.

Sonrió como un niño travieso.

—Sí, hombre, sí. No me vengas con esas. Te mueres por divertirte con los apuestos tanques de nanomateriales y las cribas atómicas. ¿Qué joven no se sentiría feliz rodeado de desechos químicos? —Me miró fijamente—. Y ahora cuéntame una historia de marcianos. Si has venido aquí un día como hoy es que has discutido con tu chica. Siempre tan tozudos. —Se volvió—. En mis tiempos, aprovechaba cualquier oportunidad para estar con María. Pero era otra época. Y el señor tiene demasiado orgullo. —Volvió a mirarme—. ¿A que tengo razón?

—Vale, si lo quieres decir así —agitó los brazos para quitarle importancia—. Pero mejor lo dejamos. No me apetece hablar de ese asunto. Como siempre, ya se arreglará.

—Sí, sí, como quieras. Pero si puedo darte un consejo...

—Marc, ¡por favor!

—Está bien, está bien, como quieras. —Retrocedió refunfuñando.

Me sumergí inmediatamente en la rutina de comprobar los controles del soporte vital. Se trataba de una de mis labores más aburridas, y tal como afirmaba Marc, completamente inútil. Como era de esperar, todo estaba bien. Los sistemas eran autorregulables y las revisiones constituían un trámite rutinario casi ridículo. Pero se trataba de una tarea metódica, y cumplió su función de mantenerme ocupado mientras esperaba a que Marc terminase su turno. Con mi llegada terminaba su guardia y podía dejar esa labor en mis manos. No tardó mucho en volver al ataque.

—¿De verdad no quieres que hablemos de ello?

—No, Marc, en serio. Ya sabes cómo son estas cosas —insistí—. No es más que una discusión entre enamorados. Pasará pronto.

—Precisamente por eso —dijo volviendo a algún tiempo pasado—, recuerdo cuando María y yo éramos novios...

—Marc, no... —dije, fingiendo una sonrisa.

—Vale, vale —contestó agitando una mano y esbozando una mueca—. Ya me callo.

Pero se quedó frente a mí, observándome con ojos de preocupación, como si fuese consciente de que había algo más en mi silencio que la simple discusión que yo empleaba como excusa.

Unos segundos después, pareció decidir que la mejor opción era marcharse y preparó otra andanada.

—Vale, si lo quieres así, no hay problema. Lo mejor que puedo hacer es irme. Si necesitas salir, ya sabes que no tienes más que cerrar el quiosco. No creo que hoy

venga a buscarnos nadie, y en todo caso, Lin llegará pronto.

—No hace falta que te preocupes. Me quedaré hasta que ella llegue.

Volvió a mirarme fijamente.

—¿De verdad estás bien? ¿Puedo marcharme tranquilo?

—Pero mira que eres pesado. Que sí, que no es grave. —Señalé la puerta con seriedad fingida—. ¡Lárgate!

Sonrió. Recogió sus cosas, y desde la puerta soltó el último intento:

—Bien, ya lo sabes. Si lo reconsideras y no quieres estar solo en tu cubículo, ven a vernos. Ya sabes que a María le gustaría verte. Y podríamos hablar un poco... Hablar de otras cosas, quiero decir. Así no te preocuparás tanto...

—¡Marc!

—Vale, vale. Lo entiendo.

—No te preocupes. De verdad. Adiós.

—Adéu.

Estaba seguro de que a los dos segundos de haber entrado en su casa le estaría contando a María mis supuestos problemas con mi chica y lo muy preocupado que estaba por mí. ¡Qué hombre!

Al partir Marc, ya sólo, revisé el sistema de soporte vital para comprobar si aquella noche se había abierto alguna de las compuertas. No había ninguna indicación de que hubiera ocurrido tal cosa.

Al detectarse el cambio de estación a las 9.23 de la noche anterior, las compuertas se habían cerrado automáticamente. Pero ella ya había dado a entender que usarían a gente de los bajos fondos. Se decía que podían manipular los sistemas para entrar y salir a voluntad de las colonias. Si todo había ocurrido como ellos esperaban, era ridículo pensar que pudiese quedar algún rastro oficial de su salida. No había salidas durante un cambio de estación.

Pero si efectivamente habían salido, los instrumentos que tenía a mi disposición deberían permitirme detectar cambios en la presión, temperatura o humedad por pequeños que fuesen. De hecho, los sistemas registran cantidades ingentes de datos, y los almacenan durante veintidós horas, es decir, todo un día de Geria. Las horas de Geria son algo distintas de las de la Tierra. Tienen sesenta minutos, como siempre, pero se trata de unos minutos algo más largos que los de la Tierra. Los que llegan han de ajustar sus relojes, pero así el día de Geria tiene un número entero de horas como esperaría cualquier persona normal.

Pasado un día, los datos se eliminan automáticamente, y sólo queda constancia de las variaciones que sobrepasan los límites de seguridad de primer nivel. Pero apenas habían transcurrido unas pocas horas, y los datos todavía estarían completos y podría estudiarlos.

Escribí un pequeño programa que recorría la base de datos buscando variaciones

no habituales. Fijé el primer intento en el 50% de los límites de seguridad de primer nivel.

Nada. No había indicios de variación.

Y era normal. Con las compuertas cerradas, los sistemas internos garantizaban la estabilidad de las condiciones internas indefinidamente. A menos que se produjese una avería, no habría variaciones tan grandes.

Quizá no hubiesen salido. Quería creerlo así, pero era mejor asegurarse. Ejecuté de nuevo los programas ajustando el nivel a un 5% de los límites de seguridad de primer nivel.

Casi 300 variaciones. Había bajado demasiado.

Lo volví a intentar fijando el límite en un 30%.

¡Eureka! Una única variación. Se había producido en la zona de la compuerta B3-K125 a las 2.46 de la noche. Menos de cuatro horas y media después de la detección del cambio de estación. Se habían dado mucha prisa. Evidentemente lo habían tenido todo muy bien preparado.

Quise asegurarme de que efectivamente se trataba de una salida. Una pequeña modificación en el programa me permitió verificar que casi todas las cerca de 300 variaciones desaparecían en el umbral del 15% y que sólo permanecía una a partir del 21%. En ese caso, las variaciones eran de un 45% positivo en humedad, un 35% positivo en presión y un 31% negativo en temperatura, siempre referidos a los límites de seguridad de primer nivel. Ahora tenía la confirmación.

Había habido una salida. No sabía cómo lo habían hecho. Lo habían camuflado muy bien, aunque no del todo, y por eso había podido descubrirlo. En efecto, habían salido por la compuerta B3-K125, a las 2.46 de la noche.

Una rápida consulta me permitió saber que la compuerta utilizada era una pequeña salida de poco uso, muy a menudo empleada para la basura y con muy poco tráfico de personas o mercancías. Y, lo más importante, estaba a sólo un kilómetro de su apartamento. Con cuatro horas, había tiempo de sobra para prepararlo todo y llegar hasta allí.

Había salido.

Nunca volvería. ¡Mierda!

Las dos formas orbitaban el planeta.

Los continentes parecían masas retorcidas y caprichosas, como si un gigantesco Atlas hubiese metido las manos en el océano primordial, y las hubiera agitado al azar hasta dejar masas terrestres de caprichosas formas irreconocibles para un humano. En el resto, el planeta era asombrosamente similar a la Tierra.

Un asombro que sólo adquiriría sentido si se consideraba la vida avanzada e inteligente como algo habitual en el universo. No era así. La vida era muy común,

más de lo que cualquiera hubiese imaginado en el siglo XXIII. Ocupaba regiones inhóspitas, con altas temperaturas o sin luz, tomaba su energía de fuentes termales subterráneas o se alimentaba de complejas reacciones químicas. Sin embargo, eran sólo bacterias o arqueoriotas, organismos unicelulares que habían aprendido a sobrevivir en condiciones extremas, microorganismos extremófilos. El mismo sistema solar parecía estar repleto de ellos: en la corteza de Marte, en las profundidades de Europa, en las lunas de Saturno. Por todas partes. La vida era tenaz, y aprovechaba cualquier mínimo gradiente energético para manifestarse, recreando su pequeño núcleo de orden en medio del caos.

La vida simple era tenaz y omnipresente.

Los animales eran algo completamente diferente.

Los animales pluricelulares exigían condiciones tan delicadas y estables que eran extremadamente raros. Sólo se habían encontrado unos pocos casos en la región del espacio explorada. El estudio de mundos y más mundos, florecientes de vida pero desprovistos de animales, lo había dejado tan claro, que lo sorprendente era que hubiesen llegado a existir en algún lugar.

No sólo la estrella debía ser la adecuada, lo suficientemente masiva para producir la energía que mantuviese el proceso en marcha, pero no tanto como para consumirse en unos pocos millones de años; también la posición en la galaxia era importante. Demasiado cerca del núcleo, y la radiación exterminaría la vida; demasiado alejada, y no habría suficientes metales.

Por si todo ello fuera poco, el planeta debía tener el tamaño adecuado para conservar grandes masas de agua, la posición justa en su sistema para que el agua fuese líquida, la atmósfera adecuada para que no se produjese un efecto invernadero pero sin que el carbono fuera tan escaso como para impedir la creación de moléculas largas, etc. Además, sus compañeros en el sistema también debían ser los adecuados. Tenían que producirse impactos cometarios para llenar de agua el planeta, pero no demasiados como para causar extinciones en masa demasiado periódicas. Por lo tanto, era preciso que existiera un gran planeta en el sistema para desviar la mayor parte de los cometas y grandes asteroides. Incluso sería deseable una gran luna a una distancia no muy grande, o una tectónica de placas en la superficie del planeta, o un campo magnético adecuado... Y así sucesivamente.

La lista de la compra de un planeta adecuado para sostener vida animal era tan larga, que la combinación de todos los factores parecía una cuestión de suerte escasamente accesible, uno de esos casos por los que nadie en su sano juicio apostaría ante las escasas probabilidades. Contemplado desde ese punto de vista, los siete planetas con vida animal descubiertos, contando la Tierra, casi parecían demasiados.

Y si, además, se exigía la presencia de vida animal dotada de autoconciencia, reflexión e inteligencia, lo más lógico era tirar directamente la toalla. En el mismo

planeta Tierra, la inteligencia se había desarrollado sólo una vez, y se habían extinguido todas las especies que alguna vez la tuvieron salvo una. Un record que palidecía frente a otras complejas innovaciones de la evolución como el ojo o el oído. La inteligencia no parecía ser la mejor solución evolutiva a ningún problema en particular. Además, su aparición exigía un largo conjunto de factores marcadamente arbitrarios.

En su momento se comenzó a aceptar que los datos habían sido favorables una vez en la Tierra y que, muy probablemente, sólo habría ocurrido así en muy pocos lugares de la galaxia.

Por tanto, fue una sorpresa encontrar aquel planeta tan cerca, a menos de 10.000 años luz del sistema solar. Fue una sorpresa que estuviese habitado por animales complejos y, aún más, que fuese el hogar de una civilización tecnológica avanzada. Tal vez eso explicaba el enorme parecido con la Tierra, a pesar de las pequeñas diferencias meramente superficiales.

Hasta allí habían llegado ya Tawa e Isara. No estaban solos. Todo un equipo humano estudiaba y observaba el planeta desde la luna cercana. Cientos de estudiosos de toda la humanidad habían convertido aquel sistema alejado en su hogar. Después de todo, ¿qué mayor aventura podía haber que estudiar una civilización extraterrestre? La única.

Los movimientos humanos estaban necesariamente limitados. Los saurios tenían una tecnología equivalente a la de la Tierra a mediados del siglo XXI. Por suerte, no parecían prestar demasiada atención al espacio exterior, y el tránsito por el sistema podía realizarse con relativa facilidad sin tomar excesivas precauciones. Lo cual, desde el punto de vista humano, representaba una paradoja. Si disponían de una tecnología ya tan avanzada, ¿por qué no la usaban para explorar el espacio?

—¿ Por qué no lo hacen? —preguntaba precisamente Tawa mientras sobrevolaban el continente septentrional, no el mayor, pero sí el que parecía albergar la capital política del planeta.

—Nadie lo sabe —contestó Isara. Ambos seguían órbitas circumpolares y pronto volverían a la luna. Se habían acercado simplemente para ver «de cerca» la civilización que se había convertido en el objeto de estudio más extraño para el intelecto humano—. Hay muchas teorías, pero ninguna parece sostenerse. Se supone que será parte de su psicología. Aunque, dadas las limitaciones de contacto, poco sabemos de ella.

—Quién iba a decirlo, una civilización de lagartos —comentó Tawa.

—Sí, el cliché más antiguo de todos. Pero también tiene su parte de lógica. Después de todo, para la evolución resulta más fácil inventar un animal de sangre fría que un organismo de sangre caliente, así que son los primeros en aparecer, y si la inteligencia hace acto de presencia. Bien, no está escrito que deba ser en mamíferos.

Tawa recordó que sin la extinción de los reptiles en el final del Cretácico de la Tierra, unos 65 millones de años atrás, cuando todos los dinosaurios, los pterosaurios, los ammonites y otros grandes reptiles desaparecieron, muy posiblemente no se habrían desarrollado los mamíferos. Intentó imaginar una civilización creada por seres de sangre fría. ¿Qué imagen tendrían del mundo? ¿Qué emociones experimentarían esos lagartos? ¿Cómo sería su arte y su ciencia? ¿Y su religión? ¿Tendrían religión?

—Parecen ser extremadamente individualistas —prosiguió Isara mientras sobrevolaban el continente—. Supongo que en eso les traicionan sus orígenes de sangre fría. Ni siquiera cuidan de sus crías, lo cual, desde nuestro punto de vista, no parece tener demasiado sentido, al menos según los términos de la evolución. Después de nacer, pasan un largo periodo de tiempo prácticamente como animales, sin excesiva inteligencia. Por lo visto la desarrollan poco a poco y muchos mueren en el proceso.

Permanecieron en silencio durante un tiempo, mientras el globo azul se desplazaba al fondo. En aquel momento pasaban sobre el mayor continente del planeta, el más poblado. Aun así, apenas se apreciaban grandes estructuras, la presencia de una civilización tecnológica pasaba casi desapercibida. Sí, se observaban carreteras y claras vías de comunicación, pero el número era mucho más reducido del que había habido en la Tierra durante ese mismo periodo. Aquellos lagartos parecían gozar de un pragmatismo realmente inhumano, y eran capaces de limitarse a lo mínimo requerido; no construían dos si con uno bastaba.

La integración de su civilización con el medio ambiente era también asombrosa. ¿De verdad carecían hasta ese punto de interés y arrojo? No es que destruir el entorno estuviese bien, pero... ¿cómo podía sostenerse semejante economía?

Planteó la pregunta.

—No existe la economía tal y como nosotros la concebimos. Se trata más bien de un sistema colectivo en el que se comparten los recursos. Son pocos, su número es reducido, no superan los mil millones, y la población se mantiene estable con gran facilidad. No tienen el mismo contacto y relación con sus hijos que los mamíferos. Sólo ocupan una zona determinada del planeta, porque el sexo de las crías se selecciona en cierta forma por la temperatura. Eso también contribuye a mantener la integración con el medio ambiente. Recuerda, deben tener grandes zonas o reservas naturales para que la primera parte de su vida se desarrolle sin problemas.

Nada como depender estrechamente del medio ambiente para conservarlo. En la Tierra, la humanidad había albergado durante mucho tiempo la fantasía de poder crear un mundo apartado de la naturaleza, sin recordar que todo producto humano era, en el fondo, obra de la naturaleza.

—Con su nivel tecnológico —dijo él —, podrían tener viajes espaciales.



—Podrían, pero no es así. Una anomalía.

—¿No parece una anomalía un poco... anómala?

—Lo sería tal vez en una cultura de mamíferos como la terrestre. Pero se trata de lagartos.

—¿Y?

—No tienen una sociedad tal y como la entendemos nosotros. O más bien, como la hemos entendido a lo largo de la mayor parte de nuestra historia. Ya te he dicho que el contacto entre los diversos grupos puede llegar a ser inexistente. No en el caso de individuos concretos, sino para grandes partes de la población.

—Sigo sin entender.

—Parece que no tienen el mismo deseo de aventura y exploración que nosotros. Sienten curiosidad teórica por su entorno, eso sí, pero se conforman con su territorio y no van más allá. O, para ser más exactos, no suele ser así.

—Quieres decir que no muestran el menor interés por explorar ni por salir al espacio.

—Exacto. Lo que es una suerte, porque facilita mucho nuestra labor aquí sin tener que tomar excesivas medidas de seguridad.

—Pero ¿cómo han alcanzado semejante nivel de civilización, si carecen de curiosidad? Parece una verdadera contradicción en sí misma.

—No es que carezcan de curiosidad. Ocurre, simplemente, que su curiosidad se dirige hacia cuestiones más teóricas. En cuanto a la tecnología, parece que la crean a medida que la necesitan. No sienten la misma pasión por la tecnología que tenemos, o teníamos, nosotros. No son unos buenos *lagarto faber*.

—Asombroso.

—Mucho.

Tawa volvió a guardar silencio. Él sí sentía curiosidad. Primero por el nuevo sistema solar y los nuevos humanos encontrados en su deambular reciente; ahora, por esa extraña especie civilizada. Tan distinta y, en cierta forma, tan parecida al mismo tiempo. Se consideró muy afortunado. Había retornado inesperadamente de la muerte y, ahora, se sentía satisfecho de haber llegado hasta allí. Al principio, cuando Isara le había explicado la naturaleza real del viaje, había sentido un ligero temor. Las maravillas tecnológicas del siglo XXXVIII eran prodigiosas, pero incluso la tecnología debía de tener sus límites. Aunque no parecía haberlos.

Según le había contado Isara, sus cuerpos iban a desaparecer desintegrados, y sólo la información que los describía hasta un nivel de detalle inabarcable, la esencia misma de su personalidad, sería transmitida por medio de uno de esos omnipresentes agujeros de gusano, a casi 10.000 años luz de distancia. Desaparecer en un lugar para aparecer en otro. Dejar de ser un instante para ser de nuevo al instante siguiente. ¿Volver a ser él mismo? ¿En qué sentido?

Pero ahora, tras el viaje —si a eso se le podía llamar viaje— se sentía igual, como si nada hubiese cambiado. Homero se hubiese sentido perdido en este siglo de milagros: lo importante ya era sólo llegar a Itaca, no viajar hasta ella. Adiós cíclope, adiós sirenas, adiós a la epopeya azarosa del viaje. En realidad, aunque todo había cambiado, él seguía siendo el mismo.

Se sentía incluso mejor, era así de simple.

Y también así de fácil.

Sabía muy bien que podía ajustar sus emociones con sólo desearlo. El cuerpo nanotecnológico se lo permitía. Sin embargo, tenía la impresión de que ese ajuste sería falso, que en realidad no reflejaría su yo real. Igualmente sabía que esa entelequia que denominaba su «yo real» no existía. Por esa razón, agradecía mucho la existencia de aquel planeta y sus lagartos. Le habían devuelto la curiosidad, la necesidad de descubrir y explorar. El motivo básico que le había llevado a ser astronauta. Aquel planeta le había proporcionado un deseo real de hacer cosas. Sospechaba que la oferta de Isara había sido perfectamente consciente. Pasados los siglos seguía conociéndole. El martillo necesita de los clavos.

—¿Volvemos? —dijo Isara.

—No —dijo Tawa, luego sonrió con la mejor imagen que su cuerpo podía generar para ella y añadió—: Es una broma. Claro, volvamos.

Y regresaron a la luna.

## VII

# Más salidas

Tal y como me había aconsejado Marc, cerré el quiosco y me fui a examinar personalmente la compuerta B3-K125.

No tendría que haberme molestado siquiera.

Era exactamente lo que indicaba la descripción: una compuerta muy poco utilizada que, como todas las demás, estaba cerrada hasta el final del cambio de estación.

No había ninguna señal de que nadie la hubiera atravesado la noche anterior. Tampoco había esperado encontrarla. La salida podía haber sido una operación clandestina, pero había sido bien ejecutada.

La compuerta estaba situada en una zona de residencias ni nuevas ni viejas. No era un barrio de lujo, pero tampoco de los más pobres.

Seguro que la compuerta no se usaba más que para sacar desechos no reciclables. No es un procedimiento muy recomendable pero, si se vive en un planeta donde el clima arrasa con todo tres veces al año, no deja de ser lógico que la población lo acabe considerando como el medio ideal de deshacerse de los restos.

El paseo hasta la compuerta había sido un absurdo y un fracaso. No iba a sacar nada en limpio de aquel lugar. Regresé a la estación de control y volvía abrir el quiosco.

Estaba seguro de que la salida se había producido precisamente en aquella compuerta, pero no tenía ni idea de cómo se las habían arreglado para eliminar la apertura de los registros. Tampoco tenía demasiada importancia.

La salida era un hecho. Los datos de presión, temperatura y humedad eran un indicio cierto, aunque no constara en el registro que la compuerta hubiera sido abierta. Sólo las lluvias del cambio de estación podían ser las responsables del aumento de la humedad y la presión y del ligero descenso de la temperatura.

Según los datos que repasaba una y otra vez, las variaciones habían durado menos de dos minutos. O eran muy pocos, o habían salido corriendo. Probablemente no eran más de dos o tres. No creía que hubiese demasiados locos en Geria.

Consideré la posibilidad de que se hubiesen producido otras salidas en otros lugares de Geria, pero nuestra estación sólo tenía acceso a los datos locales, Los datos de las otras zonas se recogían y mantenían en las restantes tres estaciones de control repartidas por el planeta. Si esperaba demasiado tiempo, el sistema de registro de datos eliminaría automáticamente, en pocas horas, lo que pudiera interesarme.

Quería comprobar si la salida por la compuerta B3 era única, y para ello debía solicitar a las otras estaciones que no eliminasen sus datos.

No resultó difícil.

Primero me puse en contacto con la estación polar y solicité los datos de las doce horas posteriores al anuncio del cambio de estación. No era una petición normal, pero Amed no se sorprendió demasiado. Le dije que estaba recopilando datos para realizar un estudio sobre posibles alteraciones de las condiciones internas por efecto de las lluvias. Un artículo más para ese año, con la intención de rellenar currículum. Ambos sabíamos que los estudios sobre Geria no eran los más solicitados por las revistas científicas de mayor prestigio, pero era lo más fácilmente disponible a nuestro alcance.

Amed se mofó un poco de mí. Bueno, bastante. Acabamos apostándonos una cena a que no conseguiría sacar un artículo de aquellos datos. Acepté la apuesta, sólo por quitármelo de encima.

En las otras estaciones di muchas menos explicaciones.

Ejecuté los mismos programas sobre todos los datos, empleando simultáneamente los umbrales del cincuenta, treinta, y cinco por ciento. En lo que se refería al aspecto cronológico, el estudio era fácil. En Geria, donde la vida era casi siempre subterránea y con luz artificial, no tenía demasiado sentido mantener zonas horarias diferentes en lugares diferentes. La detección del cambio de estación se había producido a la misma hora en todo el planeta.

Los datos me señalaron anomalías similares, que indicaban una apertura en dos compuertas más: la A1-J345 de la estación polar y la D5-M128 de la estación ecuatorial. En el primer caso, la anomalía duraba tres minutos; en el otro, dos. Ambas se producían en plena noche. Los más rápidos habían sido los de aquí, a las 2.46. En la estación polar la salida se producía a las 3.37 y en la estación ecuatorial empezaba a las 3.12.

La información era abrumadora y me revelaban un Geria que quizá nadie hubiese podido imaginar.

Tal vez, y sin que quedase constancia de ello, en cada cambio de estación desaparecía un grupo reducido, como esas basuras no reciclables que se dejaban «fuera». Sabía que periódicamente se producían denuncias de personas desaparecidas, pero así sucede en cualquier ciudad razonablemente grande. Y la colonia de Geria ya lo era.

Ahora, disponía de una hipótesis que explicaba, quizá, muchas de esas desapariciones.

Yo tenía razón. De todo aquello podía salir un maravilloso artículo de investigación. Los datos y las conclusiones estaban lo suficientemente claros. Incluso, era posible, que quisieran publicarlo en alguna prestigiosa revista de la Red, una

revista de esas a las que, en circunstancias normales, nunca hubiese tenido acceso. Pero sabía muy bien que no escribiría ese artículo. Ya no se trataba de ciencia o de mi carrera profesional. Era algo mucho más cercano e inmediato: la chica a la que amaba había marchado. Y no había artículo en el mundo que pudiese explicar lo que eso significaba para mí.

Salir durante un cambio de estación significaba la muerte segura, y así había sido siempre. Las viejas historias de los primeros exploradores de Geria lo dejaban muy claro. Por eso las colonias eran subterráneas, por eso existían las compuertas. Ninguno de los que habían salido durante un cambio de estación había vuelto jamás, jamás.

Pero, quizá empujado por el remordimiento de no haber sabido impedirlo, me resistía a aceptar que todo estuviese perdido. No estaba loca, seguro que había tomado precauciones. Yo siempre había sido el más prudente de los dos, pero ella no era tan irreflexiva como alguno podría pensar. Era una chica lista, tal vez demasiado impulsiva, pero no era una suicida.

Sí, pese a todo lo era. Había salido durante un cambio de estación. Por muchas precauciones que hubiese tomado, los datos eran abrumadores: nadie que hubiera estado en el exterior durante un cambio de estación había sobrevivido. Tenía que estar muerta.

Nunca más volvería a verla.

Ya lo he escrito antes y era la pura verdad. Nunca volví a verla. Nunca volví a ver sus ojos ni besé de nuevo su boca.

El hecho de que cualquiera pudiese solicitar formar parte del grupo de estudio de los saurios (nadie les había dado un nombre y, en sus lenguas, el que ellos se daban a sí mismos parecía traducirse por ese término) no implicaba que no hubiese un orden o una jerarquía. De hecho, el protocolo para tratar con posibles especies inteligentes había sido redactado mucho tiempo atrás, cuando se suponía que tal acontecimiento ocurriría pronto y que el número de civilizaciones extraterrestres sería elevado. Hasta entonces, la asamblea rectora se adhería estrictamente a él. Y, precisamente, se había convocado una reunión con el propósito de conservarlo o revocarlo.

En su mayor parte, los miembros del grupo de estudio eran entidades artificiales, tanto seres humanos que residían en mundos virtuales generados por un ordenador como nanopersonas.

El planeta había sido descubierto gracias a un sondeo rutinario. Uno de tantos.

Se abría un agujero de gusano desde el centro de estudios en Saturno hasta la estrella elegida, una de las que pareciesen más prometedoras. Durante un día, se bombeaban al otro extremo multitud de nanosondas que, luego, de forma autónoma, examinaban el nuevo entorno solar. La exploración preliminar duraba tanto como

fuera necesario para estimar el número de planetas, las condiciones locales y la presencia de vida. Luego, una por una, las nanosondas que hubiesen sobrevivido al proceso, normalmente varios cientos de millones, regresaban a la boca del agujero de gusano y emitían impulsos de radiación que codificaban la información que hubiesen obtenido.

El proceso era razonablemente estándar, rápido y requería poca intervención inteligente. También era un procedimiento barato y eficaz. No tenía sentido enviar pesadas cargas cuando un número reducido de nanosondas podía atravesar en unos minutos un agujero de gusano de apenas unos centímetros de diámetro. Mantener abierto un agujero de gusano de ese tamaño requería poca energía, lo que además reducía la posibilidad de que apareciesen inestabilidades que pudieran afectar tanto al sistema de origen como al sistema de destino. El desastre que había acabado con Nereo, un satélite de Neptuno, había sido aviso más que suficiente.

Ya en su destino, las nanosondas aprovechaban los materiales del propio sistema para reproducirse a gran velocidad y crear copias idénticas que colaborasen en el proceso de exploración. Bastaban unos pocos kilos de material, lo que no producía ningún trastorno apreciable.

Con la información ya disponible en el sistema solar, ordenadores algorítmicos repasaban los datos, unían y pegaban, seleccionaban y descartaban, para producir una imagen razonablemente coherente y total del sistema estudiado. A continuación, la estrella se añadía a un espacio de ciento quince dimensiones, donde ocupaba un punto, dependiendo de su interés de acuerdo con ciento quince características básicas definidas de antemano: número de planetas, secuencia de la estrella, características de los mundos, distancias a la estrella, vida, vida animal, inteligencia, etc.. Los sistemas cuyos parámetros se hallaban en torno a ciertos valores de referencia se marcaban como candidatos a una exploración inmediata más detallada. Los otros esperaban un turno que podría no llegar nunca.

El sistema órfico, evidentemente, había disparado todas las alarmas.

Era raro encontrar planetas con vida, y en todos ellos había puestos inteligentes de seguimiento. Más raro aún era encontrar vida animal, y esos mundos atraían todo el interés. Pero los ojos ansiosos de los estudiosos de la astrobiología se volvieron inmediatamente hacia el mundo de los saurios.

Destacar personal fue una operación realizada casi de inmediato, en dos meses. La misma tecnología que permitía el envío de nanosondas permitía también el tránsito de información. Una vez allí, otros nanobots aprovechaban algún asteroide o luna cercana para construir el centro de observación. En el caso del sistema órfico, se había construido muy por debajo de la superficie de la luna cercana al planeta habitado. En apenas veintitrés horas, quedó terminado el ordenador principal que, en ese caso, se alimentaba energéticamente del gradiente de temperatura en el núcleo

todavía activo de la luna. Pronto pudieron trasladarse los primeros ocupantes y programas.

Si esa operación sufrió cierto retraso en el caso del sistema órfico, sólo se debió a la necesidad de evaluar la posibilidad de ser descubiertos por los saurios. Ante una nueva civilización tecnológica, las preguntas previas eran siempre las mismas: ¿Cuál era su nivel científico? ¿Tenían actividades en el espacio? ¿Era factible mantenerse ocultos? ¿Podría abrirse un agujero de gusano bajo la superficie de su luna sin que detectasen las alteraciones? Etc..

En realidad, enviar nanopersonas no era muy diferente a transmitir personalidades informáticas. El envío de información era el mismo, pero en el otro extremo, en lugar de ocupar un lugar en el interior de un ordenador, se pasaba a habitar un nanocuerpo similar al que se había dejado en el origen. Por algún atavismo que no se atrevía a analizar, Tawa prefería mantener la ilusión de una presencia física real. Nanotecnológica, pero real.

Desde el punto de vista de la eficacia, no suponía diferencia alguna. Fabricar un ordenador o fabricar un nanocuerpo era, a todos los efectos, la misma operación. Un nanocuerpo no requería de ningún tipo de cuidado especial: ni agua, ni alimentos y tan sólo muy escasa energía. No hacía falta tener en cuenta la presencia de nanopersonas en el diseño de la base. La sensación de poseer un cuerpo propio era, como mucho, una excentricidad inocente.

Pero una excentricidad aparentemente muy difundida y popular, a juzgar por el número de nanopersonas presentes en la reunión.

En la base había 17 entidades puramente informáticas, tres de ellas inteligencias artificiales puras. Un número reducido comparado con las 198 nanopersonas. Las tres inteligencias artificiales se encargaban, además, de tareas administrativas de archivo, clasificación y comunicación. Las otras 14 entidades informáticas preferían en casi su totalidad limitarse a una tarea de asesoría sin involucrarse activamente. Eso dejaba el control efectivo del grupo en manos de las nanopersonas, lo cual tenía cierta lógica. Después de todo, a una nanopersona le interesaba todavía lo suficiente la realidad como para tener un cuerpo, aunque fuese un cuerpo extraordinariamente alejado del modelo original humano, un «organismo» que podía ser alterado, transformado, desechado o remodelado a voluntad. Como las entidades informáticas ya habían distribuido su informe y recomendaciones, la reunión estaba formada exclusivamente por nanopersonas. Siguiendo quizá otro atavismo, habían decidido congregarse en un anfiteatro natural, formado en un cráter de impacto meteórico. Los sistemas de comunicaciones lo hacían innecesario, pero satisfacía a la mayoría y así se hizo. En realidad, el enlace era directo, mente a mente, y bien podrían haber creado un escenario virtual para esa reunión.

Actuaba como moderador el fundador del grupo, Daron, nacido en el siglo XXXII

de unos padres apegados a las antiguas tradiciones. Pero el joven Daron había demostrado muy pronto habilidades especulativas y científicas y, en cuanto tuvo edad para ello, abandonó la comunidad en la que había crecido para unirse al flujo principal de la humanidad. Como a tantos otros, la conversión en nanopersona le pareció un regalo y la abrazó con entusiasmo. Así podría estudiar por fin todos esos fenómenos extraños que le interesaban.

Tawa se había preguntado en más de una ocasión cómo un hombre que había crecido en un ambiente tradicionalista, con creencias firmes sobre lo que era un ser humano y el baremo correcto para medirlo, había podido aceptar una conversión tan radical de su naturaleza. Al él no le había quedado otra opción, habiendo sido resucitado con esa forma, pero se preguntaba cómo sería tomar esa decisión en vida, cómo sería levantarse por la mañana y decidir que tu cuerpo biológico, con el que habías crecido y experimentado tantas sensaciones, ya no era el contenedor más adecuado para tu ser. Lo cual, por supuesto, dejaba sin resolver el espinoso problema de que era el ser de un humano. ¿Había una esencia única e inmaterial que todo lo cifraba?

Quizá, se había imaginado, el truco estaba en la ilusión de continuidad. Si uno se quedaba dormido y su cerebro era escaneado y una copia informática colocada en un ordenador, el cambio sería tan radical que pocos seres humanos lograrían aceptarlo. El cuerpo original seguiría existiendo, ajeno, y la copia informática tendría todo el derecho a considerarse un ser distinto, una copia que, a partir de ese momento, rompería toda continuidad con el original. Y lo mismo le sucedería al original, que tendría la impresión de haber engendrado un hijo pero no de haber garantizado su propia inmortalidad.

Para la copia en el ordenador, el proceso sería como haber muerto y encontrarse de pronto en un extraño cielo en el que no existiera la carne, pero en el que su mente ansiaba el viejo contacto con el mundo material. Para el original, podría ser desagradable descubrir que había alguien en el mundo que se creía con tanto derecho como él a considerarse la misma persona. ¿Quién era quién?

Pero si el proceso se realizaba con lentitud, la situación cambiaba de algún modo sutil.

Un tal Smith recibía durante varios días diversas inyecciones de nanobots. Los nanobots trabajaban despacio, alterando paulatinamente, un poco cada día, la estructura interna de Smith. Si el proceso era lo bastante largo, un año por ejemplo, la ilusión de que se trataba siempre de la misma persona, la misma conciencia que iba cambiando de forma corporal, se conservaría. En ningún momento se produciría una ruptura y nadie, y menos el mismo Smith, podría plantear la pregunta ¿quién es Smith? Simplemente, Smith habría sufrido un proceso similar al que realizaba de forma natural el cuerpo humano, que se regeneraba y transformaba a sí mismo



continuamente. Sólo que en este caso, la transformación produciría un cuerpo mucho mejor y más versátil. No quedaría ningún resto delator de lo anterior y, por tanto, el Smith nanopersona tendría todo el derecho a considerarse la continuación natural del Smith biológico.

El mismo razonamiento podía aplicarse a muchas otras transformaciones posibles. Lo más sorprendente era que, al cambiar ligeramente la escala temporal, pudieran producirse repercusiones tan grandes en un problema filosófico de base. La existencia inmediata de un original y una copia permite plantear quién es realmente la persona original, con independencia del cuerpo. Pero si el cambio se produce gradualmente y el original se transforma poco a poco en la copia, la situación cambia radicalmente: deja de haber original y copia. La continuidad, y la unicidad, parecen garantizadas.

A Tawa, el hecho de que un problema esencialmente metafísico desapareciese como tal con el simple truco de ejecutar el procedimiento de cambio con suficiente lentitud, le exasperaba en cierta forma. Una molesta paradoja. Aunque, en realidad, no más molesta que la vieja paradoja, o tal vez sofisma, que todavía recordaba de sus años en la escuela de astronáutica. Mas de mil quinientos años atrás...

Un profesor dice a sus alumnos que les pondrá un examen final sorpresa antes de fin de mes. Los alumnos, buenos lógicos, concluyen inmediatamente que el examen no se hará nunca. El razonamiento, elemental, es el siguiente. Si se llega al último día del mes, es seguro que ese día no se puede poner el examen sorpresa porque, al ser el último día del mes, los alumnos saben que el examen inevitablemente debería hacerse ese día, y ya no se trataría de una sorpresa. Por tanto, como muy tarde, el examen sólo puede tener lugar el día anterior al último día del mes. Pero el mismo razonamiento vale también para ese día y, por tanto, el examen como muy tarde sólo podrá hacerse el día anterior al penúltimo. Y así sucesivamente. Razonando de esa forma, es fácil demostrar que, en realidad, el famoso «examen sorpresa antes de fin de mes» no puede tener lugar ningún día.

Sin embargo, Tawa recordaba el inevitable resultado final de las discusiones con sus compañeros de la escuela de astronáutica: el profesor no tiene ningún problema en llegar un día cualquiera del mes, el 25 por ejemplo, y poner un examen que resulta ser una absoluta sorpresa. ¿En qué falla el razonamiento? ¿En qué momento se convierte en sorpresa un examen prácticamente anunciado?

No, no era sólo una paradoja. Había algo más importante: ¿dónde dejaban todas esas reflexiones al propio Tawa? No era el original, sino su copia. ¿Dónde estaba el Tawa original? O, en su caso, ¿la copia era también el original? Al haber resucitado de su propio cuerpo muerto, ¿podía considerar que disponía de la misma y legítima sensación de continuidad de que hubiera disfrutado el Tawa original? ¿Era original y copia al mismo tiempo? No se sentía seguro de nada.

Luchó por abandonar la angustia existencial que había ensombrecido la última veintena de años en que se veía repetidas veces como un ser que era sin ser. Mejor no pensar ahora en ello. Daron hablaba.

—Bienvenidos a esta reunión del grupo de investigación y contacto órfico —dijo—. Voy a ser claro y directo, porque no hay necesidad de andarse por las ramas: nuestro proyecto se ha estancado. No quiero decir con ello que no quede mucho por hacer, que lo hay, sino que ya hemos cumplido todos nuestros objetivos iniciales. Hemos confirmado, sin lugar a dudas, que estamos ante una especie inteligente que demuestra flexibilidad, creatividad y capacidad de comprensión. Es decir, a pesar de lo que algunos propusieron, no se trata de un caso de instinto imitativo. Es inteligencia real.

Hizo una pausa retórica y dejó que todos meditasen sobre sus palabras. Luego, siguió hablando.

—Hemos obtenido también —dijo con una floritura— un conocimiento cabal y razonablemente completo de la cultura de los saurios, su comportamiento y organización social. Desde la distancia y con la no intervención, poco más podemos hacer. Son animales de sangre fría, sí, y ese simple hecho parece suscitar grandes diferencias de comportamiento entre ellos y nosotros. Y los saurios son, por lo que sabemos hasta ahora, la única cultura no humana que existe actualmente en la galaxia.

Volvió a detenerse. Explicaba lo que ya todos sabían, pero Tawa comprendía que pretendía fundamentar con firmeza lo que iba a decir a continuación.

—Por tanto, ahora debemos decidir si el proyecto continúa como una labor simple de recogida de datos indefinida, o si pasamos al siguiente nivel: el contacto.

El contacto era el fin último y también el objetivo nunca discutido del proyecto. ¿De qué servía conocer a otra civilización no humana si no se podía hablar con ella? O visto desde otro punto de vista, ¿era justo para con los saurios negarles el conocimiento de la existencia de otra civilización en la galaxia?

Aunque la pregunta podía plantearse de otra forma: ¿qué ganaban los saurios sabiendo que existía otra civilización en la galaxia?

Pidió la palabra Herschell:

—¿Debemos entender que se nos está pidiendo una opinión sobre una decisión ya tomada? ¿O acaso se nos está pidiendo que tomemos, aquí y ahora, una decisión sobre si debemos o no realizar el contacto? —preguntó.

Era una distinción importante. Si la humanidad, al menos la que estaba al corriente del proyecto, había decidido realizar el contacto, las consecuencias serían responsabilidad de otros. pero si eran ellos los que decidían... Bien, nadie les pediría cuentas, pero las posibles consecuencias y responsabilidades personales no podían evitarse.

—Aquí, aunque no necesariamente ahora. Debemos tomar una decisión —dijo Daron—: contacto sí o no. Las entidades informáticas ya han presentado su informe y su voto. Está disponible para todos.

Tawa lo consultó. Era muy escueto, pero venía a decir que era muy poco probable que nuevos datos alterasen sustancialmente la imagen que ya se tenía de los saurios. En ese supuesto, el momento presente era tan bueno como cualquier momento futuro para intentarlo. La recomendación y el voto de las entidades informáticas era por tanto un sí, pero en cierta forma condicionado: era la primera vez que se producía esa situación en la historia de la humanidad y las incertidumbres eran muchas.

La conocida experiencia del encuentro, destrucción y asimilación de culturas en la misma Tierra aconsejaba prudencia. Una norma no escrita pero siempre seguida exigía el secreto inicial, pero también precaución en los pasos posteriores. Sólo que esta vez era la primera en que el contacto con una civilización extraterrestre parecía posible. ¿Debía hacerse? ¿Cómo?

—Básicamente coincido con ellos —le dijo Tawa a Isara—. Bien podríamos seguir sus recomendaciones.

—O no —dijo Isara—. Si admitimos que podrían darse elementos imprevisibles, bien podría decidirse, pese a todo, no realizar el contacto hasta haber examinado con mayor atención la información disponible. Tal vez sea factible crear modelos para prever las diversas contingencias que puedan surgir.

—Pero, por lo que sabemos, es ya muy poco probable que nuevos datos alteren la imagen que ya tenemos —protestó Tawa.

—Lo cual, te recuerdo, no es lo mismo que decir que el contacto sea seguro. ¿Qué sentido tiene la probabilidad cuando estamos tratando con un caso único? Quizá deberíamos ser más precavidos.

Daron les recordó que, dadas las características del caso, la decisión debía tomarse por unanimidad. Cualquier voto en contra haría que se desestimara la idea del contacto.

—Tampoco es preciso tomar la decisión ahora mismo —añadió—. Es un paso muy importante y podemos, y debemos, tomarnos todo el tiempo preciso para meditar. ¿Alguien desea hablar?

La asamblea prosiguió con la exposición de razones de todo tipo. Cada uno expresaba una opinión que difería, muy a menudo, tan solo ligeramente de las otras. Muchos estaban a favor del sí, pero se enfrentaban en detalles relativos al plazo y los métodos. Incluso los que se oponían no se ponían de acuerdo en si el rechazo al contacto debía ser definitivo o convenía mantener la posibilidad de un nuevo examen en el futuro, tras dejar un adecuado margen de seguridad.

—Simplemente, no debemos interferir con una civilización de la que lo desconocemos casi todo —dijo Drake, un caucasiano rubio que, incongruentemente,

permanecía de pie en una luna desprovista de aire.

—Tonterías —contraatacó Sandoval—. Estarán tan deseosos como nosotros de saber que no están solos.

—No hay pruebas de tal cosa —replicó Shong—. Recuerdo a la asamblea que los saurios no parecen prestar demasiado interés a la exploración espacial. ¿Quién sabe cómo podrían reaccionar?

—Esto es absurdo —le comentó Tawa a Isara—. Deberíamos dejar un plazo de tiempo para pensar y analizar.

—Pues dilo —fue la respuesta de ella.

Con algo de aprensión, solicitó la palabra. Cuando le fue concedida, se puso en pie. No era necesario: no iba a hablar en voz alta, no había aire que retransmitiese el sonido. Simplemente, su mensaje se emitiría a todos los presentes.

—Creo —dijo—, y hablo como persona que ha tenido en ocasiones que tomar decisiones difíciles en una época en que esas decisiones podían llevar a la muerte, que deberíamos aprovechar la propuesta de la presidencia. Después de todo, hemos esperado mucho tiempo y bien podemos esperar algo más. Propongo un plazo de, digamos, 1.000 días para reflexionar. Llegado el día 1.001, podemos reunirnos de nuevo y tomar una decisión firme.

Y se sentó.

Para unos y otros, un plazo de tiempo permitía mantener la esperanza de que apareciesen pruebas que apoyasen sus posiciones. Y en cualquier caso, siempre les daba la oportunidad de convencer a los que mantenían una actitud contraria. Sí, un plazo de tiempo era razonable.

Y así lo decidieron.

Y mil y un días después, ganó el sí.

# IX

## Alex Santana

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde. A mí no me quedaba demasiada, pero intentaba conservarla.

No había dejado ningún mensaje. Yo sólo sabía, o mejor dicho, sospechaba, que había salido a las 2.46 de la primera noche de un cambio de estación por la compuerta B3-K125. Y, además, se trataba de un cambio de estación hacia la estación Muerta. La peor de todas.

No tenía sentido buscar pistas en los bajos fondos. No tenía contactos allí y estaba seguro de que no podría obtener más información. No sabía, ni sé, tratar con ese tipo de gente, ni tampoco creo que ya pueda aprender. Vía cerrada.

El único camino que parecía quedarme era el de esos locos que hablaban de los gerios como si estuvieran vivos, como si realmente quedase una civilización no humana en Geria, floreciendo tan solo durante los cambios de estación. No creía que se tratara de personas de fiar; su insistencia en ese punto, en contra de los datos objetivos, no decía demasiado a favor de su cordura, pero ella había creído en ellos, a su modo, y en ella, al menos, sí podía confiar.

De todo aquello de los gerios yo sólo conocía generalidades, lo que era de dominio público en la colonia. Leyendas, cuentos e historias. Peor aún, esas historias y leyendas variaban de una generación a otra. Parecían tan sólo una forma más de pasar el tiempo: relatos de fantasmas alienígenas para asustar a los miedosos. Nada que resultara justificado por los restos arqueológicos de Geria y su posible significado. En resumen, muy poca cosa.

Me encontraba en una amplia avenida, en la confluencia de dos grandes túneles. En lo alto de la caverna, la iluminación artificial imitaba tan bien la luz del sol de Geria que, de no levantar la vista, uno bien hubiese jurado que se encontraba en el exterior, contemplando un paisaje construido con pequeñas edificaciones de dos o tres pisos de alto que abruptamente terminaba frente a una pared escarpada.

Había mucha vegetación, un detalle que se cuidaba mucho en la colonia. Por todas partes, la vista podía relajarse apoyándose durante unos momentos sobre una masa verde. Se intentaba evitar al máximo la posible claustrofobia del espacio cerrado. Un esfuerzo que se agradecía.

A mi alrededor, los colonos se apresuraban de un lado a otro. La mayoría iba a pie, el método preferido para recorrer cortas distancias. Si querías desplazarte algo más lejos, y no planeabas utilizar los transportes públicos, usabas una pequeña

bicicleta, ligera y plegable, como las que pasaban a mi alrededor. Menos eran las personas que usaban pequeños transportes eléctricos. Normalmente sólo servían para transportar mercancías de un lado a otro, mercancías que por alguna razón no podían confiarse a los sistemas de transporte generales.

Crucé la calle y me detuve en la esquina. De pronto sentí pena y amargura. Me asaltó una insondable sensación de vacío, una desesperanza difícil de justificar, pero más difícil aún de sobrellevar. Sentí ganas de llorar.

En ese momento tomé mi resolución.

Me propuse estudiar con atención todo lo que los relatos pudieran tener de cierto. Ya sabía que el trabajo de separar el grano de la paja sería largo y tedioso, pero esperaba que al menos hubiese efectivamente algo de trigo en toda aquella charlatanería absurda.

Sería una especie de homenaje, un intento de descubrir, al menos, por qué ella había querido irse, qué buscaba, qué podía haberla impulsado a salir durante un cambio de estación. Averiguar qué le había hecho pensar que lograría sobrevivir en el exterior durante un cambio de estación.

Al menos me daría algo que hacer, algo para calmar la tristeza que empezaba a sentir.

He de confesar que me sentí un poco mejor. Ya tenía un proyecto que me permitiría recordarla: aprenderlo todo de esa alocada religión. La estudiaría, sí, y lo haría sin prejuicios y con la mayor seriedad, si eso era posible. Y, tal vez, con el tiempo, llegaría a estar preparado para entrevistarme con Alex Santana.

La figura de Alex Santana tenía su importancia, ya que era quizá el núcleo central de todo el asunto. Ella había parecido considerarlo un hombre importante, un erudito inteligente y serio. A mí, me parecía más un charlatán de feria, un viejo dedicado a su obsesión. Por desgracia, las absurdas historias de los gerios, de sus buscadores perdidos, la cháchara incesante de individuos como Alex Santana, eran lo único que ahora me quedaba de ella.

De pronto, pensé que cabía la posibilidad de que el tal Alex Santana hubiese salido también durante el cambio de estación. Súbitamente aterrorizado por esa idea, extrañamente aterrorizado, decidí realizar algunas comprobaciones. Lo primero que se me ocurrió fue llamar a casa de Alex Santana para ver si estaba allí.

Corrí hasta un comunicador público.

—¿Sí, dígame? —contestó una voz femenina. La pantalla mostraba a una mujer ya mayor, posiblemente su esposa.

—¿Podría hablar con el señor Alex Santana? —pregunté.

—Lo lamento, ha salido. ¿Desea dejarle un recado?

—Pero ¿está aquí? ¿Le ha visto esta mañana o esta tarde? Es importante.

—Ya le he dicho que no está. ¿Quién es usted?

—Un discípulo. Mi nombre no importa ahora. —Una tontería. La mujer ya tenía mi imagen y, si lo deseaba, podía grabarla.

Empezaba a sentirme como un paranoico.

No importaba. Santana no me conocía y mi cara no le diría nada. No sería más que la llamada de un desconocido que había hecho un par de preguntas extrañas.

—Sólo quería confirmar que el doctor está aquí, que no se ha ido.

—¿Irse? ¿Adonde? Estamos en medio de un cambio de estación. ¿Adonde quiere que vaya?

La voz sonaba ya un poco molesta. No podía reprochárselo. Sin perder el tono amable, la mujer tenía la intención de dar por acabada la conversación.

—Pero está aquí, ¿no? —insistí yo.

—Ya le he dicho que no. Esta misma mañana le han llamado para que aparezca en las noticias de esta noche. Siempre lo llaman cuando se produce un cambio de estación y en esta ocasión, que Dios me ayude si sé por qué, ha aceptado ir. ¿Podría usted llamar mañana?

—Sí, sí, gracias, por supuesto. Perdone la molestia, mañana llamare.

—¿No quiere dejar su nombre? —dijo la mujer, más calmada ahora que iba a dejarla en paz.

—No, gracias, llamaré mañana. —Corté la llamada.

Me sentía más aliviado. Todo apuntaba a que Santana no había salido, aunque no podía estar por completo seguro. Pero era un primer golpe de fortuna, lo primero que me salía bien desde esa noche.

Corrí al apartamento.

La impaciencia no me dejó relajarme hasta minutos antes del inicio del programa. Por suerte, no tuve que esperar más que un par de horas y, considerando la situación, no pasaron demasiado despacio.

Comprobé con alivio que, efectivamente, Santana no había salido. Fue mi única satisfacción. El resto fue decepción. Completa decepción. Allí estaba, pontificando como siempre, arrogante y prepotente. La barba blanca, muy bien cuidada, debía de ser el símbolo de su excentricidad, la marca de agua de su particular religión.

Fue una intervención pequeña y sin demasiado lustre.

LOCUTOR: Esta noche, a las 9.23 se ha detectado el cambio de estación. Nos dirigimos hacia la estación Muerta. Como es habitual, todo ha quedado sellado al iniciarse el cambio de estación y seguirá cerrado hasta que termine.

*[Holograma de un desolado paraje de la estación Muerta a medida que el locutor continua en off.]*

LOCUTOR: Siempre ha habido historias sobre los cambios de estación, los restos arqueológicos de los supuestos gerios y la vieja religión de Geria, llamada

popularmente de «los buscadores».

*[De nuevo holograma del estudio con un primer plano del locutor.]*

Locutor: Para hablar de todo esto tenemos en el estudio al señor Alex Santana...

*[Holograma del estudio, pero ahora el foco principal se centra en Alex Santana, que aparece sentado a la misma mesa, a la izquierda del locutor, quien sigue hablando.]*

LOCUTOR:... especialista en la vieja religión de Geria. Buenas noches, señor Santana.

Santana: Buenas noches.

*[El foco de la imagen holográfica se abre para incluir, en el mismo destacado, al locutor y el profesor Santana mientras ambos siguen hablando.]*

LOCUTOR: Señor Santana, usted afirma que se han producido novedades en el estudio de la vieja religión de Geria.

SANTANA: Así es. A pesar de que la idea común es que se trata de un conjunto de leyendas sin sentido, la creencia de la vieja religión de Geria de que es posible el encuentro con alienígenas durante el cambio de estación ha sido confirmada por nuevas interpretaciones de textos que se remontan a la era de los primeros exploradores. Yo mismo, asistido por algunos de mis mejores estudiantes, he descubierto un nuevo significado que ratifica lo que siempre hemos sostenido: Geria estuvo y sigue estando habitado por alienígenas que...

LOCUTOR: Sí, sí, conocemos sus teorías respecto a la existencia de unos supuestos gerios. Para ofrecer otro punto de vista, también hemos invitado al doctor Dennis Dupont...

*[El foco de la imagen holográfica cambia al profesor Dupont, quien aparece sentado a la derecha del locutor. Éste prosigue su charla.]*

LOCUTOR:... director del Museo Arqueológico Central de Geria. Buenas noches, profesor Dupont.

DUPONT: Buenas noches.

*[El holograma incluye ahora, en el mismo destacado, al locutor y el profesor Dupont.]*

Locutor: Profesor, ¿cuál es el punto de vista de la ciencia arqueológica sobre el hallazgo del señor Santana y sus discípulos?

Dupont: Bien, tal vez sería más exacto hablar de una reinterpretación reciente de algunos restos arqueológicos a los que, hasta ahora, nadie ha concedido importancia. Estrictamente, no puedo decir nada sobre este asunto porque, por lo que yo sé, el descubrimiento del señor Santana no ha sido publicado en ninguna revista de arqueología. ¿No es así, señor Santana?

*[El foco de la imagen holográfica se abre para mostrar un plano general del estudio en el que se ve la mesa con los tres personajes.]*



SANTANA: Hasta ahora, ninguna revista científica ha querido aceptar nuestras conclusiones... Pero ésa es la respuesta habitual a los trabajos que inician nuevas posibilidades y nuevos caminos para la investigación. Si tenemos en cuenta que...

LOCUTOR: Pero ¿no es cierto, señor Santana, que su descubrimiento ha sido generalmente criticado y rechazado por la comunidad científica?

SANTANA: Podría decirse así, si desea expresarlo de tal forma... pero las pruebas son extremadamente concluyentes. Y debería añadir...

LOCUTOR: Profesor Dupont, aun teniendo en cuenta las dificultades científicas de llegar a una conclusión en este caso, ¿cuál es su opinión?

DUPONT: Al margen de la mera opinión del señor Santana, como todas siempre respetable, no conozco a ningún arqueólogo que defienda sus posturas. Una supuesta nueva interpretación de esos supuestos nuevos textos que esgrime el señor Santana no es exactamente una prueba irrefutable. De hecho, en el museo los hemos tenido siempre catalogados simplemente como elementos ornamentales. Con la excepción del señor Santana, nadie defiende que se trate de una forma de escritura, y menos que contengan un mensaje comprensible.

LOCUTOR: Entonces, ¿podríamos decir que es falso que pueda uno encontrarse con gerios durante un cambio de estación?

DUPONT: Rotundamente falso. Salir al exterior durante un cambio de estación sólo significa la muerte. Eso es lo único de lo que hay certeza absoluta.

Santana: Pero los datos...

*[El foco del holograma vuelve a centrarse en el locutor, que corta el incipiente discurso de Santana, ya fuera de imagen.]*

LOCUTOR: Bien, muchas gracias a los dos. Nada más por ahora. La situación, según los científicos, sigue igual. Como afirma el doctor Dupont, el mayor experto en los definitivamente desaparecidos gerios, no hay gerios y la salida durante un cambio de estación significa tan sólo la muerte. Como siempre ha sido.

Así quedó y pasaron a otras noticias.

Confieso que el minidebate me desanimó bastante. Me confirmó, eso sí, que Santana era más imbécil de lo que había imaginado. Le habían puesto en ridículo. Y él había aceptado prestarse a ello.

La aparición del «doctor» Dupont había transformado a Santana en «señor», quitándole así todo posible respeto científico. Un truco rastrero, pero no por ello menos efectivo, para desacreditar la opinión de Alex Santana, que a la postre había quedado como una excentricidad más de los buscadores de alienígenas, de los que Santana era el líder más conocido.

¿La mujer que yo amaba se había mezclado con ese tipo de gente? Se me hacía difícil entenderlo. Sin embargo, era evidente que les había creído. Tanto como para salir al exterior durante un cambio de estación.

Había ido en busca de los gerios, y lo más probable es que hubiera encontrado una muerte segura.

El mensaje fue corto pero claro.

Manifestaba, ante todo, las buenas intenciones de la humanidad. Revelaba su presencia en el sistema y comentaba brevemente sus orígenes y desarrollo. Señalaba las diferencias entre mamíferos y saurios, pero las minimizaba en favor de las obvias similitudes entre todos los seres inteligentes aunque, en ese punto, hubiese en realidad muy poca experiencia. Todo el texto se repetía en varias de las que habían parecido ser las lenguas más importantes de los saurios.

Se emitió en pulso de diez minutos, en frecuencias de radio que los saurios podrían recibir, pero que no interferirían en exceso con las comunicaciones órficas. La idea era dejar pasar un periodo de reflexión, mientras los saurios analizaban el contenido del mensaje y decidían cómo actuar. Luego, también previsiblemente, se produciría una reacción, ya fuera positiva o negativa.

Tras diversos debates, se creía que ésas eran las dos únicas posibilidades realmente operativas.

Los saurios podían reaccionar aceptando la presencia humana y, en el mejor de los casos, podían llegar a establecer relaciones formales con la humanidad o, incluso, plantear el deseo de unirse a la esfera humana. Ésta última opción no se consideraba muy probable, aunque todos estaban seguros de que era posible llegar a una situación de concordia y cooperación. En realidad lo deseaban, pero como la humanidad era ahora un cuerpo tan disperso y multiforme, sería prácticamente imposible dirigirse a ella como un todo. El grupo de estudios había decidido convertirse en representante directo de la humanidad, al menos al efecto de todo lo relacionado con los saurios. No les faltaba razón.

Por otra parte, los saurios podían considerar que la presencia humana en su sistema era un acto hostil y exigir la retirada inmediata del grupo de estudio. Y, si las cosas salían realmente mal, podría incluso llegarse a una situación de enfrentamiento bélico declarado. Aunque el arsenal de los saurios no parecía contener armas de excesiva potencia, podría muy bien producirse un ataque preventivo con armamento pesado... Por lo que se sabía de ellos, la integración regional de los saurios era bastante mayor que la humana en periodos equivalentes de desarrollo tecnológico y, por si ello fuera poco, el armamento pesado hacía tiempo que— había perdido su razón de ser entre los humanos.

Aun así, considerando esa belicosa posibilidad, el mensaje había sido deliberadamente vago con respecto a la exacta localización de la base humana en el sistema de los saurios. Tampoco había sido claro con respecto a la posición del sistema solar en la galaxia, ni hacía referencia a cualquier otro asentamiento humano

de importancia. Era muy improbable que los saurios, que hasta ese momento no habían manifestado disponer de viajes espaciales, construyesen de pronto una flota capaz de atravesar distancias interestelares y que les permitiera atacar asentamientos humanos, ni tampoco parecían disponer de la tecnología suficiente para abrir y controlar un agujero de gusano, pero tampoco estaba de más tomar precauciones.

Lo que no se esperaba, realmente, era que los saurios no hiciesen nada. La callada por respuesta.

Eso fue exactamente lo que sucedió.

—No lo entiendo —preguntó Tawa—. ¿No han recibido el mensaje?

—Todo parece indicar que lo han recibido y leído. Es más, ha sido retransmitido en varias ocasiones a lo largo del planeta. Y en diversas lenguas. Lo han recibido y entendido su contenido. Sobre esto no hay dudas.

Tawa se sentía incómodo. El resultado no era el esperado y no estaba claro lo que sería necesario hacer a continuación. ¿Cómo había que interpretar lo sucedido? Había pasado ya un tiempo apreciable y los saurios no demostraban haber reaccionado ante la recepción del mensaje. ¿No les interesaba? ¿No lo creían?

Isara y él ocupaban en ese momento un ambiente virtual. Los dos cuerpos se encontraban sobre la superficie de la luna, extendidos sobre una gran zona orientada al sol. Pero sus mentes se relacionaban en lo que era una reconstrucción de una casa en la playa. Había mucha luz, una brisa ligera, y las olas golpeaban la arena con placidez. Los dos estaban tendidos en la arena, pero Tawa se mostraba inquieto y se apoyaba en los codos.

A lo lejos, el sol destacaba algunas nubes sobre el suelo. Unas aves marinas revoloteaban en lo alto y graznaban ocasionalmente. Probablemente, un banco de peces pasaba en ese momento por la zona y eso las había alterado. A poca distancia, por la playa, unos restos de madera varados, quizá un antiguo naufragio o simplemente la imaginación humana dotando de magia arquetípica a la escena.

Para Tawa, la ilusión era perfecta, en todo caso, demasiado perfecta. No era de extrañar. La sensación de realidad se estaba creando directamente en sus módulos encargados de procesar la información de los sentidos y, por tanto, a todos los efectos prácticos, pasar la mano por la arena le ofrecía la misma sensación que pasar una mano real sobre una arena real. Quizá, incluso más. Después de todo, su cuerpo funcionaba ahora mucho mejor y podía concentrarse y apreciar detalles que antes, por limitaciones orgánicas o simplemente por cansancio, le pasaban desapercibidos. Ya se había percatado de esa sensación, pero había supuesto que se debía al hecho de encontrarse casi siempre en entornos poco familiares, como la nube de cometas o una luna sin aire. Sin embargo, al volver a la Tierra por primera vez, tras su nanoresurrección, había comprendido que la veía en realidad con ojos que habían superado en mucho a los biológicos.

¿Cómo verían los saurios su mundo? ¿Qué pensarían de los humanos?

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó al fin.

—Un millar de cosas —contestó Isara. Ésta se manifestaba más relajada y tranquila y miraba con calma al cielo. En realidad, contemplaba las estrellas más allá de la luna—. Puede que, simplemente, se estén tomando su tiempo. No tienen por qué reaccionar como nosotros.

—No, creo que algo ha salido mal —dijo Tawa.

—Era una posibilidad —admitió Isara—, ya lo sabíamos antes de enviar el mensaje. Creemos comprender cómo van a actuar, pero no deja de ser una suposición.

—¿Qué sucederá ahora?

Isara se recostó sobre un brazo y miró directamente a Tawa.

—Dejaremos pasar algo más de tiempo. Luego, repetiremos el mensaje. Después, ya veremos.

—¿Y si la respuesta es la misma, es decir, si no hay respuesta?

—Ya veremos —repitió Isara.

Volvieron a enviar el mensaje. Básicamente era el mismo y se repetía el esquema del anterior. La única diferencia estribaba en que recalcaba, de forma aún más clara, las intenciones pacíficas de la humanidad. El contacto tiene como único propósito enriquecer ambas culturas, se aseguraba.

Una vez más, el mensaje fue transmitido a todo el planeta. De nuevo, los saurios lo retransmitieron de un lado a otro. Esta vez se emitió también por los canales públicos de comunicación. Pero no había ni el más mínimo comentario ni interpretación añadidos.

Por todo lo que los humanos podían comprender, los saurios tomaban el mensaje como un hecho más entre los muchos del mundo y no le daban mayor valor.

Y no respondieron.

—Es irracional. Parece como si no lo entendiesen, como si lo que les dice el mensaje fuese para ellos un hecho incomprensible e imposible —comentó Tawa.

—Hay que aceptar que su respuesta sea precisamente la no respuesta.

—Algo debemos hacer.

—¿El qué? —preguntó ella—. No es como si pudiésemos obligarles a aceptar una situación que no han pedido. Nos ignoran. Quizá deberíamos usar este caso como punto de partida para meditar y evaluar nuestros puntos de vista y las decisiones que hemos tomado y que vayamos a tomar.

—Pero no podemos dejar las cosas así —objetó Tawa. Se encontraban de nuevo en el cráter que se usaba a menudo como lugar de reuniones. La falta de respuesta de los saurios había hecho necesaria otra asamblea. Era preciso discutir qué debían hacer a continuación.

—Somos bastante arrogantes —dijo Isara—. Enviamos un mensaje y damos por

supuesto que el receptor va a saltar de alegría al recibirlo, y que contestará con celeridad y prontitud. Pero quizá para los saurios somos unos indeseables que se han atrevido a molestarles en la tranquilidad de su propio hogar.

Daron se puso en pie en medio del anfiteatro. El ritual iba a ejecutarse con precisión, aunque nadie hablase realmente y fuesen receptores de onda los que recogiesen lo que allí se dijese. Se comportaban como seres humanos de carne y hueso, incluso sobre la superficie de una luna sin aire. La liturgia y los rituales seguían siendo importantes incluso para los posthumanos.

—Estimados compañeros. Ya todos sabéis que el mensaje de presentación que hemos enviado a los saurios no ha tenido respuesta. Su civilización parece incapaz de entender la naturaleza del mensaje o, por alguna razón que desconocemos, han decidido ignorarlo.

Fue interrumpido por Yang.

—O, simplemente, no hemos sabido explicarnos bien. Quizá no entendemos lo suficientemente bien su psicología o mal-interpretamos sus lenguas.

—Será mejor —replicó Daron— que respetemos el turno de palabra. En todo caso, voy a ser breve. La falta de respuesta complica nuestros siguientes pasos. Contábamos con la reacción, cualquier reacción, de los saurios para decidir nuestro proceder. Pero la falta de reacción nos deja sin ninguna pista. ¿Qué hacemos ahora?

María pidió la palabra.

—Es preciso considerar de antemano un hecho incontestable: no hemos establecido contacto. Debemos partir de ese punto.

—No es del todo exacto —añadió Wahal, una de las pocas nanopersonas que habían nacido originalmente como entidad informática. La vida puramente virtual le había resultado algo monótona y, según él mismo decía, como nanopersona podía disfrutar de lo mejor de ambos mundos—. Hemos intentado establecer contacto y, por tanto, hemos revelado nuestra presencia en el sistema. El contacto ha existido. Pero los saurios han optado por ignorarlo. Lo que debemos decidir es, precisamente, cómo juzgar su aparente desinterés en una respuesta.

Aquel comentario fue la señal de inicio de la carrera. Cada uno estuvo pronto ofreciendo su versión sobre el significado de los acontecimientos. Algunos defendían que los saurios se mostraban simplemente cautelosos y que, con el tiempo, cuando hubiesen confirmado que su mundo no corría peligro, responderían. Otros replicaban que la sociedad de los saurios parecía seguir como siempre, sin que la recepción del mensaje hubiese provocado aparentemente ninguna alteración. Unos pocos sostenían la tesis de que la falta de respuesta implicaba una posición belicosa y que los saurios intentaban ganar tiempo con la esperanza de que los humanos revelasen su posición exacta. Un individuo concreto, Shing, matemático de vocación, argumentaba que, muy posiblemente, la psicología de los saurios difería en mucho de la humana y que

no era seguro que pudieran concebir siquiera el concepto de la existencia de otros seres inteligentes que no fueran saurios.

—Esto es absurdo —le dijo Tawa a Isara en un aparte—. Deberíamos estar estableciendo un plan de acción, en lugar de intentar resolver problemas semánticos.

—Sin embargo, es mejor tener cuidado —contestó la pos-mujer—. Si nos equivocamos, ¿cuáles podrían ser las consecuencias? La falta de reacción al mensaje es un elemento muy relevante.

—Yo también lo creo —respondió Tawa—. Simplemente opino que eso, precisamente eso, demuestra que el estímulo que les hemos ofrecido no ha bastado para llamar su atención.

—¿Crees que, por el hecho de ser reptiles, es preciso ofrecerles un premio mayor para despertar su curiosidad?—Isara parecía sorprendida.

—Exacto. Creímos que un mensaje sería suficiente porque eso hubiese sido suficiente para nosotros.

—¿Y qué propones tú?

—Un descenso —dijo él.

Isara no contestó.

Tawa prefirió interpretar que su silencio se debía a que meditaba sobre su propuesta. Para él, esa opción tenía cada vez mayor sentido. Si los saurios no habían respondido, se decía, era porque el grupo de estudio había partido de un supuesto falso.

La solución consistía en descubrir cuál era ese supuesto. Todos discutían, pero no se avanzaba y más bien parecía que se dedicaban a dar vueltas en círculo.

¿Cómo hubiese respondido un humano del siglo XXIII ante un mensaje semejante?

Lo más seguro es que se hubiera convertido en noticia inmediata, y nadie hubiese vacilado en ofrecer su opinión. Habría un comentario tras otro, y luego pasarían a discutir incluso esos mismos comentarios. Seguramente se tardaría un tiempo en decidir si contestar o no, pero resultaría evidente que el planeta se habría mostrado consciente de estar siendo observado sin posibilidad de ocultarse. Es más, entraba incluso dentro de lo probable que algún aventurero solitario decidiera contestar por su cuenta.

Tan sólo una semana después, los extraterrestres que se hubiesen atrevido a revelar su presencia habrían recibido miles de ofertas de todo tipo.

Pero eso no había sucedido con los saurios.

Porque los saurios no parecían tener el mismo nivel de curiosidad que los seres humanos.

Para ellos, según se creía, el mundo era un lugar que se aceptaba tal y como estaba. No se preocupaban por alterarlo hasta que no fuese necesario. Los datos

históricos sobre los saurios no eran completos, pero todo parecía indicar que alcanzar su actual nivel de civilización les había llevado, en la escala temporal, varios órdenes de magnitud más que a la humanidad.

Tawa pidió la palabra y expuso su razonamiento. Propuso el descenso.

Fue un discurso inspirador y convincente, lleno de argumentaciones y teorías. Todo parecía encajar y todo parecía tener lógica.

Al principio hubo algunas objeciones, pero fueron perdiendo fuerza.

—Debemos, por tanto, ofrecerles un estímulo mayor. Evidentemente, un mensaje no es suficiente. Debemos enfrentarles con un hecho físico concreto, algo que no puedan ignorar con la misma facilidad y que les obligue a actuar.

—Pero eso podría ser peligroso. Podría ser excesivo —dijo Shing.

—Ya conocen nuestra presencia, ya están sobre aviso. Simplemente, no se sienten con la obligación de actuar sólo por eso. No hay nada en la información que les hemos enviado que les lleve a intervenir activamente elaborando una respuesta y, simplemente, no lo hacen. Si se encontrasen con nosotros físicamente, no tendrían más remedio que hacerlo.

—¿Propones entonces descender sobre su mundo como ángeles? —fue la irónica pregunta de Martín, el experto en el mantenimiento del enlace por agujero de gusano.

—No. Evidentemente, eso sería demasiado. Debemos adaptarnos a su nivel tecnológico. Debemos construir una nave y descender con un vehículo más primitivo.

Se desató un pandemónium. Con bastante dificultad, Daron consiguió recuperar el control de la reunión y le devolvió la palabra a Tawa.

—En mi época hubiese dado mi vida por una oportunidad como ésta. Todos soñábamos con el primer contacto. Estamos ante una situación única, no la desaprovechemos.

A duras penas se pudo decidir aplazar la reunión.

Si bien muchos compartían el espíritu de la propuesta de Tawa, buena parte de ellos no estaban tan seguros con respecto al método. ¿Era de verdad un descenso la mejor forma de establecer el contacto? Pero, por otro lado, ¿y si resultaba ser la mejor opción?

La discusión se alargó durante días, cada uno ofreciendo su punto de vista parcial. Las entidades informáticas fueron las primeras en manifestarse, como era habitual, y votaron condicionalmente por el plan. Pero para ellas era muy fácil: lo que sucedía en el mundo físico les era un poco ajeno. Los demás miembros del equipo de contacto (como se llamaba ahora) exigieron más argumentos y mayor trabajo de zapa y trincheras.

Y Tawa lo disfrutó inmensamente y se entregó a la tarea con total entusiasmo.

Pronto descubrió por qué.

Era el sueño de una vida, era la labor para la que se había entrenado y por la que

había trabajado como astronauta. Cualquiera de sus compañeros en el cuerpo hubiese actuado como él ante la misma situación. ¿Quién podría desear más el contacto físico con una civilización inteligente que aquel que había soñado toda su vida con encontrarlo? Era un resto de su pasado, una forma de recuperar un fragmento del mundo que le había pertenecido y, también, una forma de integrarse en el nuevo mundo en el que ahora vivía.

Era en suma, una razón para vivir y actuar. Algo por lo que luchar. Una Labor personal que podía proporcionarle una gran satisfacción. Volver a ser útil y, precisamente, cumpliendo el viejo sueño de su adolescencia.

Y, por fin, se aprobó el descenso.



# XI

## Los buscadores de gerios

Los días iban pasando y, con ellos, la rutina del trabajo que me resultaba cómoda para distraerme. Una buena terapia.

Eso sí, después del trabajo, durante las horas que antes le hubiese dedicado a ella, me concentraba en mi reciente afición por estudiar todo lo habido y por haber sobre los gerios. Consumía todo mi tiempo libre en ello.

Era mi peculiar manera de guardar luto, mantener vivo su recuerdo y, en la medida de lo posible, comprender lo que había sucedido.

Sin embargo, a cada día que pasaba, la constatación de que ella no regresaba me convencía de que su muerte era algo seguro y que nunca volvería a hablar con ella. Todavía no sabía que estaba equivocado. Verla, eso sí, ya no lograría volver a verla, pero hablar con ella, tal vez eso era algo distinto...

Pero dejemos eso por el momento. Ahora debería hablar de mis estudios sobre los gerios, de los supuestos alienígenas y sus fantasmas, de esa absurda religión de los buscadores de gerios que, en esos días, lideraba el incompetente Alex Santana. Siempre habrá tiempo para todo el resto.

En cualquier caso, a pesar de lo que había imaginado, no había mucho que estudiar sobre los supuestos gerios y la religión de los buscadores.

Al llegar a Geria, los primeros exploradores experimentaron las tempestades del planeta y sus traumáticos cambios de estación. A punto estuvieron de abandonar, considerándolo demasiado peligroso para establecer en él una colonia.

Pero los humanos somos insistentes. Los pioneros se quedaron y desarrollaron la idea de las colonias subterráneas. Era lo más lógico.

Al realizar las excavaciones, aunque no a la primera, se encontraron las ruinas. Fue algo totalmente inesperado. Eran restos extraños. Los más arriesgados decían que eran ruinas de antiguos edificios. En todo caso, estaban contruidos con los materiales aportados cada año por la estación Muerta. Quizá por eso habían durado tanto tiempo, aunque afirmar que habían sido edificios era toda una especulación.

Fue toda una noticia. Aunque fuesen los restos de una civilización ya extinguida, demostraban que la humanidad al menos no había estado sola en el universo.

No se sabía mucho más. No había referencia posible para establecer una datación. El truco del carbono catorce y similares sólo sirven si hay materiales orgánicos y si se han tomado referencias. En Geria, la absurda e incomprensible meteorología reconstruía el planeta a cada estación. No había diferencias entre restos vivos y

muertos. Todo moría cada año, todo renacía Cada año.

Además, los materiales surgidos durante el malpaís eran excepcionalmente estables. Nunca se había detectado la más mínima degradación. La única excepción era su misteriosa desaparición en el paso de la estación Muerta a la del Estallido.

No había forma de estimar la antigüedad de los restos.

La idea comunmente aceptada era que se trataba de construcciones con miles de años de antigüedad. Los arqueólogos se basaban en el deplorable estado de las supuestas construcciones realizadas con la piedra del malpaís. Si se hallaban tan deterioradas, decían, debían de proceder de muchos, muchísimos años atrás.

Pero, según llegué a averiguar, la hipótesis que cifraba la edad de los restos en miles de años no era más que eso, una simple hipótesis. Podrían tener tanto cien como un millón de años de antigüedad. En pocas palabras: no había forma de saberlo con certeza. En Geria no.

Con el atrevimiento de los novatos, empecé a pensar que era muy raro el hecho mismo de la simple existencia de esas ruinas. Nadie parecía haber reparado en ello o, cuando menos, nadie lo había dejado por escrito, pero me parecía muy extraño que, en un mundo como Geria, las ruinas no se hubiesen limitado a desaparecer como desaparecía todo.

Si cada año las tormentas deshacían todo lo que se encontraba en la superficie, ¿cómo podía haber allí construcciones que perdurasen? Tal vez se tratara de construcciones que siempre habían sido subterráneas, al fin y al cabo, las edificaciones humanas en Geria siempre habían sido subterráneas. Pero, si esas construcciones de los gerios habían sido subterráneas, ¿cómo se habían deteriorado si los brutales fenómenos meteorológicos de la superficie no podían alcanzarlas?

Me dejé llevar por fantasiosas elucubraciones. Pensé que quizá las estaciones de Geria no se habían producido siempre. Quizá, supuse, había habido una época del planeta sin esos fenómenos, fenómenos que por alguna razón desconocida se habían desencadenado después de que se alzasen aquellas edificaciones. Pero ¿cómo podía surgir un fenómeno tan extremo como el de las estaciones de Geria? ¿Cuál podía haber sido la causa?

Y si las estaciones de Geria eran, desde el origen del planeta, un fenómeno natural, ¿cómo podían existir esas ruinas en realidad tan poco deterioradas ante lo inclemente de los cambios de estación?

De esa forma, las ruinas se convertían en un misterio al mismo nivel que las estaciones. Un misterio absurdo e inútil. Los hechos eran incontrovertibles. Simplemente, ruinas y estaciones estaban ahí. Misteriosas pero existentes.

No era de extrañar que, a partir de un misterio como ése, se hubiera desencadenado la especulación más salvaje. Parece como si los humanos nos resistiéramos a no entender las cosas y, cuando carecemos de una explicación,

simplemente la inventamos para poder tranquilizarnos. Aunque esa explicación sea mentira. Tal vez sobre todo si es mentira. Siempre he pensado que ése era el origen de todas las religiones, y en esos momentos asumía que ése era el origen de la religión de los buscadores en Geria.

Como era de esperar, un loco ató todos los cabos con la típica explicación religiosa que pretende explicarlo todo sin explicar realmente nada.

Si había ruinas, elucubró, debía de haber ocupantes: los gerios. Por tanto, sin mayor comprobación, los primeros buscadores postularon la existencia de una civilización antigua que ocupara Geria desde muchos años atrás. Después, los habitantes del planeta, por una razón que nadie conocía, habían partido. Pero el salto mortal en el proceso lógico se producía al asumir que algunos de esos gerios habían permanecido en el planeta, y aguardaban ansiosos a los creyentes que se atreviesen a salir al exterior durante un cambio de estación. Un momento muy conveniente, al estar sacudido el planeta por las fuerzas naturales más potentes que la humanidad había conocido y que, muy convenientemente, eliminaban todo rastro—

No estaba mal. La humanidad ha inventado historias peores ayudada por misterios y revelaciones aún más increíbles. Después de todo, al menos en el caso de Geria, no parecía verse involucrada ninguna entidad sobrenatural. La desaparición de los gerios y su fantasmal persistencia no alcanzaba el nivel de los poderes de Zeus o el misterio de la transubstanciación del pan y el vino en el cuerpo de Cristo. Evidentemente, a los humanos nos gusta creer en aquello que no podemos comprobar.

Bien, en realidad, no a todos los humanos. Yo mismo he sido siempre bastante refractario a las explicaciones religiosas del mundo. Nunca me han hecho falta para vivir.

Pero ella había creído.

Creído hasta el punto del sacrificio.

Nuestras posiciones siempre habían coincidido en asuntos similares, y se me hacía extraño pensar que, justo en ese punto, pudiésemos divergir tanto. Todavía me acuerdo de esa extraña frase que me dijo el último día que la vi: «Ninguna religión es estúpida.» Por venir de ella, ésa era una afirmación más bien extraña. Era evidente que, en los meses anteriores a su salida, algo había cambiado.

¿Debía aceptar como prueba, en contra de toda razón, ese comportamiento anómalo, o acaso debía considerar que era producto de algún trastorno mental? No tenía forma de saberlo, ni tampoco sabía dilucidar cómo podría servirme de guía.

Ella había creído firmemente que había algo de cierto en las creencias de los buscadores de Geria. En ocasiones habíamos empezado a discutir a fondo esa posibilidad, pero pronto aprendió a dejarlo correr ante mi incredulidad irreductible.

Ojalá entonces hubiese sido capaz de mostrar mayor cautela, de permitir que

hablara para ver hasta dónde quería llegar, qué era lo que finalmente la había convencido.

Por desgracia, ahora no lograba encontrar nada que me convenciese a mí como se había convencido ella. La cháchara de los buscadores era absurda. Como absurdo había sido su comportamiento al salir al exterior durante un cambio de estación. En cualquier caso, lo cierto era que las creencias de los buscadores se habían mantenido siempre dentro de un grupo reducido, locos y fanáticos que no tenían nada mejor que hacer. Se limitaban a realizar una labor de proselitismo tranquilo, sin buscar realmente ampliar su número. Sólo que se atrevían a salir al exterior durante un cambio de estación.

Era su forma de buscar la comunión con lo inefable, con los fantasmas de los gerios que, según creían, les llevarían a un paraíso inimaginable.

Tal vez llegaron al paraíso, pero lo cierto es que ninguno de ellos volvió para traer la buena noticia.

Descubrí que, en los inicios de la colonia, se había barajado la posibilidad de prohibir la religión de los buscadores. A juicio de las autoridades de la colonia, salir al exterior durante un cambio de estación, hubiera o no fantasmas de gerios, era una forma segura de morir. El problema en aquella época era real, porque transportar un colono hasta Geria no era barato y tampoco parecía deseable que se suicidase nada más llegar.

Pero los administradores sabían bien que prohibir una religión es la mejor forma de propagarla. La historia de la humanidad cuenta con muchos ejemplos de ello.

Muy pronto se inició una campaña para ridiculizar la fe de los buscadores de gerios, sin llegar a prohibirla.

Y lo lograron. En los días sobre los que escribo, los seguidores de la religión de Geria eran el hazmerreír de todos y prácticamente no existían. Se daba por supuesto que ya nadie intentaba salir al exterior durante un cambio de estación.

Aunque ella lo hubiera hecho. Por eso, a pesar de todo lo que había descubierto en mis recientes estudios, no me era tan fácil desestimar aquellas creencias. Ella las había compartido, y mi peculiar concepción de la lealtad me obligaba a descubrir lo que pudiesen tener de verdad. Se lo debía.

¿Se lo debía? Sí, porque la quería. Era así de simple. Hacemos muchas tonterías por amor, y honrar el recuerdo del ser amado no es la mayor de ellas. No podía limitarme a pensar que se había vuelto loca, que un trastorno o una mala influencia la había apartado del futuro que habíamos planificado para ambos. No, no me era posible creer en tal fragilidad. Toda aquella locura debía tener su razón. Y estaba dispuesto a descubrirla, aunque no supiera dónde ni cómo hacerlo.

Por más que examinaba textos, consultaba a creyentes, o investigaba lo que se sabía de las ruinas de Geria, no conseguía dar con nada que tuviese la fuerza

suficiente como para que una persona cuerda se atreviera a salir al exterior durante un cambio de estación de Geria. Era una muerte cierta.

En mi desesperación, llegué a pensar que, simplemente, yo no estaba hecho del material de los creyentes. Que los hombres y mujeres capaces de dar su vida por un ideal estaban hechos de una pasta especial y que yo, claramente, no era uno de ellos. Sin embargo, creía conocerla a ella.

Y en mi corazón, a cada día que pasaba, aumentaba la certeza de que jamás volvería a verla.

Tawa conservaba el contacto con Jabru.

Le parecía natural. Había sido la primera persona que había visto al resucitar, el que le había presentado el nuevo mundo en el que habría de vivir y quien le había introducido en los misterios del nuevo cuerpo nanotecnológico. Primero había sido un guía atento y amable, luego se había convenido en mentor y profesor, para transformar al final esa relación en amistad.

Una amistad extraña y difícil, como correspondía a los tiempos.

Hacía mucho que se había alcanzado la singularidad que había sido teorizada desde finales del siglo XX, el punto a partir del cual era imposible predecir el progreso de la humanidad y el futuro divergía definitivamente del pasado. El futuro llegaba con tal rapidez que, prácticamente, se había perdido la posibilidad de vivir en el presente.

Sólo algunos lo habían intuido, pero nadie había podido predecir sus consecuencias. Después de todo, ése es el sentido físico de una singularidad: un punto en el que se rompen los modelos predictivos, las teorías fallan y es preciso buscar nuevas hipótesis.

Si es posible, claro.

Y si no lo es, sólo resta aguardar con tranquilidad el momento siguiente y ver qué ocurre.

Había tardado más de lo esperado. Se suponía que la singularidad se produciría en algún momento del siglo XXI, cuando el volumen de conocimientos humanos se expandiese tal vez más rápido que la cultura, y apareciesen las primeras inteligencias superiores a la humana. Esas inteligencias producirían a su vez nuevas inteligencias aún superiores, que a su vez producirían nuevas inteligencias incluso superiores... en una iteración sin fin hasta alcanzar la inteligencia suprema, un intelecto tan vasto que contendría el universo.

Llegado ese punto, el progreso sería tan rápido que la humanidad, o aquello en que se hubiera convertido, podría recorrer el equivalente a milenios en la obtención de conocimientos en unas horas, y el auge y caída de civilizaciones enteras llevaría pocos segundos. Para ser más exactos, lo que quedase de la humanidad, los hijos

mecano-algorítmico-cuánticos del ser humano, herederos intelectuales —aunque no físicos— se expandirían a la velocidad de la luz por la galaxia y dominarían el universo en un parpadeo.

Y algún día, manipularían el espacio y el tiempo para recrear el mundo.

Al menos así era el sueño.

Y efectivamente, la singularidad llegó.

Llegó, eso sí, mucho más tarde de lo esperado, entre otras cosas, porque crear inteligencias artificiales no era una tarea tan fácil como se había creído. El cerebro humano había resultado ser un dispositivo mucho más complejo de lo imaginado. Después de todo, la evolución había contado con millones de años para perfeccionarlo y ponerlo a prueba. Descubrir sus secretos y sus modos de operación fue una larga y ardua tarea. Se consiguieron éxitos, sí, al principio en el campo puramente algorítmico y luego, una vez que se pudieron estabilizar y usar de forma rutinaria, con las posibilidades que abrían los nuevos ordenadores cuánticos y moleculares.

Nacieron las primeras inteligencias artificiales.

No eran mucho más inteligentes que un ser humano. Muy rápidas, sí, pero no mucho más inteligentes. Para ellas también era difícil crear inteligencias aún más inteligentes, por lo que la curva de crecimiento exponencial que se había predicho resultó más bien una curva logarítmica. Parecía haber un límite a la inteligencia que podía alcanzarse con los métodos empleados por la humanidad. Y nadie, ni siquiera las inteligencias artificiales, sabían cómo superarlo.

Aun así, la singularidad llegó.

Y como cabía suponer, fue completamente impredecible.

A pesar de su nombre, la singularidad no había implicado un retraimiento de la humanidad sobre sí misma, ni la muerte del ser humano como tal. Todo lo contrario. La humanidad había estallado en un Big Bang intelectual que la había desmembrado y renovado más allá de lo imaginable. El ser humano había dejado de ser uno para transformarse y recrearse en una multiplicidad. Realmente, hablar de humanidad era una cómoda ficción, una forma rápida de referirse a un conjunto amplio y complejo; en realidad, existían cientos o miles de especies *homo sapiens sapiens*.

Por fin el ser humano parecía haber alcanzado su destino.

Allí donde había un grupo humano, las posibilidades de cambio eran tantas que ese grupo podía iniciar su propia y peculiar evolución, separándose virtualmente del resto de la humanidad. De pronto, un conjunto de veinte o treinta individuos podían inventar una cultura donde no la había habido, iniciar su propia carrera hacia el progreso. Y la expansión se iniciaba de repente, entretejiéndose o no con la comunidad humana, creando su propio espacio y tiempo a medida que se expandía. Cada comunidad iniciaba su propio estallido. La frontera de esa cultura formaba su

propio horizonte intelectual, que era difícil de superar y que, a efectos prácticos, la alejaba de todo lo demás.

Ahora, los grupos se contaban por miles de millones y cada uno tenía su propia dinámica y velocidad de cambio intelectual. Era ya imposible hablar de un único nivel de progreso de la humanidad, porque nada ni nadie podía conocer todo lo que sucedía. Las fronteras eran imprecisas y si bien no avanzaban a la velocidad de la luz, poco faltaba. La información podía todavía viajar entre los asentamientos humanos, porque podía moverse a la velocidad de la luz, pero en la práctica sólo se transmitía la información más importante: algún descubrimiento concreto o datos de importancia.

Lo que por un tiempo pareció que iba acabar siendo uniforme, se había enriquecido. Ya no existía una única civilización humana, sino un número inmenso de civilizaciones, cada una tan rica y extraña como la siguiente. Ya no quedaba ninguna fantasía de un lugar central para la humanidad, de un núcleo que la contuviese y tomase todas las decisiones. La humanidad era demasiado vasta para tener un centro.

Sólo en casos especiales, como el contacto con los saurios, se producía algo similar a un consenso pero, incluso en ese caso, se trataba más de una actuación del sistema solar que de la humanidad como un todo único. Aunque, paulatinamente, el sistema solar, aunque conservaba un cierto peso histórico, perdía importancia numérica con rapidez. Así de acelerada era la expansión.

Y era mejor así.

La diversidad era más importante que cualquier sueño de control. Porque la diversidad y la expansión garantizaban la supervivencia. Si la humanidad o aquello en que se había convertido ocupaba muchos lugares, si se introducía en muchos nichos galácticos, ninguna catástrofe podría destruirla por completo. Sí, alguna comunidad concreta podría desaparecer, pero el ritmo de creación de nuevas comunidades casi garantizaba que se recrearía en algún momento. Sería como perder una célula del cuerpo. Éste sufriría, quizá, pero sobreviviría.

Y, en ese vasto contexto galáctico, Tawa se comunicaba con Jabru.

El diálogo era entrecortado y largo, formado por dilatados silencios y pausas. Las comunicaciones humanas habían revertido a un estadio similar al epistolar antes de la invención de los sellos. Se enviaban mensajes, y éstos acababan llegando a su destino, pero no siempre con todas las garantías. Además, el destinatario podía no encontrarse ya en el lugar de destino y la red de comunicaciones debía buscarlo. Por otra parte, entre el mensaje original y la respuesta podía pasar mucho tiempo. No había prisa, porque la eternidad era el destino por derecho de todo humano.

La urdimbre seguía siendo el sistema básico de comunicación de la humanidad. Allí donde había humanos, por extraños que fuesen, podía haber un nodo de comunicación por agujeros de gusano. La información fluía así, de punto a punto, saltándose en apariencia el límite relativista, aunque en realidad lo obedecía

fielmente.

En general, Jabru hablaba a Tawa de nuevos avances y descubrimientos. A Tawa le resultaba difícil hacerse una imagen de la situación. Le costaba reconciliar la imagen de una civilización galáctica con la idea de un sistema solar grande, extraño y habitado por muchos pueblos. La multiplicidad de horizontes intelectuales le era difícil de comprender.

«No es tan complicado —le había dicho Jabru en una ocasión—. En realidad, no es más que relatividad. La situación social en la que nos encontramos no es más que una consecuencia simple de las limitaciones relativistas. Imagina un punto que se mueve a una velocidad cercana a la de la luz. Sólo algunos acontecimientos del pasado afectan a ese punto y ese punto sólo puede afectar a algunos acontecimientos del futuro. Cada cultura humana define su cono de luz.»

Pero ese proceso no tenía fin, objetaba Tawa. Un Big Bang intelectual podía producirse en cualquier momento en cualquier comunidad, de repente, inesperado.

«Exacto. Pero así funciona el universo.»

Y entonces Jabru le había hablado del Racimo.

«El universo no es único. En realidad, pertenece a un grupo local de universos, todos originandos de un universo común anterior —le dijo—. Por algún mecanismo, quizá por un cambio de fase o por una contracción súbita, un universo puede generar otro espacio-tiempo. Digamos, un espacio-tiempo hijo. Ese espacio-tiempo, puede a su vez generar otro espacio-tiempo, y así sucesivamente. Si un universo produce varios espacio-tiempos hijos, éstos pueden concentrarse en un conjunto local, lo que llamamos un racimo.»

Entonces, ¿qué había sido el Big Bang?

«El Big Bang, este Big Bang, no fue más que la creación de nuestro universo particular, hace 15.000 millones de años. Pero nuestro universo no es más que uno entre muchos, y uno particularmente reciente.

»En realidad, vivimos en un espacio aún mayor que por lo que podemos saber, ha existido por siempre. No se conocen todavía las posibilidades, ni las causas que generan nuevos universos, pero están ahí. Es posible que nuestro propio universo cree sus propios universos hijos algún día, o que ya lo haya hecho.»

A Tawa la imagen se le hacía fascinante. Un universo que había existido por siempre, recreándose continuamente, produciendo universos. ¿En qué vivían?

«Vivimos en un multiverso, un conglomerado de universos —le había explicado Jabru—. Algún día quizá podamos viajar a ellos. Por el momento, las consecuencias son asombrosas. La reproducción de universos implica una cierta inmortalidad. Incluso cuando mueran las estrellas y se desintegren los protones, y los últimos agujeros negros se hayan evaporado, quedará esa posibilidad.»

Tawa planteaba preguntas y objeciones a lo que era la imagen de Jabru, un núcleo



limitado de su personalidad y conocimientos. Si la réplica podía contestar a una pregunta, lo hacía. Si no conocía la respuesta, la remitía al Jabru original, y luego era preciso esperar pacientemente. En el curso de una de esas discusiones llegaron a la apoteosis.

«Se ha propuesto en varias ocasiones de varias formas diferentes-dijo Jabru—. En general, implica un proceso por el cual la humanidad se combina en un todo único, formando una entidad que supera cualquier nivel de complejidad y que escapa a cualquier definición humana: el punto Omega. En ocasiones, la génesis de tal entidad parece requerir circunstancias físicas concretas, como la contracción del universo, que sabemos que no van a producirse. En general se afirma que la noosfera espiritual humana bastará para producir tal entidad en algún momento del futuro. Muchos pensadores identifican tal unidad con Dios, otros pretenden ser más agnósticos y hablan de una mente universal.»

«¿Lo crees tú?», preguntó Tawa.

«Es muy poco probable que llegue a suceder —fue la repuesta—. El ritmo de expansión de la humanidad la ha convertido en un conjunto de regiones casi inconexas. No hay mucho que se pueda hacer por volver a reunir las piezas, ni tampoco está claro que fuese deseable, aunque pudiera hacerse. Por otra parte, casi todas las formulaciones del punto Omega exigen la disolución de la individualidad en el todo. Y bien pensado, no me apetece demasiado.»

Quizá fue ironía, quizá fue el destino, pero aquél fue su último mensaje directo. Quedaban diversas réplicas de Jabru, pero ninguna de ellas de suficiente complejidad como para recrear su mente.

En una sociedad de casi inmortales, los accidentes capaces de matar eran muy raros, pero no por ello inexistentes. Algunos, los más atrevidos, guardaban copias de sí mismos para que fuesen activadas en caso de muerte. Pero, en general, se consideraba que tales copias eran individuos humanos por derecho propio y la opción normal y más congruente con la ética era activarlas inmediatamente. La copia era mucho más una forma de reproducción que de preservación.

Jabru había decidido pasar un tiempo en la Ciudad de las Almas Perdidas y un pequeño fallo en su órbita, algo sin importancia en otras circunstancias, había precipitado su cuerpo al interior del agujero negro.

# XIII

## Decisión y revelación

Si he de decir la verdad, todavía no sé cómo ocurrió.

Sinceramente, nada de lo que encontré en mis estudios de los gerios y la desprestigiada religión de los buscadores podía justificarlo. Más bien al contrario. Pero quizá no fue la religión de los buscadores lo que acabó decidiéndome... o quizá sí. No lo sé, y dudo que lo llegue a saber nunca.

Lo cierto es que, muy a mi pesar, poco a poco fue arraigando en mí la idea de salir. Supongo que deseaba comprobar en persona todo aquel disparate de datos y esperanzas imposibles que no acababa de cuadrar, locuras sin otro límite que la muerte. Sentía que sólo haciéndolo personalmente podría librarme de todo, liberarme al fin de las cadenas que me ataban a su recuerdo.

No estaba loco, lo sé. Aunque también sé que mi decisión no es la que uno esperaría de un hombre cuerdo.

No, no era la esperanza religiosa lo que me impulsaba a salir. Había otra explicación lo suficientemente poderosa como para aceptar la muerte.

Desde el principio, la religión de los buscadores me pareció algo ridículo. Una religión requiere algo más que lógica para ser abrazada y, a la luz de la razón, todas resultan bastante absurdas. Nunca he tenido fe para creer en nada. Me parecía, como me parecen todas, un artificio incomprensible, una ridícula construcción que nada significa.

Por otra parte, ser ridiculizada desde el principio había impedido a la fe de los buscadores alcanzar el grado de convicción que otras creencias obtienen con el paso del tiempo. Ya había presenciado una de esas maniobras de desprestigio y eso me daba que pensar.

Después de algunas conversaciones con Alex Santana, si bien no llegué a creer en los postulados de la fe, sí empecé a tener la convicción de que algunas de sus interpretaciones, lejos de lo que declaraban los arqueólogos, podrían tener algo de cierto.

Después de tanto ridículo y desprestigio, ¿quién tenía datos suficientes para ser justo con respecto a la religión de los buscadores? ¿Se habían perdido fragmentos de verdad, pequeños sin duda, frente al deseo de las autoridades de acabar con la fe? ¿Había sufrido la verdad al verse mezclada con una religión?

Pero si en aquel momento nadie podía contestar con objetividad a esas preguntas, ¿cómo había decidido ella qué grado de verdad asignar? ¿O acaso había tenido alguna

información de la que yo carecía? Al final, todo volvía a ella, en una combinación de amor y egoísmo, una curiosa aleación de cobardía y autoestima, de temor a aceptar que hubiese estado efectivamente loca y una absurda voluntad por demostrar que mi punto de vista sobre ella era el correcto.

Supongo que quedaría muy bien si declarase que exclusivamente me movía el amor y el deseo de encontrarla y salvarla. Sería una cómoda ficción. Sin embargo, tengo demasiados años para mentirme de una manera tan absurda.

Ella había creído en la fábula de los gerios tanto como para salir al exterior durante un cambio de estación, y yo había creído tanto en ella como para desear que compartiéramos la vida. Por tanto, mi dilema sólo tenía una respuesta. No podía olvidarla sin olvidarme a mí mismo.

Quizá por el remordimiento de no haberle impedido salir. Quizá por el remordimiento de no haber aprovechado los últimos días que pasamos juntos. Quizá por la soledad.

No importa.

Tomé la decisión.

Incluso hoy, sabiendo lo que sé, me parece increíble que lo hiciese.

Si ella había partido durante el cambio hacia la estación Muerta, yo debía hacer lo mismo. Eso me dejaba ya menos de un año para prepararme. Y pensaba prepararme bien. Si estaba loco, en mi locura había mucho de razón.

Pasase lo que pasase, yo quería hacer lo posible por volver.

Recuerdo una de las conversaciones con Alex Santana, una de las muchas que mantuvimos, no todas agradables. Era muy posiblemente el único que podría decirme cómo y por qué ella había salido.

Ni que decir tiene que pronto me convencí de que Santana no era ni de lejos el imbécil que había creído ver aquella noche ante su absurdo desempeño ante ese tal Dupont. Incluso llegué a creer que había aceptado voluntariamente caer en la trampa que le habían tendido en aquel programa de noticias y que, por alguna razón que se me escapaba, había querido que Dupont lo ridiculizase.

Santana era más listo de lo que parecía. Conocía a la gente y sabía cómo manejarla. Pero no me parecía una persona de fiar, ni siquiera me lo parece ahora, cuando sé bastante más sobre él y sobre lo que quería conseguir.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Cuando pude considerarme casi un experto en la religión de los buscadores, fui a ver a Alex Santana. Era un paso casi inevitable.

Nuestra primera conversación fue muy tensa. Mis intenciones quedaron claras de inmediato; no sé disimular. Santana adivinó lo que quería.

A ella, me dijo, la conocía desde hacía un par de años. Eso no era una novedad para mí. Ella y yo habíamos hablado del asunto y sabía que había sido discípula de

Santana.

Santana sabía que ella había salido durante un cambio de estación. También conocía a los que habían partido con ella. Incluso sabía cuándo y cómo lo habían hecho. Además, comprendía mi estado de ánimo y mi inquietud.

Evidentemente, yo no era el primero que me dirigía a él con un problema similar.

El primer día, no lo pude evitar, me sacó de quicio la tranquilidad con que Santana lo aceptaba todo. Comprobar que sabía que ella ya no regresaría. Sabía con total certeza que salir durante un cambio de estación era emprender un viaje sin retorno.

Y, a pesar de todo, animaba a la gente a hacerlo.

Esa primera vez le reproché que siguiese alentando a gente como ella y a otros buscadores de gerios a salir al exterior durante los cambios de estación, mientras que él siempre se quedaba. Capitán araña que nunca se pone en peligro y no sufre al poner en peligro a los demás. El muy caradura quiso hacerme creer que era su forma de sacrificarse por los demás. Él no salía, decía, para que pudiesen hacerlo los demás. Afirmaba también que era su vocación, su misión en la vida.

Ya lo he dicho: fue una conversación tensa que casi termina en violencia. Quizá no podía ser de otra forma.

Pero con el tiempo, inevitablemente, fui recuperando la calma. Me convencí de que no me quedaba más remedio que volver a hablar con Santana, de que él era el único que podía informarme sobre lo que más me interesaba. Estaba condenado a entenderme con él.

Como ya he dicho, mantuvimos otras muchas conversaciones y poco a poco aprendía a comprenderle o, al menos, así lo creí. Tal vez un tipo como yo jamás pueda llegar a comprender del todo a una persona como Alex Santana. Tenemos cerebros que funcionan de formas completamente divergentes.

Y a pesar de todo, recuerdo el día en que después de haber mantenido muchas conversaciones, hablamos de aquel ridículo minidebate con Dupont, de aquella encerrona.

—Pero —le dije yo— si tenía una interpretación de los textos, tenía que haberla hecho pública. Al no hacerlo, quedó como un imbécil en manos de Dupont.

Se movió en su asiento y dijo:

—No había ninguna interpretación nueva.

Supongo que manifesté sorpresa y no pude sino responder:

—Pero usted mismo dijo...

Me interrumpió agitando la mano mientras movía la cabeza.

—Tonterías. Dupont tenía razón. Es más que posible que se trate de simples motivos ornamentales. No hay forma de saberlo.

—¿Entonces? —pregunté incrédulo. No podía comprender la motivación de

aquella artimaña—. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

—En ocasiones hay que hacer cosas extrañas para mantener encendido el fuego —dijo Santana con todo el cinismo del mundo.

Levanté las manos y lo miré directamente a los ojos.

—Entonces no hay ningún texto de los gerios. ¿Realmente no se sabe nada?

Sonrió y apoyó las manos en los brazos del sillón.

—Parece mentira que tú me lo preguntes —dijo—. ¿Te enorgulleces de tener una mente racional y me preguntas si es posible traducir los textos de una cultura alienígena de la que no se sabe absolutamente nada? Es totalmente imposible. —Volvió a levantar la mano—. No hace falta que me pongas ese ejemplo; Champollion tuvo toda la suerte del mundo. Pero aquí en Geria no hay una piedra de Rosetta. No, es imposible. Aun en el caso de que realmente fueran textos con significado, nos faltan todas las referencias. Imposible.

Tenía que preguntarlo: —¿Y ella?

—Ella también sabía que era mentira. —Apartó los ojos—. No era tan tonta como tú parece creer.

Me dolió pero me contuve.

—¿Y aun así quiso salir? —pregunté.

—Sí, se fue. Y lo hizo voluntariamente.

—¿Por qué? —pregunté con la esperanza de conocer finalmente la respuesta.

—Quién sabe —fue su decepcionante contestación—. ¿Cuáles son las motivaciones reales de la gente? Sólo sé lo que me dijo.

—¿Qué? A mí no me dijo nada, salvo que pensaba irse.

—Al menos te lo anunció. Debía de quererte mucho. Es el único caso que conozco en el que uno de los que marcha lo comunica a alguien con antelación —dijo con un énfasis exagerado en aquel «antelación», énfasis que no logré interpretar.

Santana, imperturbable, siguió hablando.

—Es decir, comunicárselo a alguien aparte de a mí. ¿Tanto confiabais el uno en el otro? —Se inclinó hacia mí y me observó como si me viese por primera vez.

—Quiero creer que sí —le confesé mientras me dejaba caer sobre el respaldo del sillón—, pero sigo sin saber por qué lo hizo. Por qué se fue. Por qué puso en peligro su vida.

—A mi me comentó que había oído voces —dijo Santana.

Me incorporé de un salto.

—¿Voces? —Eso sí que era sorprendente. ¿Voces?, ¿ella?

—Sí, de una compañera suya. Al parecer había sido su mejor amiga. —Santana hablaba como si no estuviera seguro de estar haciendo lo correcto. Podía comprenderle..

—¿Una compañera?

—Sí, creo recordar... Bien, no voy a disimular. Me dijo que se llamaba Judith. Ella decía que habían sido amigas de toda la vida. De su corta vida. Era muy joven todavía. Tú también.

—Sí, sí. —Estaba impaciente y no iba a permitir que cambiase de tema—. Sé quién es Judith. Habían sido muy amigas desde la escuela.

—Eso mismo me dijo a mí.

—Pero perdieron el contacto cuando Judith se mudó —añadí yo—. Creo recordar que encontró pareja en otra ciudad.

—Sí, sí, un gerio —dijo Santana—. Quizá fuese eso.

La habitación estaba en penumbras y el peso de los libros y las estanterías me aplastaba. De pronto, incluso en aquel espacio reducido me sentí perdido.

—¿Qué quiere decir?

Levantó la cabeza y me miró directamente.

—Judith salió al exterior durante un cambio de estación. Quizá dijese que se mudaba, pero la verdad es que salió. De eso hace, y comprende que lo sé con absoluta certeza, unos tres años. Puedo comprobar la fecha exacta si lo deseas.

Me dejé caer sobre el sillón con los brazos a un lado. Sentía el más absoluto asombro. La mujer a la que amaba había salido al exterior porque creía oír la voz de una amiga muerta. ¿Terminaría en algún momento aquella pesadilla?

Santana, sin moverse apreciablemente, activó el visor de su Voz. De pronto pareció como ausente mientras se concentraba en los datos que la Voz proyectaba en su retina. Se trataba de un modelo antiguo, pero no por ello menos eficiente. La controlaba con los músculos del ojo y proyectaba la información solicitada mientras imperceptibles movimientos oculares dirigían la búsqueda. Un momento después su mente regresó a la habitación.

—Fue exactamente hace tres años, sí, durante el paso de la estación de los Frutos a la Muerta.

—¿Voces? ¿Una alucinación? ¿Ella? —No podía creer nada de aquello.

—Creo que oía realmente esas voces. Y es incluso posible que fuesen de Judith, aunque no podría asegurarlo.

Volví a mirarle.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé, pero ella estaba totalmente segura. Afirmaba que Judith no estaba muerta. Decía que nunca había creído en fantasmas, pero que Judith le hablaba y le decía que saliese al exterior durante un cambio de estación, que no moriría. Y lo creyó.

Sentía cómo se iba despertando mi furia.

—¿Y la dejó marchar?

—¿Por qué no? Lo hago siempre. No soy yo quien debe juzgar la razón de

alguien para salir. Para mí lo importante es que salgan, como harás tú.

—¿Yo? —Todavía no le había hablado de mi decisión.

—Sí — dijo con total seguridad—. Y lo harás por razones diferentes a las de Judith y a las de tu novia. Cada uno encuentra sus propias razones para salir, pero todos comparten la voluntad de hacerlo. Ninguna razón es mejor que otra.

—¿Qué quiere decir?

—Buscar gerios es... cómo podría decirlo... una metáfora. Lo hace sólo la gente que se siente incompleta, insatisfecha con su situación. La persona que considera que le falta algo no puede dejar de buscar, aunque haya peligro, aunque los demás la tachen de loca. La vida es así.

—Eso —dije despacio— no tiene ningún sentido.

—Es posible —admitió con calma—. No voy a discutirlo ahora. Pero así son las cosas. Algunas personas sienten la necesidad de salir, de buscar algo más. De hecho, muchos experimentan esa necesidad, pero sólo unos pocos, los más valientes, acaban saliendo de verdad. Ella lo hizo. Judith lo hizo. Si no me equivoco, tú también lo harás.

No quise seguir por esos derroteros. Ya había tomado la decisión de salir pero no se lo había dicho a nadie tampoco pensaba revelárselo a Alex Santana. No lo sabría nadie. Mi salida sería distinta; diferente en motivación y también en procedimiento. Ni siquiera Alex Santana debía estar al corriente, aunque se atreviera a imaginarlo, engañado por su forma de pensar y por sus ideas.

¡Qué locura! Como si buscar gerios fuese, como él decía, una metáfora. Yo nunca había oído hablar de ninguna metáfora que causase la muerte.

Y salir al exterior durante un cambio de estación de Geria causaba la muerte. Eso era algo seguro, un hecho incontestable.

No fue difícil construir la nave.

Los nanobots emplearon el material de la luna para sintetizarla y, si bien el trabajo fue lento, no planteó ninguna dificultad operativa.

Lo que exigió bastante más tiempo fue decidir cómo sería.

¿Con qué nivel tecnológico debían presentarse los humanos ante los saurios? No era cuestión de apabullarles tecnológicamente, pero tampoco ocultar el verdadero alcance de la civilización humana.

Al final, después de algunas discusiones, se optó por un nivel tecnológico claramente superior al de la civilización órfica, pero que tampoco resultara excesivo; una nave que ellos mismos hubiesen podido fabricar, si se les hubiera ocurrido hacerlo, en un siglo o dos.

Se planteaba también otra consideración de orden más práctico. ¿Qué hacer en caso de que algo fallase y la tecnología cayese en manos de unos saurios que podían

ser hostiles? En ese caso, convinimos todos, la nave debía autodestruirse para no revelar secretos tecnológicos potencialmente peligrosos.

La tripulación fue también motivo de debate. ¿Debía estar formada por sistemas semiautónomos o individuos concretos debían arriesgar su vida? La primera opción eliminaba el problema de las copias. Nadie deseaba copiarse para ir en aquel viaje, a todas las nanopersonas les desagradaba la idea, pero quizá fuese una expedición no exenta de peligros y los riesgos podrían ser considerables. No obstante, se temía que los sistemas no autoconscientes no pudiesen manejar la situación con la debida pericia. Tampoco se deseaba que los saurios conociesen a unos sirvientes de la humanidad y no a la humanidad en sí.

Se optó al fin por pedir voluntarios.

No hubo demasiadas propuestas y, al final, el número quedó reducido a cuatro: Tawa, Isara, Irán y Rachel. Era una tripulación pequeña y la nave podía acomodarla perfectamente. Estaba claro que los cuatro arriesgaban sus vidas, pero se supuso que era poco probable que los saurios pudiesen hacer nada que dañase permanentemente a una nanopersona, siempre que no detonasen una bomba nuclear. Y, aunque esa posibilidad existía, parecía bastante remota.

Sin embargo, ¿qué otra opción quedaba?, se preguntaba Tawa. Aceptar que un pequeño contratiempo detuviera un proyecto no era propio de la humanidad. Incluso a él le había ocurrido. Y con consecuencias terribles. ¿No había perdido ya en una ocasión la vida en pos de un premio mucho menor? ¿No merecía el contacto con una civilización alienígena el riesgo de perder una, cuatro y muchas vidas? Aunque se tratase de vidas cuyos límites podían extenderse durante miles de años.

No, para él la apuesta estaba clara y se había ofrecido voluntario con toda alegría. Era su manera de mantenerse fiel a sí mismo, a ese yo antiguo de casi dos mil años, interesado en la exploración y la aventura.

¿Qué razones tenían los demás? El caso de Isara parecía no plantear problemas. Evidentemente, ella iba para observar. Pero ¿a quién? ¿A los saurios, con su extraña civilización, su permanente contacto con la naturaleza y, ahora, su aparente falta de deseo de comunicación con el exterior? ¿O al mismo Tawa, con su deseo de buscar una razón externa para vivir, un hombre que, en el fondo, parecía esperar que aquel contacto justificase su resurrección?

¿Iran y Rachel?

Él se manifestaba como un hombre alto y fuerte, un ejemplar perfecto de lo mejor de la humanidad de hacía mil años. En los tiempos actuales, claro, presentarse bajo esa apariencia carecía de misterio alguno y cualquiera podía hacerlo. Milagros de la nanotecnología. Parecía sentirse fascinando por las formas de comunicación y había estudiado con particular atención varias lenguas de los saurios. Quizá, pensaba Tawa, esperase tener una oportunidad de usar sus habilidades. Cualquiera de ellos podía



expresarse, si lo deseaba, en alguna de las lenguas de los saurios pero, en el caso de Irán, ese conocimiento vendría del corazón y la comprensión. Quizá eso ayudase.

Rachel era una mujer pequeña y tímida, que rara vez compartía con Tawa y todos los demás más que unos saludos corteses. Se retraía fácilmente en su mundo interior, y en ocasiones parecía más una entidad algorítmica que una nanopersona. ¿Qué buscaba Rachel en el descenso? Se interesaba principalmente por la matemática, y era poco probable que, en un primer contacto, se viese enfrentada a nuevos teoremas y demostraciones, a una nueva concepción de los elementos y sus relaciones. ¿Se sentía acaso identificada con los saurios? Nadie lo sabía. No había dicho nada.

Antes de partir, se envió un nuevo mensaje al planeta anunciando el descenso, fijando coordenadas y una hora precisa. Ocurriría en una de las grandes ciudades del continente septentrional, no estaba claro si era la capital porque ese concepto no parecía existir en la cultura de los saurios. Decidir ese aspecto del descenso había implicado no pocas discusiones, pero lo cierto es que, por lo que se sabía, esa decisión podía ser tan acertada o errónea como cualquier otra.

Enviando el aviso se pretendía dar una última oportunidad para contestar al mensaje. Quizá, enfrentados ante la idea de una presencia real, los saurios reaccionasen y respondiesen definitivamente. No fue así. Se produjo la reacción habitual hasta ese momento, el mensaje fue retransmitido por todo el planeta, pero la callada siguió siendo la respuesta. Ni siquiera se observó actividad especial en la ciudad designada como punto de destino.

La situación parecía clara. Alguien se sintió obligado a decir *alea jacta est* cuando la nave partió.

Lo hizo de forma oculta, desde la zona en ese momento oscura del satélite. Pero, a partir de ese punto, cuando ya no había peligro de revelar la posición del asentamiento humano, la trayectoria se volvió deliberada y evidente. La idea era permitir que los saurios siguiesen sin problemas los movimientos de la nave para que supieran que, en efecto, los humanos llegaban y tenían intención de aterrizar.

Por más que se esforzaba en hacerlo, Tawa no se los imaginó gritando: «Llegan los humanos, llegan los humanos.» Era difícil imaginar algo parecido a un estallido de terror en esos saurios. No parecía una reacción muy probable y, en todo caso, sería un terror reptiliano tal vez muy ajeno al de un cerebro que había evolucionado como mamífero. Pero entonces, ¿qué sentían? En aquellos momentos, una nave de origen desconocido se acercaba a su planeta, ¿cómo era posible que no reaccionasen de alguna forma? ¿Qué hubiesen hecho, por ejemplo, los chimpancés ante la misma situación?

La nave tardó veinte horas en llegar hasta la órbita del planeta y allí ocupó una trayectoria estacionaria. Los tripulantes tenían la intención de dejarse ver primero, moviéndose muy despacio para que quedase claro que no abrigaban ninguna

intención hostil. Formaban un blanco más que perfecto, aunque confiaban en que los sistemas de detección les advirtiesen con suficiente antelación.

—Nos están examinando —dijo Isara.

Las cuatro nanopersonas ocupaban el lugar central de la nave. Cada una había adoptado forma de cubo y se habían conectado a los sistemas automáticos al tiempo que mantenían un enlace común entre ellas.

—Es la primera reacción que manifiestan —comentó Irán.

La nave estaba siendo examinada con algo parecido al radar desde varios puntos diferentes del planeta. O había varias demarcaciones políticas que no habían podido identificar o los saurios pretendían verificar los datos a partir de la redundancia.

—¿Cuánto tiempo deberíamos mantenernos así? —preguntó Rachel.

—Un par de días del planeta serán más que suficientes —dijo Isara—. Queremos que nos vean con toda claridad, pero tampoco se trata de perder el tiempo. Además, ya tenemos confirmación de que nos han detectado y hemos anunciado una hora de llegada. No es conveniente cambiar lo establecido.

Pero seguía sin producirse ninguna reacción. La base lunar informaba de que la noticia se emitía por el planeta, pero nuevamente sin comentarios. Al menos, la nave había llamado su atención, aunque seguía sin haber respuesta.

Pasaron los dos días previstos e iniciaron el descenso.

La nave había sido diseñada para realizar un viaje de ida y vuelta. Cualquier nanopersona hubiese, con toda probabilidad, podido descender al planeta y sobrevivir. Pero las posibilidades de volver a salir remontando el pozo de gravedad eran mucho más reducidas. Una posibilidad era acumular algún gas ligero, hidrógeno o helio, en el interior mientras el cuerpo se transformaba lentamente en un globo. De esa forma, sería posible llegar a las capas más altas de la atmósfera y de ahí al espacio. Se había propuesto como procedimiento de emergencia, pero nadie había ejecutado nunca semejante maniobra. Nadie esperaba tener que hacerlo. Si todo iba bien, la nave les llevaría de vuelta al espacio.

El descenso no representó ningún problema. No se les acercó ninguna de las inexistentes naves aéreas de los saurios, ni encontraron complicación alguna. No hubo ataques de ningún tipo y desde la luna informaron que nada parecía moverse en los alrededores de la nave.

Tawa se preguntaba, una y otra vez, cómo podían esos saurios mostrar una falta de interés tan devastadora.

Ellos cuatro seguían el descenso desde el interior de la nave por medio de los dispositivos electrónicos. El continente septentrional ocupaba ya casi todo el campo de visión bajo la nave. Tawa distinguía con claridad la ciudad que tenían por destino, si el término «ciudad» podía aplicarse en este caso. Era más bien un conjunto de edificaciones que, casi por casualidad, hubiesen acabado juntas, como si en un vagar

incesante hubieran acabado descansando, sin querer, en ese punto. Los saurios se mostraban individualistas incluso en una situación que era eminentemente social. Para los humanos resultaba de lo más evidente que, para una especie inteligente, congregarse en grandes núcleos de población tenía ciertas ventajas, como la posibilidad de compartir recursos y facilitar determinadas tareas. En el caso de los saurios, se creía que habían decidido hacerlo porque, paradójicamente, agruparse en ciudades también reducía el impacto ecológico de su presencia en el planeta.

Pero qué extraña resultaba aquella agrupación para seres que no eran más que primates superavanzados. Cualquier ciudad humana del mismo periodo tecnológico hubiese sido un monstruo artificial que se extendería sin control devorando la naturaleza que encontrase a su paso. Para casi cualquier otra especie, exceptuando perros y gatos, vivir cerca de una ciudad humana hubiese sido una odisea casi imposible. Pero no allí. Los saurios pasaban la primera parte de su existencia, según se creía sin inteligencia, en los entornos naturales del planeta. Luego, poco a poco, a medida que crecía su cerebro y su capacidad de relacionar conceptos, se acercaban a núcleos de población como aquél, dispuestos a ocupar su lugar en la civilización de los saurios.

¿Tenían los saurios un proceso de socialización mucho menor a favor de un mayor determinismo genético? Eran preguntas que todavía no tenían respuesta, y en parte se esperaba que el contacto sirviese para aclararlas. Era mucho lo que quedaba por saber y lo que podría aprenderse. La nave llegó a su destino.

# XV

## Preparativos

No sabía cómo se habían preparado los otros que habían salido al exterior durante un cambio de estación de Geria.

Ni tampoco estaba interesado en saberlo.

Estaba convencido de que no me hacía falta.

Si se lo preguntaba a Alex Santana, con seguridad sólo me diría vaguedades. Y bien pensado, las precauciones tomadas por los demás se habían demostrado inútiles. Nadie había vuelto.

Disponía de poco menos de un año. Cuando tomé la decisión de salir, hacía pocas semanas que se había declarado la estación del Estallido. La duración de las estaciones en Geria ha sido siempre aleatoria, pero ninguna ha durado menos de dos meses o más de seis. La anterior estación Muerta había durado cuatro meses y medio.

La costumbre, por cierto, es emplear la palabra «meses», aunque, evidentemente, son meses diferentes a los de la Tierra. En Geria, y en todas partes según tengo entendido, la semana es siempre de siete días. Es curiosa la fuerza del Génesis: «Y el séptimo día, descansó.» Por alguna razón desconocida, allá donde ha ido la humanidad, ha mantenido siempre la agrupación de siete días para formar una semana.

Pero los meses son otro asunto. Dependen de la órbita del planeta y de su posición relativa a la estrella que le proporciona energía. En cada planeta ocupado la situación es diferente.

En Geria tenemos los doce meses tradicionales, los del viejo calendario gregoriano, pero cada mes tiene prácticamente cinco semanas. El año de Geria tiene cuatrocientos tres días y medio, y a los primeros colonos les pareció que el calendario gregoriano podía adaptarse. Hay siete meses de treinta y cuatro días (los «largos» de siempre: enero, marzo, mayo, julio, agosto, octubre y diciembre), y los otros cinco meses tienen treinta y tres días. Cada dos años hay un día extra que no molesta a nadie; una fiesta más. Llevados quizá por cierto espíritu de contradicción, ese día extra no aparece en febrero, sino en junio. Cosas de los primeros colonos...

Yo contaba con que hasta la llegada de la estación Muerta disponía de un mínimo de siete u ocho meses. Pero no tenía la intención de agotar el plazo: pretendía estar preparado en cinco meses.

La preparación del material fue, supongo, igual a la que hubiese podido realizar cualquier otro. Yo no hubiese podido aportar ninguna novedad. Una tienda individual

especial y reforzada con montaje automático, ropa aislante e impermeable, un casco ligero pero resistente, gafas de visión múltiple ajustables de diversas longitudes de onda, máscaras de respiración autónoma autorregulables, cables y extensores de todo tipo, linternas y bengalas, etc. Toda la parafernalia que es imaginable en una situación similar.

Sabía perfectamente que todo aquello no me aseguraba nada. No era garantía de que pudiese volver. Quería suponer que los que habían salido al exterior durante un cambio de estación, al menos en los últimos años, se habían podido equipar de forma parecida.

Y ninguno de ellos había vuelto.

Lo cual demostraba claramente que todo aquel equipo no servía para nada.

No, yo pensaba equiparme también de otra manera, con algo que el resto de los buscadores de gerios, estaba seguro de ello, no estaba en condiciones ni siquiera de imaginar. Yo pensaba equipar mi cuerpo con lo mejor que la nanotecnología, mi especialidad, pudiese ofrecerme. E incluso con algunos añadido propios. No soy un inútil y tengo algo de ingenio práctico para esas cosas.

Mi trabajo principal, ya lo he comentado, era la supervisión del sistema de soporte vital de la colonia.

El soporte vital es una de esas cosas de las que nadie se preocupa hasta que falla. Mientras los grifos arrojen agua potable, el aire se renueve y la comida tenga buen sabor, a nadie le importa nada el soporte vital. Pero a poco que el agua adopte cierto regusto metálico, el aire parezca ligeramente más cargado o la comida ya no tenga el color correcto, todos en la colonia, en cualquier colonia, empiezan a protestar y a quejarse.

Son siempre esas pequeñas cosas, a las que uno se ha ido acostumbrando con el uso continuo, las que nunca percibimos pero echamos a faltar en cuanto desaparecen.

A nadie importaba que estuviésemos escasos de personal, que la plantilla tuviese poca experiencia o que el material fuese antiguo; el hecho ineludible es que el presupuesto siempre se quedaba corto. En todo caso, la realidad es que el soporte vital, fuese como fuere, debía siempre ser perfecto.

Y en la colonia de Geria, mi trabajo era precisamente ése: garantizar que el sistema de soporte vital siempre estuviese a punto. Y, lo más interesante y estimulante, arreglar lo que pudiese ir mal.

Por suerte, casi todo el sistema de soporte vital era nanotecnológico y la mayor parte de las tareas de control podían realizarse desde un monitor. Si la urdimbre entre los mundos hubiese sido lo suficientemente buena y el ancho de banda el suficiente, las operaciones de control hubiesen podido hacerse incluso desde otro planeta. Por suerte para mí, no había suficiente ancho de banda para formar una imagen del sistema en tiempo real, y menos aún para hacer circular las complicadas instrucciones

que permitían modificar, en caso necesario, las nanomáquinas.

Además, en aquellos días, el coste de una comunicación por medio de la urdimbre era tan alto que sólo los militares, que parecen no pagar nunca, o las grandes empresas podían permitírselo. Como ya he dicho, una suerte para mí. Bien mirado, mi trabajo dependía del hecho de que era demasiado caro contratar incluso a un técnico de segunda un par de horas a la semana para hacer la vigilancia del sistema a distancia. Excesivo coste de las comunicaciones. Hacía falta alguien *in situ*. Y ése era mi trabajo.

Era un buen trabajo. Los automatismos me dejaban tiempo libre para explorar otros campos y estudiar nuevas técnicas y aplicaciones de la nanotecnología, que era el objeto de mi particular devoción. Y lo seguía siendo, curiosamente, incluso después de haber terminado los estudios de ingeniería nanotecnológica que me habían proporcionado aquel trabajo ya hacía unos años.

La verdad es que había pocos casos de error o mal funcionamiento. Ya en aquellos días disponíamos de sistemas muy fiables y la mayor parte del trabajo era rutinario. Lo que para mí era una lástima, porque prefería que, de vez en cuando, se presentase un problema. Entonces era cuando el trabajo se volvía realmente interesante y emocionante, una oportunidad de aplicar creatividad en lugar de rutina.

Un ejemplo. Se detecta un problema en la cadena de tratamiento de las aguas residuales. El proceso habitual es muy simple. Las aguas contaminadas pasan por una serie de depósitos donde un conjunto de pequeñas nanomáquinas las depuran, normalmente de manera selectiva aunque no siempre escalonada.

Las nanomáquinas tienen el tamaño de unos pocos átomos y como pequeños submarinos van navegando por el agua a la caza de moléculas nocivas. Hay muchas moléculas distintas que eliminar, y por esa razón existe todo un ejército de nanomáquinas, cada una con su función específica. En la mayoría de los casos, el submódulo de navegación es una pieza estándar que puede reutilizarse y que puede encontrarse en cualquier librería nanotecnológica.

Lo importante en realidad son los brazos.

Cada nanomáquina tiene una especie de brazos (no son tales, claro, y tampoco tienen esa forma, pero los llamamos así por costumbre) en la parte delantera. Esos brazos reconocen la molécula no deseada y, cuando la encuentran, se agarran a ella y poco a poco la van desmontando átomo a átomo hasta reconvertirla en materiales inofensivos: agua, oxígeno y, en ocasiones, trazas de otras sustancias que quedan en disolución como metales o gases ya no peligrosos.

Así, el líquido pasa a convertirse en una mezcla de materiales donde ya no hay productos nocivos. Si es preciso, haciendo uso de filtros nanotecnológicos, es posible recuperar también ciertos elementos, metales o gases, que puedan resultar valiosos. El agua queda así reciclada y puede ser usada de nuevo.

A las nanomáquinas se les dan instrucciones con ondas de presión. Cada tipo de nanomáquina responde a una presión distinta y así es posible incluso reprogramarlas.

Hasta ahora, lo que he contado es rutina, casi completamente automático. La situación interesante se produce cuando el agua trae alguna sustancia que las nanomáquinas disponibles no pueden tratar. En ese punto me toca intervenir a mí. Me pongo los guantes y las gafas de realidad virtual y examino la molécula invasora como si yo mismo fuese una nanomáquina más. Mi misión es diseñar un nuevo conjunto de brazos adaptados a la nueva molécula. Con ese fin, agarro la molécula, en realidad virtual, la hago girar, la examino desde todos los ángulos posibles y busco el mejor diseño para unos brazos que deben sujetar la molécula sólidamente y, por tanto, deben tener la valencia adecuada. También es preciso descubrir el número mínimo de pasos para desmontar la molécula en cuestión hasta dejaría únicamente en los elementos más simples y aceptables.

Una vez terminada la parte de diseño, grabo la secuencia de realidad virtual y la paso a un intérprete, que transforma el movimiento de mis brazos a lenguaje nanoMML (*nanoMachine Modelling Language*, el lenguaje que se usa para describir las nanomáquinas).

Luego hay que leer el programa, hacer algunas correcciones menores y añadir los comentarios que sean precisos. A continuación se crea la nanomáquina, pasando el código por el compilador, y se comprueba con un par de simulaciones. Si todo sale bien y no genera demasiado calor, autorizo su fabricación definitiva en un sistema eutáctico. Trabajo terminado.

Todo el proceso, si no hay sorpresas, puede llevarme entre tres o cuatro horas. En otras ocasiones, es preciso reparar o diseñar nanomáquinas médicas, con sus particulares exigencias de temperatura y disipación de calor. Se emplean en pacientes que padecen alguna patología concreta y, en ese caso, trabajo conjuntamente con los médicos que tratan a esos enfermos, aunque ellos no sepan nada de nanotecnología.

Con la cantidad de habitantes de la colonia y los años que llevaba ejerciendo ese trabajo, no pecho de orgullo al decir que había acabado siendo un buen experto.

Es más: en aquel momento yo era el experto con mayores conocimientos de nanotecnología de todo Geria. De las cuatro estaciones de soporte vital del planeta, la nuestra era la única en la que llevaba a cabo la función de soporte e implementación de nanomáquinas. Exactamente mi trabajo.

Antes de preparar mi cuerpo, estudié a fondo todo el material nanotecnológico de que disponía, desde los diseños estándar a los realizados a medida. Había muchas cosas que podían serme útiles: depuradores, potenciadores, sistemas integrados autorreplicables, y un largo etcétera.

Escogí una buena selección y realicé algunas modificaciones personales. Incorporé algunas propuestas que se remontaban a los orígenes de la nanotecnología

en el siglo XX, cuando era sólo una loca teoría propuesta por un tal Drexler. Construí incluso un nanoordenador. Disponía de muchos más de los diez mil elementos de lógica que había propuesto Drexler, y ocupaba un volumen mucho más reducido: era un cubo no demasiado regular de menos de cien nanómetros de arista. Es decir, tenía un ordenador tan pequeño que podía circular sin problemas, como el resto de las nanomáquinas, en mi flujo sanguíneo.

Pero la creación de la que me sentía más orgulloso era mi particular depósito de oxígeno. Habíamos desarrollado el primer prototipo junto con un médico que trataba a un paciente con graves problemas respiratorios. Era una maravilla de nanomáquina molecular.

Su función era proporcionar oxígeno a los tejidos, incluso en caso de deficiencia respiratoria o de circulación. Para ello, había diseñado una especie de «glóbulo rojo artificial», casi una minibomba de oxígeno. En su realización final, era una esfera con un diámetro interno de cien nanómetros. Estaba llena de oxígeno a una presión cercana a las mil atmósferas. El truco consistía en que la esfera liberase oxígeno a un ritmo constante.

En realidad, ése era el detalle más simple de la nanobomba de oxígeno. Contener la presión era la parte complicada y eso me había llevado a adoptar como contenedor externo una estructura diamondoide que, con un grosor de apenas un par de nanómetros, era bien capaz de contener el oxígeno a esa presión.

Un litro de sangre humana, con los glóbulos rojos de que nos ha dotado la evolución, contiene aproximadamente una quinta parte de oxígeno. Un litro de mis esferas rodeadas de la estructura diamondoide de contención, de mis «glóbulos rojos artificiales», podía contener unos quinientos treinta litros de oxígeno en condiciones estándar de temperatura y presión. En ese aspecto, las nanoesferas eran bastante más eficientes que los glóbulos rojos de la sangre humana y, teniendo en cuenta la proporción de éstos en la sangre, mi nanosolución resultaba unas mil veces más eficiente que la que nos ha proporcionado la madre naturaleza.

De esa forma, poco a poco, fui complementando mi cuerpo con los mejores elementos nanotecnológicos de que disponía: el nanoordenador, depuradores, potenciadores, minibombas de oxígeno, nanomáquinas que almacenaban aminoácidos y un largo etcétera.

Estaba seguro de que sería todo aquello, y no la protección material externa, lo que me permitiría sobrevivir a las inclementes tempestades de un cambio de estación de Geria. Con lo que llevaba dentro, mi cuerpo podría sobrevivir varias horas sin oxígeno, y casi una semana sin alimentos.

Los experimentos concretos que realicé resultaron de lo más satisfactorios. Iba a ser una salida como nadie la habría hecho antes. Yo creía poder sobrevivir y retornar. La nanotecnología era el as que guardaba en la manga.



Yo volvería.

Cuando Tawa discutió con Jabru el proyecto de contacto con los saurios, se sorprendió al percibir, o creer percibir, que éste no parecía prestar demasiada atención. No es que a Jabru no le interesara la idea del contacto en sí misma, sino que parecía considerar que, en general, los contactos entre simples seres de carne y hueso no eran demasiado importantes cuando el futuro ofrecía tantas y tan diversas posibilidades.

A Tawa le resultaba difícil comprender esa forma de pensar. Para él, tal vez chapado a la antigua, el presente exigía mayor concentración, porque es el único momento en el que es posible actuar.

Sin embargo, en el caso de Jabru, parecía que el futuro había acabado dominando por completo su mente, retrasando toda posible acción hasta un tiempo remoto todavía por llegar. Un sorprendente cambio para alguien que había empezado estudiando las culturas humanas del pasado.

Quizá por eso Tawa había decidido ir a la Ciudad. Quizá deseaba acelerar el proceso, alcanzar el mañana más deprisa e integrarse mejor en la nueva sociedad.

«La expansión del universo se está acelerando —le había dicho Jabru—. Ese hecho tan simple ofrece interesantes posibilidades.

«Imagina la visión habitual del cosmos. Sí la expansión se mantiene siempre al mismo ritmo, el crecimiento de la capacidad está limitado. Pero si el ritmo de crecimiento se acelera, también se aceleran las posibilidades.

»Supón, por tanto, que podemos manipular la estructura última de la materia. Nadie sabe cómo hacerlo todavía, pero si fuese posible, los resultados serían espectaculares. Podríamos, por ejemplo, diseñar y crear el mayor ordenador que hubiese existido nunca, un ordenador que podría crecer de forma ilimitada porque estaría sostenido por la estructura misma del espacio. Y, debido a la expansión acelerada del universo, crecería cada vez más rápido.»

Para Tawa, eso quedaba demasiado lejos. Sí, ahora era un posthumano, vivía en un mundo posthistórico, habitaba un universo post lo que fuese, pero en su mente, en su capacidad para comprender lo cotidiano, seguía siendo el mismo. Un ser chapado a la antigua. Una preocupación era un fenómeno concreto que se refería a un conjunto determinado de circunstancias aquí y ahora, del presente. Una esperanza era la posibilidad de que algo ocurriese en el futuro cercano, un cambio transformador cuya fecha pudiera fijarse con precisión.

Por eso le gustaba tanto el proyecto de los saurios. Ciertamente, podrían pasar siglos estudiando su cultura sin intervenir, pero aun así, presenciarían vidas y muertes de seres de carne y hueso que se desarrollarían como se desarrollaba él. El crecimiento de un saurio se ajustaba exactamente a la escala temporal que él usaba como baremo

de referencia.

El contacto estaba ya muy cerca.

Pronto podría hablar directamente con un saurio. Podría preguntarle por sus ilusiones, su forma de vida, sus esperanzas o su visión del futuro. No dependería de los sistemas de comunicaciones, del análisis computerizado de palabras dirigidas a otros destinatarios, de hipótesis y especulaciones para intentar adivinar las respuestas a esas preguntas que para Tawa seguían siendo centrales.

Que Jabru, o aquella de sus copias que le heredara, se quedase con el futuro y con la expansión del universo. Tawa prefería el presente.

# XVII

## Suicidio

Al principio, la salida fue casi decepcionante.

Tanto como la preparé, tanto como intenté prever lo que iba a suceder, y nada. El principio fue casi un anticlímax.

Me había mentalizado para encarar toda una multitud de acontecimientos que, para mí, después de meses de preparativos habían dejado de ser imprevistos.

Lo tenía todo planeado, lo tenía todo estudiado. Y, al principio al menos, todo resultó más fácil de lo que había pensado.

Estaba listo desde la llegada de la estación de los Frutos, el viernes de la tercera semana de noviembre. Pensaba salir por la misma compuerta que ella, la B3-K125. No era un mal lugar; discreto, ni muy céntrico ni muy apartado. Perfecto. Sólo esperaba que nadie quisiese repetir la salida por esa compuerta. Ahora sabía que había salidas prácticamente durante todos los cambios de estación. No muchas, pero siempre había alguien que salía. Si encontraba a alguien más en la compuerta B3-K125, mi plan era salir por la más cercana, la B3-K127, que estaba a sólo cinco minutos.

Yo quería salir solo.

No hizo falta. En mi primera elección, la B3-K125, no había nadie. Era el miércoles de la quinta semana de marzo. El aviso del cambio de estación se dio a las 4.43 de la tarde. Una suerte: podría disponer de luz natural durante unas horas, aunque la tempestad no me dejaría gozar del paisaje.

Cargaba con todo lo que había preparado durante largos meses de planificación. Aunque la verdadera preparación no era lo que llevaba en la mochila, sino lo que la nanotecnología había hecho con mi cuerpo. Estaba seguro de que mi organismo, preparado como ningún otro que hubiese salido antes, sería capaz de resistir la falta de aire, el frío, la presión y la humedad.

Sin embargo, tampoco pretendía dejarlo todo en manos de la nanotecnología. Llevaba una tienda individual especial y reforzada de montaje automático, trajes térmicos e impermeables, sobre mallas de un material también térmico. Y además, quizá como recuerdo del primer indicio que tuve de su salida, un anorak como el que ella se había comprado hacía más de un año.

Con las gafas ajustables esperaba poder ver incluso de noche. Y si no era posible, seguro que los refuerzos nanotecnológicos servirían de algo. Llevaba las máscaras para no forzar los nanosistemas, porque suponía que no sería fácil respirar en medio

de las tempestades.

Llevaba herramientas, pero me había decidido en contra de las armas. No habría seres hostiles que tratarían de matarme, sólo la naturaleza misteriosa de Geria poniéndome a prueba. Por otra parte, si de verdad existían los gerios, ¿qué sentido tendría presentarse ante ellos con un arma?

Eran las seis de la tarde cuando llegué al barrio donde se encontraba la compuerta. El hecho de que la alarma del cambio de estación hubiese sonado en la tarde de un día laborable hizo que me encontrase con un par de personas durante el camino. «Adiós, adiós», nada más. Todos regresaban apresuradamente a sus hogares, haciendo buen uso de las aceras automáticas. Yo no debía dar la impresión de estar haciendo otra cosa. Mi mochila era lo bastante pequeña como para no llamar la atención a pesar de que el anorak, desde luego, era una pieza de abrigo absurda en el interior de la colonia. No obstante, las modas habían producido absurdos mayores, y prendas como aquella se vendían en Geria y la gente las compraba. En realidad, los dos hombres con los que me crucé no mostraron extrañeza ninguna.

Cuando llegué a la compuerta, no había nadie. Si alguien pensaba usarla para salir sería más tarde. No sé por qué miré la hora antes de salir: eran las 6.34. Yo, yendo solo y gracias a mis preparativos, había llegado, completamente equipado, menos de dos horas después del aviso.

Aunque había comprobado que las compuertas podían abrirse manualmente, llevaba un operador general por si se daba el caso contrario. Podía ocurrir que durante un cambio de estación se produjera un bloqueo de los controles manuales, y estaba preparado para saltármelo. No hizo falta.

Yo no pensaba ocultar mi rastro como habían hecho los de los bajos fondos con los que ella había tratado y que la habían ayudado a salir. A mí no me importaba que quedase constancia de que la compuerta se había abierto durante un cambio de estación. ¿Que me importaba? Podían hacer lo que quisiesen con aquella información. Me era del todo indiferente.

Como ya he dicho, no me hizo falta el operador general ni tampoco los disruptores que llevaba. La compuerta respondió de inmediato a las órdenes manuales y se abrió obedientemente.

Pasé por ella y volví a cerrarla.

Me encontraba encerrado en el pequeño recinto entre la compuerta y la salida en sí. Se trataba de un reducido habitáculo circular de unos tres metros cuadrados de planta, muy bien iluminado. El silencio era absoluto. Es más, no oía absolutamente nada de la tempestad que, imaginaba, se desarrollaba con furia al otro lado.

Me coloqué una máscara de respiración autónoma. No quería forzar los sistemas nanotecnológicos de mi cuerpo. Todavía no.

Abrir la compuerta exterior, a pesar de que me había preparado para todo tipo de

situaciones, fue también de lo más sencillo. Me limité a activar los mandos manuales de la pared. Como en el caso de la compuerta inferior que acababa de abrir, los había probado en otras ocasiones y conocía su diseño e implementación con todo detalle. Resultó ser un trabajo de preparación completamente inútil. Todo funcionaba como si no estuviéramos en un cambio de estación.

Al abrirse la compuerta externa, el infierno más feroz se adueñó inmediatamente en el pequeño recinto.

Sabía que la compuerta externa se cerraba automáticamente a los cinco minutos y, de entrada, temí que ese tiempo no resultara suficiente para permitirme salir, tal era la fuerza del viento y del agua que formaba brutales remolinos a mi alrededor.

Había tenido la precaución de sujetarme a la pared, pero ahora temía que, al liberar la sujeción, el remolino me arrastrara irremediabilmente. Todavía no estaba fuera del recinto y la fuerza de la tempestad amenazaba con arruinar completamente mis planes.

En lugar de soltarme por completo del amarre, me ofrecí un margen de un metro de cable. Un pequeño intento para comprobar qué sucedería cuando me dejase ir del todo.

Ojalá no lo hubiese hecho.

El remolino me atrapó y me elevó a medio camino de la salida. Si me hubiese soltado un metro más me hubiese estrellado contra las paredes de la compuerta abierta.

Poco a poco fui recuperando cable y regresé a la posición inicial.

Los minutos pasaban y la compuerta externa se cerraría pronto. Decidí que no me importaba. Que se cerrase. Yo no tenía prisa.

Por un momento pensé en quedarme allí hasta el final del cambio de estación y salir después. Pero sabía que no serviría de nada. Quedarme allí era como quedarme en el interior de la ciudad al otro lado de la compuerta. Para buscar gerios debía estar «fuera», en plena tempestad. Aunque ahora empezaba a dudar que tal cosa fuese posible.

Quiero pensar que sólo fue un desfallecimiento pasajero.

Al cabo de un rato, la compuerta externa se cerró de nuevo y, afortunadamente, todo quedó en calma.

Es un decir. La tempestad había hecho entrar un montón de agua que casi llegaba a un metro de alto, aunque ello no representaba problema alguno. Ni siquiera era una incomodidad. La ropa que llevaba demostró ser efectivamente impermeable.

El problema seguía siendo cómo salir al exterior. Era evidente que la tempestad no me permitiría decidir dónde instalar la tienda. Su fuerza era mucho mayor de lo que había imaginado. Quizá no estaba tan bien preparado como creía. ¿Cómo lo habían hecho los que habían salido durante un cambio de estación? Empezaba a

dudar de mi capacidad para conseguirlo.

Reflexionar con tranquilidad y calma ha sido siempre un buen método para hallar soluciones. Pasado un rato, elaboré una especie de plan. Como sucede tan a menudo, a la hora de la verdad es preciso improvisar...

La tienda era de montaje automático, y estaba seguro de que, a pesar de la tormenta, si conseguía lanzarla al exterior con el dispositivo activado, llegaría a montarse.

Sabía que el recinto en el que me encontraba era subterráneo y que la compuerta de salida se encontraba prácticamente al nivel de la superficie. Ahora tenía claro que no subiría por los escalones como había pensado. Simplemente tendría que dejarme arrastrar por los remolinos con al menos tres metros de cable para poder esquivar las paredes. Lamentaba no haber llevado ropa antichoque como sistema de protección. Tendría que hacer uso del casco y, mira por dónde, el anorak no sería del todo inútil. Era lo bastante grueso para amortiguar algunos golpes.

El problema sería encontrar la tienda una vez fuera. Ahora veía que, por el momento, en el exterior no habría manera de controlar mis pasos. La tempestad era demasiado intensa. Sin embargo, necesitaba la tienda como cobijo. No me veía capaz de resistir por mí mismo más de una hora. El verdadero problema sería llegar a la tienda.

Afortunadamente, disponía de cables y extensores de todo tipo. Fijé el extremo de un extensor automático a lo que había de convertirse en la entrada de la tienda. El otro extremo del control de extensión me lo fijé en el cinturón, con la precaución de dejar un margen de unos diez metros libres. Pensé que bien podía resistir que me arrastrasen diez metros. Incluso contra una tormenta como aquélla...

Una vez preparado y con el casco puesto, me dispuse a activar los mandos manuales de apertura.

Ahora estaba sujeto a dos puntos del recinto. Una de las fijaciones sin margen, y la otra con más de tres metros de cable. También había sacado la tienda de la mochila y la sostenía en la mano con un cable de diez metros colgando en el agua desde la tienda hasta mi cinturón. Creía tenerlo todo previsto.

Abrí la compuerta.

Casi sin darme cuenta, el remolino enfurecido de la tempestad, quizá reforzado por la forma cilíndrica del recinto, me arrancó la tienda de las manos. Presentí más que vi que la tienda volaba al exterior del recinto, y quise imaginar que los diez metros de cable y la agitación de la tormenta harían que, de un momento a otro, la tienda tocara tierra, cosa que, tal como había dispuesto, activaría automáticamente el proceso de montaje.

Pensé que tres minutos serían suficientes, debían ser suficientes. No me veía capaz de soportar por más tiempo los intentos del remolino por apartarme de las

fijaciones. Y la compuerta volvería a cerrarse en cinco minutos. En medio de todo aquel caos, no era cuestión de intentar mirar el reloj. Intenté contar hasta doscientos porque quería darle al menos esos tres minutos a la tienda y, además, estaba seguro de que contaría a un ritmo de más de un segundo por segundo. La adrenalina produce esos efectos.

Cuando terminé el recuento, cuando ya no podía más, solté la fijación sin cable.

Fue inmediato.

Empujado por fuerzas que ni siquiera había imaginado, salí volando hacia el exterior tal y como había supuesto. No me escapé de recibir un par de golpes, primero en la pierna derecha contra la pared del recinto y otro en el brazo. Inútil anorak...

Casi inmediatamente se produjo el cierre automático de la compuerta. Habían pasado los cinco minutos. El cable de tres metros que me unía al recinto se tensó. Por suerte, la tempestad me mantenía volando y apartado de aquella gigantesca boca que se cerraba.

Por otro lado, el cable que me unía a la tienda no estaba tenso. Era una buena señal. Significaba que la tienda había tocado tierra y se había montado a menos de esos diez metros de margen. Me sentí aliviado.

Estar fuera del recinto era peor. La fuerza de la tempestad, no contenida por la pared de la compuerta cilíndrica, me arrastraba hacia fuera. El cable de tres metros estaba extremadamente tenso y me hacía daño. El cierre de la compuerta no había ayudado en ese punto. Por suerte, en ningún momento choqué con la superficie. La tempestad me hacía volar como una cometa rota del todo inútil. Por un momento llegué a pensar que el cinturón podría partirme en dos.

Casi como una apuesta conmigo mismo, tuve la idea de calcular mentalmente cuál podría ser la fuerza del viento para llevarme de aquella forma. Pero evidentemente, aquél no era un momento adecuado para cálculos.

Había llegado la hora de activar al mismo tiempo los dos controles de los cables que me colgaban del cuerpo. Tenía la impresión de que si no conseguía sincronizar la operación, la fuerza del viento y la tempestad acabarían rompiéndome en dos. Llegué a temer, presa del más negro pesimismo, que el extensor acabaría perdiendo la batalla frente a la fuerza de la tempestad. ¿Adonde iría a parar?

Pero cuando estás en el baile, hay que bailar. No me lo pensé dos veces. La situación ya era lo bastante incómoda.

Accioné el extensor del cable que me ataba a la tienda, al mismo tiempo que soltaba el cable de tres metros que me mantenía unido a la fijación del recinto tras la compuerta.

El extensor me arrastró casi siete metros hasta la puerta de la tienda. Fue bastante más lento de lo que había imaginado. La tempestad era fuerte y no parecía dispuesta a renunciar a su cometa improvisada. Pero el extensor se portó bien y me llevó hasta la

tienda.

Abrir la maldita puerta de la tienda fue otra aventura que, finalmente, logré con penas y trabajos. Me arrastré como pude al interior y me conformé cuando, al cerrar la entrada, descubrí que sólo un palmo de agua cubría el suelo.

Estaba a cubierto. Lo había conseguido.

Aunque no se parecía en nada a lo que había imaginado. Y mucho menos a lo que había previsto...

Miré la hora y me sorprendí al comprobar que eran las ocho pasadas. Había tardado mucho más de lo que había previsto. Después de todo, mi excursión no parecía demasiado exitosa: seguía a menos de diez metros de la colonia. ¡Caray!

La tienda se había fijado maravillosamente bien al suelo. Por ese lado no había ningún peligro. En otros aspectos, la cosa no iba tan bien. Pero no era culpa de los fabricantes de la tienda.

Durante la salida, el casco, la máscara de respiración y la ropa habían impedido que el agua entrase en contacto con mi piel. Pero sí había mojado la tienda. Y tan sólo un par de horas después, empecé a comprobar los efectos,

Todavía no se cómo, pero el material de la tienda iba diluyéndose poco a poco. Aquello que llamábamos agua no era tal y parecía tener las propiedades de un ácido que actuaba con extrema lentitud pero de forma ineludible.

Sea como fuere, a eso de una media hora antes de la medianoche, a las 10.30, de la tienda ya no quedaba más que un ligero velo que pronto fue perforado por la fuerza del viento.

Me quedé en el interior de la estructura de la tienda, sintiendo de nuevo todo el fragor de la tormenta y toda la violencia del viento. Un viento que esta vez no me arrastraba porque, habiéndolo previsto, me había atado a la estructura de la tienda con las fijaciones de las que todavía disponía. No iba a servirme de nada.

Lo que le había sucedido al material de la tienda habría de acabar pasándole a la ropa. Era tan sólo una cuestión de tiempo. Primero el anorak, después las otras prendas, luego la malla, y al final la piel. Eso, siempre que el casco y las gafas aguantaran...

Pensé durante un momento en el idiota en que me había convertido. Mira que salir al exterior durante un cambio de estación de Geria... Yo, un tipo siempre tan racional. Si eso sólo lo hacían los Socos... Era una forma segura de no regresar, de morir. ¡Mierda, mierda, mierda!

Lo único que había conseguido era un suicidio de alta tecnología y sumamente complicado.

No fue agradable. Eso lo puedo asegurar.

Si no me equivoco, debían de ser las tres de la madrugada cuando morí.



La figura medía unos ciento sesenta centímetros de altura. La piel, escamosa y reluciente, era de un tono verdeazulado, aunque se apreciaban otros colores y matices, particularmente tonos amarillos y rojizos, que se desplazaban caprichosos sobre la piel creando peculiares diseños. La cabeza era grande y mostraba una boca chata para un reptil, pero aún así destacada. Si bien la figura se mantenía erguida, era evidente que tal vez tendiera a colocarse a cuatro patas para correr. Se apoyaba por el momento sobre dos patas poderosas y una cola que tocaba el suelo, fuerte y vigorosa aunque no excesivamente gruesa.

Las manos eran quizá lo más chocante. En cada una de ellas tenía dos pulgares opuestos que podían levantarse, posiblemente para quedar protegidos si tocaba el suelo con la palma. Una palma que era especialmente correosa. Los ojos eran grandes y líquidos, y mantenían su mirada fija e inquietante sobre los visitantes; no parpadeaban. La figura parecía estar prácticamente desnuda, aunque llevaba algunos elementos colgados alrededor del cuerpo, quizá instrumentos o algún tipo de adornos. Lo único que podía considerarse una prenda de vestir era una especie de chaleco largo que llegaba hasta el suelo, aunque no parecía cubrir en concreto ninguna parte del cuerpo salvo la espalda.

Ni Tawa ni ninguno de sus compañeros sabían cómo había llegado hasta allí. Tampoco sabían que había sido el elegido por el consejo local para ir al encuentro de los farsantes.

Cuando se hizo evidente que el mensaje no era un elemento natural, alguna forma extraña en que la naturaleza se reía del Pueblo, la sociedad de los saurios se había conmocionado. Había sido una conmoción tranquila e inhumana, como todos sus comportamientos. Los humanos no habían podido, o no habían querido, percibirla.

El mensaje socavaba los fundamentos mismos de la civilización de los saurios. Era imposible, y por tanto, no podía ser real. El silencio era el mejor modo de actuar y también la mejor estrategia. Científicos futuros descubrirían su verdadera naturaleza y la paz volvería por fin al Pueblo.

Pero, desgraciadamente, no iba a ser así.

La maldad del universo parecía no tener límites. No sólo los mensajes se habían vuelto más insistentes, sino que habían manifestado la insolencia de una pretensión de aterrizaje y, con ello, forzaban el absurdo e improbable contacto.

¿Contacto con quién?, se preguntaban los saurios, para quienes la existencia de otras criaturas inteligentes era una imposibilidad absoluta. Lo habían demostrado en múltiples ocasiones sus más preclaras mentes y era la pieza fundamental de su manera de entender la vida. ¿No habían establecido esa cuestión, de una vez por todas, los axiomas de Nasshre cuatro siglos atrás? Lo que no existía en la Tierra no se repetía en el cielo, y el Pueblo era único y múltiple, y estaba solo.

¿Por qué se había vuelto la naturaleza contra ellos? ¿No era ya lo suficientemente

dura su existencia, con una primera fase animal llena de sacrificios y a la que pocos sobrevivían, como para tener que soportar esa broma cruel? Era como si de pronto se abriese ante ellos un abismo, y todo el pueblo volviese la vista temeroso e incapaz de soportar la idea de mirar lo que había más allá.

El objeto había aparecido en el cielo.

Eso hizo temer a muchos, pero ninguno se atrevió a manifestarlo explícitamente. ¿Y si era cierto? ¿Serían aquellos mensajes productos reales de otras criaturas inteligentes como ellos? ¿Criaturas no sólo capaces de pensar y razonar, sino también de viajar por el espacio y trascender los límites de la gravedad planetaria? ¿Criaturas que no se limitaban a teorizar sobre las cosas, que los visitaban para comprobar si todo era cierto?

Pero ¿dónde quedaban las promesas? ¿No eran el único pueblo? ¿No deberían serlo por siempre? ¿Eran falsos los fundamentos mismos de una sociedad y una cultura que tenía ya miles de años? El pueblo era lento y estable, y hacía tiempo que había conseguido dominar su naturaleza animal. La razón era su triunfo, y la aceptación de su destino el pago por el privilegio de ser el Pueblo.

Ir más allá era inconcebible. La mente se rebelaba ante la posibilidad misma de contemplar esa idea herética. Una idea que tal vez incluso la evolución había esculpido durante milenios en sus cerebros.

El pueblo contuvo el aliento al enfrentarse con el objeto. Lo seguían de cerca y con ojos fijos, temiendo en cualquier momento la terrible confirmación, pero guardando siempre la esperanza de que no fuese realidad. Ignorarlo quizá demostrase ser la mejor política. Así habían hecho con los falsos mensajes. Pero esto era distinto. El objeto existía, parecía material y eran demasiado racionales para ignorarlo. Allí estaba y sería preciso enfrentarse a él.

Conociendo de antemano el supuesto lugar de aterrizaje, el consejo local se reunió para tomar una decisión. Era un grupo de viejos reptiles cansados, poco proclives a reunirse y decidir. El Pueblo era por naturaleza individualista y su forma de gobierno una anarquía, ligeramente reglamentada, basada en la confianza mutua. La presencia cercana de otros individuos, salvo en circunstancias especiales como la reproducción, les ponía nerviosos. Menos que nunca deseaban los consejeros reunirse en esa ocasión. No querían enfrentarse a una crisis así.

El envío de un representante parecía la mejor opción, alguien responsable, que pudiese transmitir con fiabilidad la información y cuya observación fuese certera y ajustada. Alguien, en suma, al que se le pudiese encomendar el desmoronamiento de toda una forma de vida.

Lirnac recibió la noticia en sus habitáculos. Dormía, y su cerebro soñaba con una época lejana en la que corría libre por entre altos árboles y pantanos, atravesando una vegetación espesa y huyendo de los depredadores, sin saber que era heredero de una

inteligencia y que toda una civilización le esperaba. El sueño siempre le inquietaba un poco, pero al despertar nunca lo recordaba. Ningún miembro del Pueblo recordaba conscientemente su etapa de maduración.

Lirnac era miembro del grupo de observadores, uno de los encargados de que el equilibrio natural se mantuviese. Se le consideraba estable y fuerte, capaz de resistir la conmoción, al menos hasta el momento de informar. Él podría evaluar e identificar, él podría confirmar o desmentir. Luego, ya se vería... En todo caso, los consejeros habían elegido bien.

Lirnac no deseaba la tarea que le habían encomendado, pero tampoco podía negarse. Aunque el Pueblo estaba formado por individualistas, también respetaba una jerarquía clara. Los miembros de mayor edad tomaban decisiones, opciones cuya sabiduría e inteligencia no se discutía. Después de todo, ¿no habían tenido ellos más tiempo que los demás para desarrollar los dones de la civilización y la razón? Ningún joven recién salido de la ciénaga podía competir con un viejo lagarto curtido por la vida.

La mañana del encuentro, Lirnac meditó sobre la mejor forma de presentarse. Decidió al fin vestirse con un chaleco de gala, el que se llevaba en la ceremonia de aceptación, cuando los nuevos miembros de la comunidad salían de las ciénagas y ocupaban su lugar entre el Pueblo. Era una vestimenta de orgullo, que marcaba un punto de inflexión, un antes y un después en la vida de todo saurio. Le pareció adecuado. Después de todo, en la ceremonia de aceptación los jóvenes saurios oían por primera vez la lengua hablada y tenían el primer contacto con la vida social. Hasta ese momento, se evitaban cuidadosamente unos a otros y jamás interactuaban. El premio por sobrevivir era la integración. Poco a poco, se desarrollaban las capacidades ocultas de su cerebro y se iba descubriendo y dominando la lengua que se hablaría en el futuro. Porque en los saurios no sólo la gramática era instintiva, sino también gran parte del vocabulario. Sin bien había diferencias lingüísticas entre las distintas razas de saurios, todos ellos, ayudados por el olor y los gestos, podían comunicarse sin problemas porque compartían una base común.

Lirnac consideró absurdo llevar armas. Su labor era puramente observadora y era evidente que su vida no tenía mayor importancia en ese caso. Si se cumplían los temores, ¿qué importaría su mera existencia? Si los monstruos realmente existían y habían llegado en tan extraordinarias condiciones, ¿qué no podrían hacer para defenderse? Decidió, eso sí, portar un cuchillo, el que usaba en sus exploraciones de campo, el que tantas veces le había servido en diversidad de ocasiones. Era como un elemento ritual que, después de todo y pensándolo bien, tal vez necesitaría.

El resto era equipo, especialmente el comunicador. Debería emitir su informe inmediatamente después de haber evaluado la situación. También llevaría varias cámaras y micrófonos. El consejo bien querría confirmar su análisis.

El lugar del contacto estaba cerca y decidió caminar. No encontró a nadie. Supuso que todos se habían apartado deliberadamente de su camino, para preservar su paz mental y tranquilizarlo, o para no tener que enfrentarse a él antes de que fuese necesario. Corrió a cuatro patas, apartando los pulgares de las manos para no dañarlos contra el suelo, serpenteando por el camino de tierra que llevaba hasta el punto de encuentro.

La mañana era algo fría, pero Lirnac había vivido situaciones peores. Pensó que el sol pronto comenzaría a calentar y mejoraría el tiempo. Subió una ligera loma, tras la cual se encontraba el prado que los mensajes, esos absurdos mensajes, indicaban como el lugar de aterrizaje. Le habían advertido que estaría sólo; ninguna nave aérea sobrevolaría la zona y ningún otro observador se acercaría, al menos hasta que él emitiese su primer informe y fuera interpretado. No le importaba: prefería trabajar solo.

Aguardó a media distancia del punto de aterrizaje. No exactamente oculto, pero tampoco mostrándose abiertamente. Tal vez careciese de importancia, pero deseaba conservar las pequeñas ventajas que estuvieran a su alcance.

El objeto bajó lentamente del cielo, como si fuese una hoja que caía, pero al contrario que una hoja, siguió una trayectoria perfectamente definida y precisa. A Lirnac le gustaba el orden.

El objeto era como un disco vagamente grisáceo. Lirnac no podía saber que habían elegido esa forma porque era la más adecuada, dada la tecnología de impulso que empleaba, para penetrar en la atmósfera. Tampoco tenía forma de apreciar la ironía de que el primer encuentro entre la humanidad y otra civilización extraterrestre se realizase por intermedio de un objeto tan parecido a un platillo volante. En su mundo tan poco proclive a mirar al espacio, no habían existido absurdas creencias pseudoreligiosas de origen semitecnológico.

Tampoco podía saber que los tripulantes del objeto habían discutido repetidas veces sobre la forma que debían adoptar durante el encuentro. ¿Deberían intentar parecer lagartos, o sería mejor optar por la forma humana? Después de intercambiar argumentos decidieron que lo mejor era presentarse como seres humanos, haciendo que los nanocuerpos se ajustasen en la medida de lo posible a un cuerpo humano real, incluyendo la transpiración y el olor.

La compuerta del disco se abrió. Lirnac se mantuvo inmóvil, con la vista fija en aquella pared que se movía. Vio oscuridad al otro lado y luego percibió movimientos. Bajó una figura, luego otra, y otra, y otra más. Cuatro en total, que permanecieron junto a la nave. Movían la cabeza de un lado a otro.

Para Lirnac fue como si el paisaje diese un vuelco. La escena casi campestre que había vivido hasta ese momento se trastocó. Aquellas criaturas olían, estaban vivas, eran lo que afirmaban ser. El olor era penetrante, fijo, irreal, incomprensible. Era un

punto que le atraía, que centraba uno de sus principales sentidos en las figuras. Sintió que se le tensaban los músculos en su deseo de huir y escapar.

Vivas eran criaturas vivas.

Mamíferos. Ratas híperdesarrolladas.

Luchó por controlarse, por controlar sus instintos, las pulsiones más olvidadas. Era un observador y cumpliría su misión hasta el final. Se situó frente a ellos, se mostró y se acercó despacio.

Mientras lo hacía examinó a los cuatro visitantes. Eran más altos que él, aunque no parecían más fuertes. Las pieles eran diferentes, como si fuesen frágiles y delicadas. Tres de ellos eran de color claro, el cuarto bastante más oscuro. Se sostenían sobre las patas traseras y parecían sentirse cómodos en esa posición. Y olían, ¡cómo olían! Lirnac no podía evitar prestar atención al olor.

A unos cinco metros, uno de ellos abrió una cicatriz en la cabeza, que Lirnac comprendió que debía ser la boca, y emitió un sonido. La pronunciación no era muy buena, y la cadencia fallaba, pero se entendía:

—Saludos, venimos en paz —dijo.

Hablaban.

El consejo, y todo el planeta, debía de estar siguiendo el contacto por las cámaras que portaba. Gracias al espectrógrafo también estarían percibiendo el olor. Pero esperaban su impresión, la reacción personal. Levantó la mano hasta la boca y comenzó a dictar su informe preliminar.

Los mamíferos empezaron a inquietarse. Tal vez entendían lo que decía. Lirnac los ignoró. Debía su informe al consejo, no a ellos. Los mamíferos se habían convertido ya en irrelevantes.

—No somos únicos —fueron sus palabras finales.

Los mamíferos parecían haberse vuelto locos. Le hablaban una y otra vez. Insistían en sus ridículas palabras: paz, cooperación entre especies, su deseo de no causar daño.

Absurdo.

¿No comprendían que no podían causar más daño del que ya habían producido?

Lirnac sacó despacio el cuchillo con la punta mirando hacia la nave. Los mamíferos se detuvieron de inmediato y retrocedieron. Un comportamiento puramente instintivo, sin embargo Lirnac sintió una ligera satisfacción interior. Al menos, los había asustado.

Durante un segundo, reptil y mamíferos se miraron. Para Lirnac aquella mirada contenía todo un mundo que, de pronto, había dejado de tener sentido. Los otros cuatro no sabían todavía lo que habían perdido.

Con gesto rápido, Lirnac movió el cuchillo y se lo clavó en el cuello.

# XIX

## Los gerios

Ahora podría contar que regresé de la muerte, y que fue gracias a la religión de los gerios, en la que antes no creía. Que fueron ellos los que me concedieron una especie de inmortalidad inesperada y no querida.

Y sería la verdad.

También podría decir que, tal vez trastornado por el miedo, había confundido la muerte con el primer desmayo. No fue nada agradable encontrarme desnudo y atado a la estructura, también desnuda, de la tienda. Veía que mi pobre piel era la última barrera de defensa ante la enfurecida tempestad del cambio de estación de Geria. Una defensa bien pobre. No podía engañarme, sabía que mi complejo sistema nanotecnológico no serviría de nada frente a la extraordinaria fuerza disolvente de la tempestad: las nanomáquinas podían reparar tal vez una pequeña herida superficial, pero no recomponerme del todo. La muerte era lo único que podía esperar de todo aquello. Aunque tal vez me desmayé antes.

Y también sería cierto.

Incluso podría decir que lo que ahora paso a relatar lo soñé. Es extraño hasta tal punto que rompe con todo lo que había esperado, todo lo que podía esperar. Y, si he de decir la verdad, en ocasiones pienso que lo sucedido fue un sueño.

Sea como fuere, el hecho cierto es que, sin que nunca haya podido determinar cuánto tiempo estuve «muerto», en un momento dado me reencontré de golpe conmigo mismo. Fui consciente de estar tendido en una especie de cama, completamente desnudo, mientras recuperaba poco a poco la conciencia.

No fue como despertar de un sueño. Fue algo muy distinto. Yo era en un experto en eso de volver de los sueños, cada día, cada mañana...

Incluso con los ojos cerrados, la oscuridad que llenaba mi mente se fue abriendo, sin prisa, pero al mismo tiempo sin ninguna pausa. Una nebulosa de luz envolvió gradualmente mi conciencia y, muy despacio, supe que, con total independencia de lo que hubiese sucedido antes, mi yo volvía a estar allí. Completo. Como siempre. Una vez más frente al mundo, cara a cara con la realidad, delante de lo mucho que queda siempre por saber, por conocer, por evaluar, por querer, por gozar, por vivir...

Pasado un momento no demasiado largo, me atreví a abrir los ojos.

Estaba en una especie de habitación de formas extrañas. No eran las formas rectangulares y paralelepípedas habituales en las construcciones humanas. Más bien me parecía encontrarme en el interior de un elipsoide de gran volumen. Todo estaba

redondeado, pero no de manera regular. Era evidente que la dimensión de uno de los tres ejes dominaba sobre los otros dos. Quizá por eso pensé en un elipsoide. No sabría decirlo.

Una luz difusa, de un blanco azulado, se correspondía excepcionalmente bien con la extraña nebulosidad que me había devuelto los sentidos incluso antes de abrir los ojos. No vi dónde nacía la luz; simplemente estaba allí.

El techo, o quizá sería mejor decir la parte más alta, quedaba lejos. O al menos eso me parecía. Tampoco veía las paredes más que como fronteras opacas y lejanas. Un horizonte de un blanco impreciso en todas direcciones.

Estaba tendido en una cavidad del suelo. Tenía forma alargada pero no precisamente rectangular. Las formas redondeadas lo dominaban todo. Ahora que lo pienso, no recuerdo haber visto ninguna arista.

La cavidad servía de cama y, para ser sinceros, mi cuerpo se encontraba allí francamente bien. Nada me molestaba.

Poco a poco, sin esfuerzo alguno, con unos músculos y articulaciones que respondían con presteza a mi voluntad, sin la más mínima incomodidad ni rigidez, me incorporé.

No estaba solo.

En el suelo había siete cavidades más. No eran completamente iguales a la mía. No pude percibir ningún tipo de regularidad. Pero, en cierta forma, todas las cavidades se parecían en un aspecto que en aquel momento no llegué a comprender.

Y en todas las cavidades había una persona desnuda: cinco mujeres y dos hombres. Y yo, claro. Todos parecíamos bastante jóvenes.

Una de las chicas ya se había incorporado y estaba sentada en el interior de su cavidad-lecho. Debía de haber recuperado la conciencia antes que yo. Los demás estaban como dormidos. Ni siquiera parecían respirar.

Acabé sentado como había hecho la chica.

Nos miramos. Ella esbozó una especie de sonrisa de reconocimiento, pero he de decir que no la conocía. Aun así, por no ser menos, yo también sonreí.

Inmediatamente se me ocurrió que, durante ese cambio de estación, eran ocho las personas que habían salido al exterior.

Y que, sin que supiera por qué o por quién, todas habíamos acabado allí.

También de inmediato, una especie de voz escondida en lo más hondo de mi cerebro y de mi conciencia, me dijo que no, que éramos once las personas que habíamos salido. Pero (y había una tristeza muy específica asociada a esa idea) tres se habían perdido. ¿Cómo lo sabía? Imposible decirlo, aunque no me cabía duda de que estaba en lo cierto. De la misma forma incomprensible, sabía que se habían producido tres salidas (cuatro contando la mía) y que una se había perdido del todo.

Lo sabía. Eso era lo más extraño. Y no comprendía cómo.

Me lo pregunté y consideré la posibilidad de comentarlo con la chica que había despertado cuando se produjo un cambio. Un cambio importante.

En la dimensión más larga del elipsoide, al otro extremo de donde nos encontrábamos, apareció una figura.

Y cuando digo aparecer me refiero a eso exactamente: primero no estaba y luego, de repente, pareció que siempre hubiera estado allí.

Se trataba de una forma humanoide que, haciendo caso omiso de los demás, se acercó directamente a mí. Caminaba con gracia y originalidad. Sin que yo supiera cómo, emitía un aura de amabilidad y confianza.

Al acercarse pude apreciar más detalles. Era ligeramente más baja que yo, pero de formas suaves, redondeadas y más estilizadas. La piel, si de eso se trataba, era de un color gris perla extremadamente claro, casi brillante. No pude determinar su sexo: no tenía ni pene ni vagina. Tampoco tenía pechos. Estaba completamente desnuda, sin vello ni cabello. Tenía tres dedos en cada mano, pero ninguno en los pies.

El rostro era plano. Quizá llevado por la analogía, interpreté las cavidades superiores como dos grandes ojos, sin párpados ni pupilas. No había rastro de boca o nariz. Sólo los dos «ojos» ovalados, de color azul, que permanecían siempre abiertos. Quizá las pequeñas concavidades a ambos lados de la cabeza eran orejas. No lo sé.

Supuse que era un gerio.

Una vez más, una voz en algún lugar del interior de mi cerebro me dijo que no. Que tal vez en cierta forma... pero no exactamente.

¿Telepatía?

Otra vez la voz: un poco quizá, pero tampoco exactamente.

No lo entendía. Me decidí a hablar. Como por efecto de encantamiento, había dejado de ser consciente de los otros que se hallaban presentes en las restantes cavidades del elipsoide. No sabía qué hacían. En realidad tampoco me importaba.

—¿Qué eres? ¿Quién eres? —pregunté.

—Uuuurgaaareeeesss —oí que decía. No comprendí nada.

Inmediatamente, la voz del interior de mi cerebro me habló de forma mucho más estructurada. Ya no era como antes, cuando me había parecido como un convencimiento, como un conocimiento adquirido. Ahora era como si escuchara normalmente con el oído y mi cerebro se encargase de interpretarlo. No le hago justicia, pero lo reproduciré como si fuese un diálogo hablado:

«Soy humano como tú. Pero no puedo hablar como antes. Ya ves lo que sale si intento emitir sonidos. Hay otra forma de comunicarnos, como ya sabes.»

—¿Telepatía?

«No exactamente. No puedo introducirme en tu cerebro y leer tus pensamientos, si eso es lo que te preocupa. Simplemente emito señales que tu cerebro recoge y puede asociar a la interpretación que haría del lenguaje hablado.»



—¿Y yo? ¿Basta con que sólo piense? ¿Me entenderás?

«No. Es mejor que vocalices y hables. Así emites señales que yo puedo captar más fácilmente. No olvides que soy tan humano como tú.»

—¿Cómo es posible?

«Es una larga historia. Mejor será que, por el momento, salgamos de aquí. Acompáñame.»

Le seguí y llegamos al punto donde, hacía un momento, él mismo había aparecido. En el camino vi a otro de aquellos seres «hablando» con la chica que seguía todavía sentada en su cavidad-lecho.

Me pareció ver que otros dos ya habían despertado, pero no podría asegurarlo.

Enseguida llegamos a lo que me había parecido el extremo más apartado del elipsoide.

No se detuvo. Siguió andando y, tal y como lo cuento, simplemente atravesó la pared.

Yo me detuve en seco.

«No te preocupes. Tú también puedes pasar. No es sólida.»

Tentativamente extendí una mano que, sin encontrar resistencia, atravesó la pared sin ninguna dificultad. Retiré la mano y la miré. No había notado nada. Como si la pared no estuviera allí.

«Parece ser una especie de campo de fuerza. No lo sabemos con certeza, pero no presenta ningún peligro. Nos deja pasar siempre que lo deseamos.»

Me decidí, y pasé sin ningún problema.

Los dos nos encontrábamos en una especie de elipsoide más pequeño. También una de las dimensiones dominaba a las otras dos, las paredes eran muy parecidas y estaba iluminado, como el otro, con una luz difusa de un blanco azulado.

—¿Qué es todo esto?

«Es largo de explicar. No conocemos todos los detalles. Pero funciona. Como tantas cosas aquí, funciona.»

—¿Aquí? ¿Que quieres decir?

«Nos encontramos en la zona interior del planeta. No sabemos cómo, pero esos mismos campos de fuerza que forman los recintos parecen haber impedido que este lugar haya sido detectado.»

—¿Estamos en Geria?

«Sí. Eso seguro.»

—¿Y tú eres humano?

«Sí. Lo era y... bien, creo que todavía me siento humana.»

—Pero el cuerpo...

«Sí, el cuerpo es gerio.»

—¿Entonces?

«Soy geria sólo en parte. El mismo cuerpo... Es difícil de explicar. Ya tendremos tiempo para eso. Pero no te tortures más con eso: soy humana.»

—Gente como vosotros salva a los buscadores.

«Sí, somos nosotros.»

—¿Cómo?

«Los buscamos cerca de las compuertas y los traemos aquí. Con este cuerpo la tempestad no nos afecta. Es mucho más resistente de lo que parece. Ventajas de ser medio gerios.»

—Pero me pareció entender que algunos buscadores nunca llegan aquí.

«Sí. Eso fue lo primero que te dije. Era como una prueba. Ni siquiera me habías visto todavía. Sí, por desgracia a veces los encontramos demasiado tarde y ya no hay nada que hacer.»

—¿Hacer qué?

«Traerlos aquí. Recuperarlos.»

—¿Cómo?

«Eso también es difícil de explicar. Simplemente, se recuperan si los podemos traer aquí a tiempo. No sabemos cómo funciona.»

—¿Resurrección?

«No. Seguro que no. Cuando están completamente muertos ya no hay forma de recuperarlos. A pesar de lo que pueda parecer, aquí no se realiza ningún milagro. Quizá no lo podamos comprender ni explicar todo, pero esa explicación seguro que existe. No podría ser de otra forma.»

—Dime la verdad: ¿sois humanos o gerios?

«Si te tranquiliza, te diré que todos somos buscadores. A pesar de este cuerpo, somos humanos, te lo aseguro. Yo salí hace unos tres años. Me llamaban Judith, Creo que has oído hablar de mí.»

—¿Judith? ¿Tú? ¿Su amiga?

«Sí. Y me temo que he sido yo la responsable de que vinieseis, ella y tú.»

—¿Qué quieres decir?

«Yo la llamé. Nunca antes se había intentado, pero me pareció la única forma.»

—¿La única forma de qué?

«De hacerte venir a ti.»

«Sí. Era necesario que vinieses.»

—¿Yo?

«Tú.»

—¿Por qué?

«También es largo de explicar. Estoy segura de que será mejor que te lo cuente ella misma.»

—¿Ella?

—¿También está aquí? «Pues claro. ¿Cómo podría ser de otra forma? No se perdió. Ahora podrás estar junto a ella.»

El cielo era negro.

No había estrellas, o éstas eran también negras. Sí, negras; soles que atrapaban luz, que absorbían pesares y lamentos. Soles negros para una noche negra.

La tierra también era negra. Un mar negro que batía contra una costa negra bajo un viento negro. Peces negros nadaban en sus negras profundidades y negros navíos varaban en arrecifes negros ondeando sus banderas negras.

Cielo negro. Tierra negra. Mar negro.

Quizá no había nada de eso. Quizá se encontraba en una caja. Sí, una caja diminuta, de negras paredes muy cercanas. Seguro que si tendía la mano, podría tocar una de ellas. Pero no quería moverse, no quería extender el brazo.

No quería hacer nada. Tampoco quería pensar ni sentir.

Quizá por eso todo era negro. Así no tendría que ver, ni comprender, ni asimilar, ni analizar, ni vivir, en suma. Sí, seguro que era eso.

Había pasado algo malo, algo terrible. Por eso estaba allí.

Abrió los ojos y supo que sus pupilas también eran negras.

Un prado hermoso, de vegetación extraña e irreal, pero sutilmente similar a la terrestre.

El tono de verde tendía casi hacia el azul, pero la clorofila debía de ser muy similar. Todo parecía en paz y en calma, presagiando un buen desenlace.

La nave había tocado tierra con total precisión. Hasta ahí, todo había salido bien. No esperaban mayores contratiempos, aunque ninguno de ellos sabía lo que harían los saurios.

Tomaron una decisión rápida sobre los cuerpos que debían adoptar y abrieron la escotilla. Entró una ráfaga de aire templado preñado de olores y esencias de otro mundo. Tawa no identificó ninguno de los olores, aunque la esperanza de hacerlo era vana.

Bajaron de la nave. Ninguno pensó en la precedencia y fue pura casualidad que la primera en descender fuese Isara. La hierba cedió ligeramente bajo sus pies, aunque tenía una consistencia más firme que la terrestre.

Casi hubiese podido herir la planta de los pies de un humano de carne y hueso.

Una vez fuera miraron a su alrededor. La imagen era casi bucólica, con árboles ligeramente distintos rodeando el prado. Oteaban desde lo alto de una loma, mostrándose, intentado dejar claras sus intenciones pacíficas.

De pronto allí estaba. Un ejemplar de raza media de las tres que poblaban el planeta y formaban la civilización de los saurios. Más grandes y pesados al norte, los que evitaban las zonas más frías; más pequeños y rápidos cerca del ecuador y

apartados siempre de las zonas más calientes. No eran especies diferenciadas, sino variaciones dentro del mismo esquema básico, con el mismo ciclo vital y, aparentemente, la capacidad de aparearse entre ellas.

Irán saludó.

No hubo respuesta.

—¿Que hace?—preguntó Tawa.

—Es difícil interpretar su expresión. ¿Parece nervioso o atento?

De pronto la criatura se llevó la mano a la boca y habló.

—«Efectivamente, están vivos», ha dicho. Nos ha llamado «mamíferos», «ratas hiperdesarrolladas».

—Sólo tienen mamíferos de pequeño tamaño en el planeta. No hay primates.

—¿Cómo sabe que somos mamíferos? —preguntó Tawa.

—No lo sé. Tal vez por el olor.

—Será mejor intentar convencerlo de nuestras buenas intenciones.

—Bien —dijo Irán y se pudo a hablar aceleradamente.

La criatura los miraba impasible. De pronto, sacó un cuchillo. Los cuatro expedicionarios no pudieron evitar retroceder de un salto. Luego recuperaron la calma. Ningún cuchillo podía dañar un nanocuerpo.

Luego vieron como el saurio se degollaba frente a ellos.

El resto fue un auténtico caos.

La sangre de los saurios también era roja, y se acumulaba en un charco alrededor del reptil. Corrieron hacia él y le dieron la vuelta. La herida era profunda, precisa y exacta. Realmente había querido morir.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ha hecho eso?

Nadie contestó.

—¿Es una ofrenda? ¿Hacen esto todos los que vienen a encontrarse con extraños?

De pronto, la luna empezó a retransmitirles las nuevas noticias.

Por todo el planeta se extendía la oleada de suicidios. Uno a uno, cada saurio destruía su propia vida, no sin antes haber hecho lo posible por destruir también el futuro de su civilización. Aquellos que tenían la capacidad para hacerlo, mataban a las jóvenes crías que todavía no habían alcanzado la conciencia y nadaban despreocupadas entre los pantanos.

Allí donde era posible, las construcciones ardían y los edificios caían. Era como si la visita, que ellos habían creído inofensiva, hubiese desestabilizado el sistema hasta tal punto que ya no resultaba posible recuperar el equilibrio.

Unas pocas horas después, ya no quedaba nada. La civilización de los saurios se había extinguido por su propia mano, con precisión y eficacia, como parecían haber hecho siempre todas las cosas. Su muerte fue un monumento final a su sistema de vida.

Antes de subir a la nave, Tawa miró al horizonte y sólo supo preguntar:

—¿Porqué?

Ni siquiera el viento se dignó a contestar.

Un fogonazo de color. Un rojo intenso.

No. No. No.

Le gustaba el negro. Sí aparecía el rojo tendría que pensar. Primero en el rojo, y luego en los otros colores: amarillo, verde, azul... No, era mejor prescindir de los colores. No había rojo. Sólo negro. Cielo negro, tierra negra, mar negro.

Allí estaba otra vez. No le dejaba en paz, le perseguía. Intentó darse la vuelta, pero no había sensación de espacio ni de lugar, sólo había negro, no había nada contra lo que darse la vuelta.

Rojo. Rojo. Rojo.

—No me molestes —aulló. No quiso hacerlo, pero aulló. No podía controlarse.

—Tawa, déjame entrar —dijo la voz.

Una voz que le resultaba conocida. ¿De quién era? No, tampoco debía pensar en la voz. Debía descansar y dormir. No se le había ocurrido dormir. Quizá dormir estuviese bien.

—Te he dicho que me dejes entrar —exigió la voz con mayor decisión.

Isara.

La oscuridad se abrió frente a él y entró un torrente de luz que lo anegó todo. Se sintió frustrado, se sintió resucitar, sintió dolor y furia. Confusión.

—¿Por qué me molestas? —dijo al vacío.

La oscuridad volvió a cerrarse, pero ya no estaba solo.

—Al fin. Llevo horas intentando hablar contigo. Así que aquí es donde te escondes —dijo Isara.

No tenían cuerpos. No eran más que presencias incorpóreas. Tawa se negaba a generar la sensación de un cuerpo.

No quería darle la satisfacción de hablar y optó por esperar. No pudo aguantar mucho.

—¿Por qué has venido? —dijo al fin.

—Ya basta de esto, Tawa. —La voz se hizo más temblorosa—. Estoy realmente preocupada. Comprendo tu pena, pero ¿no es hora ya de que dejes de torturarte?

No respondió.

—No fue culpa tuya —dijo la voz suplicante—. No podías preverlo, ni pudiste evitarlo. Todos fallamos. Debimos haberlo imaginado, debimos haber estudiado mejor su psicología. Nos equivocamos. Todos nos equivocamos.

Ansiaba volver a la oscuridad, pero ya no podía. Isara la había roto con su presencia. El olvido, el dulce olvido ya no le servía. Pero se sentía igual. Le abrumaba una pena inmensa, una tristeza que no admitía medida, incuantificable.

Pero era una nanopersona, y sabía que podía modificar las respuestas de su mente para alterar su estado de ánimo. Aunque no deseaba hacerlo. Lloraba a los saurios. Se lloraba a sí mismo. Era lo menos que se merecían.

—Quería pensar.

—Pero no pensabas —dijo la voz de Isara—. Te has encerrado en un mundo catatónico, en una fantasía autista. Debes salir y ayudarnos.

—¿Quedan más especies que destruir? —preguntó con sarcasmo.

—Debemos salvar lo que podamos de la civilización de los saurios —dijo ella con calma, como si hablase con un niño.

Quedaban algunas crías que se habían salvado de la tragedia y seguían nadando felices en sus pantanos y ciénagas. Pronto descubrirían su inteligencia y saldrían al encuentro de su civilización. Una civilización ahora extinta.

—Algo podremos hacer. Tutelarlos hasta que puedan reconstruir su mundo. Ya hemos enviado un aviso, y muchos se han ofrecido voluntarios. Dentro de unos siglos habrán recuperado al menos parte de su antiguo mundo.

Era una ilusión, un clavo ardiente al que aferrarse, una justificación. No le valía.

—Ya he hecho bastante daño —se lamentó Tawa.

—No ha sido culpa tuya —insistió Isara.

Tawa sintió cómo estallaba por fin la furia.

—No te atrevas a decirme lo que debo sentir —aulló—. Yo propuse el descenso, yo insistí en el contacto. Razones egoístas me llevaron a ese convencimiento. Y no he producido más que la muerte. Soy el mayor genocida de la historia.

Guardaron silencio. No había mucho que decir. No importaba lo mucho que Isara repitiese que no era culpa suya: él seguiría viéndose como el culpable de ese genocidio. Un convencimiento impuesto como una verdad revelada. Los dioses y sus verdades acuden solícitos al reclamo de las almas en pena. Aunque se tratara de almas nan tecnológicas.

¿Qué hacer ahora, qué camino tomar? Tawa ya no podía volver a su mundo de oscuridad. Eso había sido una fantasía infantil. Tampoco se sentía con fuerzas para integrarse de nuevo en un proyecto humano. Le poseía la más completa falta de interés. Ya no deseaba nada, ni se interesaba por nada. Una anhedonia maligna presidía su humor.

Recordó a Jabru, y en ese momento supo lo que debía hacer.

—Me voy —anunció a Isara.

Y así fue.

# XXI

## Ella

¡Y estuve, al fin, con ella!

Y hablamos.

Aunque fue completamente diferente a cualquier cosa que hubiese podido soñar.

De hecho, en ningún momento había imaginado que pudiese volver a verla. Para mí estaba muerta y bien muerta. Me había acostumbrado a esa idea. Era un hecho que nadie había sobrevivido jamás a una salida al exterior de Geria durante un cambio de estación. Era lo único racional que se podía pensar. ¿O no?

Pero allí estaba ella, al alcance de mi vista, frente a mí.

Aunque si he de ser sincero, realmente tampoco la vi.

No, no a ella.

Vi aquello en que se había convertido: un gerio que afirmaba seguir sintiéndose humana, que decía que seguía siendo ella.

Demasiado absurdo.

Llegó con rapidez. No hubo presentaciones. El gerio que decía ser Judith (una Judith a la que, por cierto, no había conocido con anterioridad) salió del recinto, atravesando limpiamente la pared como parecía ser la costumbre allí...

Y regresó casi de inmediato. Atravesando la misma pared. O eso me pareció en un primer momento.

Pero ya no era Judith.

Todos los gerios eran iguales. Aquél también. Exteriormente era idéntico a Judith, pero ya no lo era. Era ella, aunque muy diferente. No eran suyos los ojos que me miraban, tampoco era suya la voz que me hablaba... pero era ella. Lo supe desde el primer momento.

Ya no tenía labios que yo pudiera besar. No tenía cabello que poder acariciar. No quedaba nada de todo aquello que, un año antes, me había gustado tanto de su cuerpo. Era un gerio más. Todos iguales. La misma altura, el mismo color gris perla brillante, los mismos ojos grandes e inexpresivos. Todos iguales.

Pero era ella. De eso no me cabe la menor duda.

Una misteriosa metamorfosis la había transformado exteriormente, pero, incluso sin hablar, supe que había algo que continuaba, algo indefinible que la hacía ser la misma, que la hacía ser, ¿por dentro?, la misma mujer que había conocido: obstinada, emprendedora, inteligente, adorable... Aquella mujer con la que había deseado vivir toda la vida. A la que había amado tanto.

No, a la que seguía amando.

Tal vez no fuese su cuerpo lo que en realidad había amado. Lo presentía de una forma clara. Siempre había creído que apreciaba algo más que su cuerpo, que era su personalidad lo que de verdad amaba. Y su personalidad seguía allí, de alguna misteriosa manera, en el interior de aquel gerio.

Al principio permanecí inmóvil. No sabía qué hacer. ¿Debía abrazarla o no? ¿Un beso? No sabía cómo afrontar la situación.

La última vez que nos habíamos visto todo había terminado de la peor forma posible. Me recordé dándole la espalda, enfurecido, dejándola para siempre sin saberlo.

El enfurecido era yo, pero en realidad la que se había marchado había sido ella. Fue ella quien decidió salir al exterior durante un cambio de estación. Fue ella quien decidió cambiar el curso de nuestras vidas.

Me sentía incómodo y molesto. Casi estaba dispuesto a continuar la discusión que habíamos dejado a medias poco más de un año antes.

No la abracé. No la besé.

No podía hacerlo con aquel cuerpo. No sé por qué, pero ni siquiera nos tocamos. Incluso hoy, en algunas ocasiones lamento haberme comportado así.

«Hola. Tienes buen aspecto.»

Como si no hubiese ocurrido nada. Como si mi vida, nuestra vida, no hubiese quedado alterada para siempre. Como si nunca hubiese roto un plato. Como si no hubiese cometido la tontería de abandonarme poco más de un año antes. Como si no me hubiese obligado a mí a cometer la misma tontería.

«¿Qué pasa? ¿No dices nada?»

—Sí, bueno... ya sabes, la sorpresa...

«Lo entiendo. Yo hace tiempo que *lo* he aceptado. Pero para ti es nuevo.»

—¡Y tan nuevo! ¡Una locura! —Estuve a punto de dispararme. Tuve que hacer un esfuerzo por calmarme—. Eres tú, ¿no?

«Soy yo. No sufras. Soy realmente yo.»

—Lo sé. Lo noto, aunque no me lo explico. Pero has cambiado un poco. Más bien un poco demasiado. Esta vez el peluquero se ha pasado... —Intentaba ser una broma para quitar hierro al asunto. Pero al decirlo, sólo al decirlo, me pareció una solemne estupidez. Me avergoncé.

Por suerte, ella no le dio ninguna importancia. Siempre ha sido muy inteligente. Gerio o no, seguía siéndolo y sabía cómo tratarme...

«¿Podrás perdonarme?»

—No hay nada que perdonar —mentí.

Judith me pidió que saliese a buscarla y lo hice. Me preparé y lo hice. Ahora pienso que quizá debí explicártelo mejor, con más detalles, pero... no me atreví.



Siempre has sido tan racional, tan prudente... Temí que me lo impidieras, que no me dejaras salir.»

—No te habría dejado salir. De eso puedes estar segura.

No había dónde sentarse. Ella no parecía sentir ningún cansancio, cosa que supuse se debía a la peculiar resistencia del cuerpo gerio, algo que Judith ya me había comentado. Pero yo tenía un cuerpo frágil y humano, y estaba empezando a cansarme.

«¿Lo ves?»

No pude resistirlo más y me senté en el suelo. Era confortable. A pesar de tratarse de una superficie dura, era cálida y agradable al tacto. Ella me miró como si nunca hubiese visto semejante comportamiento. Supongo que ellos, los gerios, no lo hacían muy a menudo.

—Bien —dije levantando ahora la vista para mirarla—. No vamos a discutir ahora. Para mí llevamos más de un año discutiendo. Es demasiado tiempo. —Bajé la vista, me agarré las rodillas y seguí hablando—: ¿Podríamos dejarlo correr? —Volví a mirarla—. Para variar, al menos. Te fuiste. Ya está hecho. No se puede cambiar. Listos. Dejémoslo correr.

«Muy bien.»

—¿Me puedes explicar qué cono es toda esta mierda?

«Somos los gerios. Ya lo ves.»

Afortunadamente, ella conservaba la calma. En caso contrario es posible que *no* hubiese reaccionado y la interrumpida discusión se hubiese reanudado inevitablemente. O tal vez el cambio de actitud se debía al cuerpo gerio. Con esa inmovilidad tan inhumana, quieto como una estatua. Aunque también podía ser simplemente que, en aquella ocasión, las apuestas fuesen mayores de lo habitual. Al menos, así me lo parecía. Era mejor ir con cuidado. Pero pensarlo era algo muy distinto de hacerlo.

—No jodas. ¿No erais humanos?—dije para picarla.

«Sí, somos humanos, pero también somos los gerios.»

—¿Y eso cómo se come?

«No es fácil. Deberás tener paciencia.»

—Tengo toda la paciencia del mundo. —Yo seguía mirándola desde el suelo—. Pero intenta darte prisa.

«Siempre que la gente sale a "buscar gerios", nosotros los buscamos y los traemos aquí, para recuperarlos.»

—¿Vosotros? ¿De dónde habéis salido vosotros? ¿Qué ha pasado? Yo conservo mi cuerpo humano, como otros buscadores que he visto.

«Sí, hasta que paséis por la transformación.»

—¿La transformación?

«Sí. Todos nos hemos transformado.»

—¿Cómo? ¿Qué transformación?

«Con la máquina. El paso del cuerpo humano al cuerpo gerio.»

Me puse en pie de un salto.

—Pues sí que... Si no te explicas mejor...

Me temo que, a pesar de mis deseos de mantenerme sereno, seguía más bien enfadado, muy enfadado. O quizá es que soy más rencoroso de lo que estoy dispuesto a aceptar. En cualquier caso, estaba enfadado por todo lo sucedido y lo que me parecía su desastroso resultado final. Un resultado que no me gustaba en absoluto. Por otra parte, debo admitir que estaba satisfecho de haberla encontrado. En eso había tenido éxito. ¿Lo había tenido?

Era como si no hubiese pasado un año. Estábamos allí (sin saber exactamente dónde), hablando los dos. Ella y yo, aunque ella estuviese, incomprensiblemente, en el interior de aquel cuerpo tan ridículo.

Sí, la palabra justa era ridículo. Me gustaba más la mujer de antes. Su cuerpo no era lo único que amaba de ella, pero era evidente que también me atraía. Quizá por eso me encontraba tan molesto. Aquello no era justo.

Y ahora me hablaba de una máquina...

—¿Qué máquina?

«La máquina de la transformación. Queremos que la estudies.»

—¿Yo?

«Sí, por eso Judith me llamó. Pensó que si yo salía a "buscar gerios" tú me seguirías. Acertó.»

—¿Qué dices, mujer? —Me salió espontáneamente. Una vez pronunciada la palabra dudé de que fuese cierta. ¿Era mujer o gerio? Para mí estaba claro, no se había tratado de un error. Sentía que era una mujer.

«Judith y yo habíamos hablado mucho de ti. Y ella conoce a la gente. No se equivoca. Te leyó como un libro abierto. Has venido.»

Ahora, encima, me sentía manipulado, y de qué forma. Una manipulación ejecutada con todo el descaro del mundo. Y no manipulado por ella, sino por una amiga suya, de la cual había oído hablar, sí, pero de la que no sabía prácticamente nada. Bien, nada, excepto que era un gerio más (a Judith no la había visto en ningún momento como mujer...). Aunque era un gerio, por otra parte, en todo idéntico a la persona que tenía delante.

Me sentí incómodo, inquieto e inseguro. Experimentaba emociones contradictorias. La amaba, pero al mismo tiempo veía el ser ridículo en que se había convertido. Un ser al que no podía amar. Se había ido y yo la había buscado. Había puesto en peligro mi vida, y ella había sido la razón última de mi loco comportamiento. Y, al final, la había encontrado, pero sin haberla encontrado

realmente. Era y no era. La amaba\no. Una sensación aberrante.

Dejando aparte mis emociones, aquel asunto era un lío. Aquel lugar, aquella luz, aquellas paredes que no eran paredes, aquellos gerios ridículos... y ahora me hablaban de una transformación que se realizaba con una máquina que querían que yo estudiase. ¿Por qué yo? ¿Qué pintaba yo en todo aquello? ¿Qué podía hacer yo que los otros recién llegados no pudiesen hacer igual? ¿Qué era aquella máquina? ¿Es que yo era el único ingeniero que había salido a «buscar gerios»? ¿Tan pocos locos hay entre los ingenieros? No me constaba.

No comprendía nada. Nada de todo aquello parecía razonable.

Aquella conversación, la primera, fue muy larga. He de reconocer que ella se explicaba bien pero, sobre todo al principio, con mi inquietud, mis interrupciones y mi impaciencia, yo no ayudaba en nada. No la dejaba hablar.

Pero, poco a poco, la molestia desapareció. Creo que al final incluso le cogí la mano. Pero no la abracé. ¡Puedo jurarlo: no nos abrazamos! Pero aquí entraríamos en terrenos íntimos y no voy a descender a ello.

También hay cosas que averigüé después y que ella no me dijo esa primera vez, aunque más tarde no tuvo más remedio que contármelas. ¡Estaba obligada a ello, si querían mi ayuda!

Era rebuscado y complejo, pero prácticamente todo tenía una explicación. Loca, pero la tenía.

Aunque hoy en día sigo sin saber si la decisión que tomé fue la más acertada...

La Ciudad de las Almas Perdidas estaba destinada a convertirse en el mayor generador energético creado por la humanidad. Eso ocurriría al cabo de unos mil años, cuando estuviera terminada. Por el momento, y mientras proseguía la construcción, era una residencia para los que no podían o no querían seguir el ritmo de los asuntos humanos. Los que se retiraban pero, a pesar de todo, no deseaban abandonar la fiesta sin saber cómo acababa.

Había sido producto de la casualidad y de la suerte. Nadie creía que pudiese existir un agujero negro tan grande en una zona tan desprovista de materia. ¿Cómo se había formado cuando no había materia? Si no se había formado en esa zona, ¿cómo había llegado hasta allí? Eran, por el momento, preguntas sin respuesta, pero a los más decididos no les importó demasiado. Después de todo, la oportunidad que se les ofrecía era demasiado buena para desecharla por dudas filosóficas y resquemores metafísicos.

La construcción del generador llevaría siglos, pero tampoco importaba. La humanidad se había acostumbrado a lanzar al lejano futuro sus expectativas, como si fuesen botellas con mensajes que ella misma pudiera leer más adelante sin problema. Ningún grupo humano estaba ya atado a un planeta a menos que así lo deseara,

ningún humano tenía que morir a menos que así lo deseara, ningún grupo humano estaba ya, en suma, sujeto a las limitaciones de la biología a menos que así lo deseara.

Sin embargo, el espíritu no había desaparecido. Los individuos seguían actuando y apresurándose como si la muerte fuese un asunto de días, y no de milenios. Pero al menos, habían aprendido a engañar al tedio. Alguien trabajaba durante veinte o treinta años en un proyecto como aquél, y luego partía en busca de un nuevo desafío. Pasado un tiempo, quizá mucho tiempo después, regresaba de nuevo y realizaba tal vez Otra aportación, eso sí, tras haberse puesto al día, porque el progreso no se detenía a esperar.

A nadie importaba tampoco que el generador no tuviese por el momento ninguna utilidad práctica, y que nadie necesitase, por ahora, las ingentes cantidades de energía que podría llegar a producir. Era, simplemente, un proyecto a escala de la ilimitada ambición humana. Un proyecto estimulante y que satisfacía.

El fundamento surgía de un experimento mental de muchos siglos atrás. Lo llamaban la técnica de Penrose.

La caída de un objeto en un agujero negro provoca un cambio en la masa, la carga y el momento angular del agujero. Hasta ahí no ocurre nada especial. Pero si el objeto llega a acercarse al horizonte de sucesos y se divide en dos de tal forma que una parte cae al interior del agujero y la otra escapa lejos de su alcance, el fragmento que escapa puede hacerlo con una energía cinética que supera la energía total del objeto original, es decir, a efectos prácticos se ha extraído energía del agujero negro.

El agujero negro se habrá convertido en un generador energético.

El proceso era en realidad más complejo. Requería tener en cuenta la ergoesfera del agujero negro, una zona comprendida entre el horizonte de sucesos y el límite estático a partir del cual sólo es posible orbitar el agujero en la misma dirección de su rotación.

Si el objeto inyectado en el agujero negro no tiene carga, la clave del proceso está en cambiar la órbita del objeto cuando éste se encuentre en la ergoesfera. Si el objeto inyectado tiene carga eléctrica, la presencia de las fuerzas electromagnéticas altera la región donde existen órbitas con energía negativa. En el caso particular de un objeto con carga eléctrica de signo contrario a la del agujero negro, el proceso podía realizarse sin necesidad de pasar del límite estático.

Qué método usarían al final dependía todavía de muchos factores. Navegar cerca de un agujero negro requería complejos cálculos, porque las órbitas se manifestaban caprichosas y adoptaban extrañas complejidades. El peligro mayor era inyectar una masa demasiado grande, lo que produciría una fuerte radiación gravitatoria que malograría todo el proceso.

Por otra parte, ¿de dónde sacarían la materia para inyectarla en el agujero negro?

Nadie lo sabía muy bien, y a nadie importaba demasiado. Asumían que, al cabo de tal vez dos mil años, existiría una floreciente colonia humana, quizá de un billón de individuos, en las vecindades del agujero negro. Ya buscarían entonces la materia, quizá arrastrando hasta allí una estrella del tipo enana marrón que pudiera fraccionarse con facilidad, o algún otro objeto similar.

Por ahora, todas esas cábalas quedaban para el futuro y realmente nadie podía asegurar que el generador llegara a funcionar como tal. O que, cuando estuviese listo, la humanidad no tuviera ya formas mejores de producir energía. Por el momento, la Ciudad de las Almas Perdidas era una pirámide más, un proyecto interesante en el que ocupar el tiempo mientras se aguardaba a que el Nilo regresase a su cauce.

Los seres informáticos y las nanopersonas llegaban hasta allí, tras haber oído hablar del proyecto y sentirse lo suficientemente interesados, usando la red de agujeros de gusanos. Los seres de carne y hueso lo tenían más difícil, y debían generar y mantener una vía Alcubierre que permitiese a una nave viajar por ella, mientras la deformación del espacio la movía, desde el punto de vista del mundo exterior, a velocidades aparentes superiores a las de la luz. Las cantidades de materia exótica requeridas para esas vías eran mucho mayores que en el caso de los pequeños agujeros de la urdimbre y no todas las comunidades humanas podían generarlas.

Los menos afortunados estaban obligados a viajar en veleros impulsados por láseres, normalmente producidos a partir de inversiones de población en una estrella, o navegando en naves antorcha. No importaba el tiempo que tardaran en llegar: el agujero negro seguiría allí cuando llegasen.

Otros se acercaban al proyecto por razones muy diferentes. La Ciudad les ofrecía la oportunidad de huir, de olvidar, de escapar, de dar un salto en el tiempo, de alejarse sin perder por completo el contacto. Les brindaba la oportunidad de meditar o reflexionar. O desaparecer, si a eso aspiraban.

Por una combinación de esas razones, Tawa había acudido a la Ciudad.

El concepto era bien simple. A medida que un observador se acercaba al agujero negro, el tiempo iba ralentizándose. Él no notaría nada pero, desde el punto de vista de observadores externos, se movería cada vez más despacio. El efecto podía controlarse acercándose arbitrariamente a la superficie del horizonte de sucesos sin llegar a atravesarla. Cuanto más cerca se estaba de esa superficie, más pronunciada era la dilatación temporal.

Era difícil ejecutar esa magia. Sólo ciertas órbitas eran estables y la navegación por las zonas de deriva gravitatoria resultaba muy compleja. Había que contar con la presencia siempre ominosa de un fallo, y con el hecho posible de que los múltiples controles automáticos no pudiesen rectificar una órbita a tiempo para impedir un siniestro.

A veces ocurría. Un error, y el sujeto, encerrado en su diminuta cápsula, con los

mínimos elementos para mantener su personalidad, se precipitaba hacia el horizonte de sucesos sin posibilidad de retorno, atrapado para siempre. La luz emitida por el desafortunado colapasanauta se desplazaría más y más hacia el rojo, hasta oscurecerse por completo y desaparecer.

Nadie sabía que sucedía después. Un antiguo teorema ya demostraba que los agujeros negros guardaban celosamente sus secretos. De lo que pasara más allá del horizonte de sucesos nada se sabía ni nada podía saberse. Excepto la masa, la carga y el momento angular. Toda otra información que atravesara el horizonte de sucesos hacia el interior desaparecía definitivamente del universo.

Para muchos, eso era intolerable, una paradoja que ponía en duda muchos fundamentos de la realidad. Para otros, la solución era bien fácil. En el momento final de su larga vida, justo al evaporarse, el agujero negro emitiría un flash de radiación que contendría en él toda la información que el agujero hubiese absorbido hasta ese momento.

Para unos cuantos era un consuelo.

Para otros un sueño inútil.

A pesar del peligro, se contaban por millones los que habían decidido usar ese expeditivo método de ralentizar el tiempo. Después de todo, argumentaban, navegar en las mareas gravitatorias no era en realidad mucho más peligroso que hacerlo por el espacio.

Los que cuidaban del sistema eran antiguos habitantes de la Ciudad o seres que consideraban seriamente la posibilidad de usarla algún día y querían que se conservase en marcha. Siempre había candidatos para ocupar los puestos de control. Eran seres taciturnos y callados, que no revelaban antiguos secretos o traiciones innombrables. Algunos aspiraban a enterrar esos secretos entre las mareas gravitatorias del agujero negro.

Tawa no recordaba cuándo había llegado a la Ciudad; no tenía mayor interés en mantener la sensación de flujo temporal. El tiempo era algo que inevitablemente le pasaba, pero deseaba considerarlo sólo como un mecanismo natural para evitar que todo ocurriese a la vez. No deseaba verlo como un amo tiránico. Allí, él controlaba el tiempo. Si deseaba que transcurriera más rápido, no tenía más que solicitar que le trasladaran a una órbita más baja.

No lo hacía. Se sentía feliz encerrado en su pequeño mundo. En ocasiones se preguntaba por qué estaba allí. ¿Expiaba una culpa? ¿Huía del mundo para no causar más daño? ¿Huía del mundo para que éste no le pudiera causar más daño? Pero pronto desterraba esas elucubraciones y se concentraba en las tareas importantes.

Y no faltaban cosas que hacer.

La playa siempre estaba sucia. A su orilla llegaban incontables restos de otros tantos naufragios. Era preciso recorrerla todos los días, de arriba abajo, buscando los

restos mayores, amontonándolos para destruirlos. En ocasiones, incluso tenía que cribar la arena, buscando pequeños fragmentos de vidrio u otros materiales que pudiesen hacer daño a los bañistas.

No es que pasase mucha gente por allí.

Tawa suponía que el programa no estaba diseñado para ofrecerle compañía. ¿Lo había decidido él mismo así? No lo recordaba bien. A cierto nivel, recordaba perfectamente todo lo sucedido y sabía también quién era. Pero a otro nivel, el principal, era el cuidador de la playa que única y exclusivamente se preocupaba de mantener limpio el litoral.

Era como ser dos personas completamente diferentes. Como existir simultáneamente en dos planos, uno por encima del otro. ¿Era su proceso de curación? ¿Quién había decidido que la pena pudiese ser expiada de tal forma? ¿Prescindir de sí mismo era la terapia que se había marcado? ¿Algún médico del alma había decidido que la disociación era el camino más adecuado?

No importaba. Había que cuidar la playa, limpiarla y acicalarla. No se sabía cuándo podía llegar alguien.

El paisaje que le rodeaba no le ofrecía muchas pistas. No parecía haber sensación de tiempo. No existían las estaciones, el sol siempre salía por el mismo sitio y se ponía también por el mismo punto, sin inclinación alguna con respecto a su órbita fija. Incluso las olas eran siempre iguales, con la misma fuerza y la misma altura. Una repetición inexorable. Ignoraba lo que había más allá de los límites de la playa; nunca se había molestado en explorar.

Sentía desgana. ¿Aburrimiento?

Un día se produjo un cambio.

Una lanza de luz atravesó el cielo y llegó hasta él, rompiendo nubes y aire a su paso, trastocando las olas y encabritando el mar. Sintió como si ardiese toda su piel, como si hirviese su sangre y saltara finalmente convertida en vapor para mezclarse con el aire y la sal, para elevarse hasta el cielo alejándose de él, dejándole convertido en un muñeco roto tirado sobre la playa.

Luego la luz desapareció.

Recordaba el dolor, pero ya no lo sentía. Seguía en el mismo sitio, con los pies hundidos en la arena de esa playa eternamente sucia y eternamente limpia, mirándose desconcertado las manos.

Era un mensaje, sí.

Los que controlaban la Ciudad podían emitir un pulso hacia el interior, un pulso que iba corriéndose a longitudes de onda cada vez más cortas, hasta llegar al individuo deseado. De la misma forma, un individuo concreto podía también emitir un pulso, un mensaje que se transformaría a longitudes más largas hasta llegar a los administradores. Tawa imaginaba que eso convertía, para todos, el agujero en una

inmensa región de torres de luz que subían y bajaban trayendo y llevando sueños y esperanzas.

El mensaje era de Isara.

El cuidador de la playa no recordaba a Isara, pero el Tawa superior sí lo hacía, y éste no estaba seguro de querer conocer el mensaje. ¿Desvelar el mensaje implicaría volver a abrir la herida?

Aunque también podría ser una oportunidad. Y había tan pocas en esa playa...

Por primera vez sintió curiosidad y consultó el tiempo que llevaba allí. Se asombró al comprobar que en la galaxia habían transcurrido más de 200 años. ¿Habría conseguido ya lo que había ido a hacer allí? ¿Importaba eso? Si en doscientos años de ausencia no se había producido la curación o la expiación, quizá no estuviese siguiendo el camino más adecuado.

Abrió el mensaje.

Era una réplica.

Isara se encontraba ante él, con los pies también hundidos en la arena, mirándole fijamente.

—Hola, Tawa —le saludó.

La voz, la primera en esa playa robinsoniana, era idéntica a la que, de repente, recordaba. No era ella, no era más que una réplica, pero sintió el impulso de abrazarla. Hasta ese momento, hasta que la vio, no había sabido lo mucho que la echaba de menos. Alargó una mano, pero la retiró inmediatamente al recordar que no podría tocarla. Un mensaje. Sólo comunicación. Mejor hablar, pensó.

—Hola —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

Así era, efectivamente. No tenía ni idea de cuánto tiempo subjetivo había pasado para él, pero el universo había seguido avanzando ajeno por completo al hecho de que Tawa no estuviese presente para ser testimonio de lo que allí sucedía. El universo siempre prescindía de los individuos. Quizá había llegado la hora de salir.

Y sintió calma y tranquilidad. Habrían pasado muchas cosas y ya nada sería exactamente igual.

—¿Qué hay de los saurios? —preguntó llevado por un impulso.

—Oh, muy bien. El programa de recuperación avanza con celeridad y ya han reconstruido una pequeña parte de su cultura. Eso sí, en esta ocasión aceptan sin problemas la existencia de los humanos.

Tawa no pudo evitar bajar la cabeza.

—Tuvimos que exterminarlos a casi todos para que aceptasen a los humanos. Un genocidio. Un genocidio interesado.

Levantó la vista y miró cara a cara a la réplica. Estaba allí sin moverse, impasible, aguardando. Isara era muy lista y había programado esa réplica para que no siguiera con aquella conversación. Informarle de la situación actual de los saurios, sí, pero



nada más. Y menos aún darle razones para pudiera compadecerse de sí mismo.

Porque eso había comprendido. Se compadecía de sí mismo. Un sentimiento inútil y destructor. No es que no fuera el responsable del casi genocidio, que lo era, y mucho, pero lo sucedido ya no tenía remedio. Debería aprender a vivir con esa pena. Y con el peso de la culpa. Pero no debía dejar que tal cosa le paralizara. Ya llevaba doscientos años congelado.

Mejor sería permitir que la réplica entregara su mensaje.

—Dime, ¿qué deseas, por qué has venido? —No se atrevió a pronunciar el nombre de la mujer: Isara, Isara, Isara.

El rostro se iluminó. Isara había estado alegre cuando lo programó. Debían de ser buenas noticias, o algo que Isara pensaba que Tawa recibiría como buenas noticias. En todo caso, era algo casi evidente. No le habría molestado en caso contrario.

—He encontrado algo que podría llevarnos a otra civilización extraterrestre —dijo la réplica—. Unos restos en un planeta abandonado.

Tawa sintió la decepción.

—Hay restos en varios planetas abandonados —señaló—. No es nada nuevo. Ninguna de esas civilizaciones alcanzó un nivel tecnológico avanzado.

—No, no —dijo la réplica—. Esto es diferente. El nivel tecnológico era más alto de lo habitual, pero lo importante es que hay informes que hablan de posibles alienígenas con vida.

—Eso es imposible —dijo Tawa. Sintió un estremecimiento.

—Los informes no son de fiar. Básicamente son relatos de los primeros exploradores y colonos del planeta. Se trata de un mundo, Geria, con una climatología extremadamente compleja. —Se detuvo—. Podría haber algo, o podría no ser nada —concluyó.

Tawa meditó durante unos segundos. No parecía una base muy firme para actuar, pero sí lo suficiente para empezar a moverse. Ya llevaba allí demasiado tiempo.

—Déjame examinar los datos.

La réplica envió el pulso de información a la cápsula de Tawa. Antes de que éste pudiese iniciar el examen, dijo:

—Yo voy a ir. ¿Me acompañas?

## XXIII

# La transformación

Seré breve, porque no tiene mayor sentido que aquí reproduzca el largo camino de explicaciones y conversaciones que mantuvimos. También hablé con Judith y otros gerios. Y yo mismo averigüé no pocas cosas, algo de lo que me enorgullezco.

Aquel lugar había existido desde tiempos inmemoriales. Por lo que sabían los gerios, incluso antes del inicio de la colonia de Geria. Había servido siempre para la recuperación de los buscadores que se atrevían a salir al exterior durante un cambio de estación.

Unos buscadores que, muy pronto, se convertían en gerios.

No les quedaba más remedio. Allí los humanos sólo podían sobrevivir dos o tres días. No había agua ni alimentos y, además, el oxígeno iba desapareciendo gradualmente hasta faltar del todo.

Tampoco era posible salir de nuevo al exterior. Las tempestades del cambio de estación de Geria eran letales, como habíamos experimentado todos. También yo.

Imaginaba que sería posible llegar al final del cambio de estación, salir al exterior y, tal vez, volver a la colonia, aunque la verdad era que nadie lo había hecho. Los cambios de estación eran demasiado aleatorios en su duración para arriesgarse a una muerte segura por inanición y falta de oxígeno.

A los buscadores se les decía que la mejor oportunidad de sobrevivir era convertirse en gerios. Los gerios podían prescindir del agua, del alimento e incluso del oxígeno. Y vivían. Eso seguro.

De hecho, nadie esperaba los dos o tres días que el cuerpo humano parecía poder resistir en esas condiciones. Prácticamente, todos los que salían para enfrentarse a las tempestades eran devotos de la religión de Geria. Nada podía parecerles más interesante que aquello que se les proponía: convertirse ellos mismos en gerios.

Todos los hacían. Casi todos se transformaban el primer día. Era lo que los buscadores deseaban en realidad, aquello por lo que habían arriesgado sus vidas. Todos aceptaban, y muy felices, la transformación.

El proceso se realizaba en una máquina que, como descubrí después, era completamente diferente a cualquier otro ingenio que hubiese visto antes. Todos la llamaban «la máquina», aunque no lo pareciera. Eso sí, era un prodigio de eficacia.

La máquina era en concreto uno de los elipsoides. Poseía las habituales cavidades en el suelo. Es más, según me dijeron, en cada cambio de estación se formaban en el suelo exactamente tantas cavidades como humanos hubiesen sobrevivido.

Cuando ella me lo contó, ya en la primera conversación, recordé que en la sala de recepción había también ocho cavidades justas. Ni una más ni una menos. Precisamente, el número de los que habían sobrevivido a aquel cambio de estación. La lógica me decía que el número de buscadores salvados no tenía por qué ser siempre el mismo. ¿Quién se encargaba de producir tantas cavidades como buscadores salvados? Me dijeron que no lo sabían, que simplemente sucedía.

En la sala de transformación también había otras cosas que nadie sabía explicar. Relieves extraños que nunca habían encontrado en los otros elipsoides, algo distinto. La llamaban «la máquina» precisamente por lo que hacía. Era eso lo que querían que estudiase, lo que Judith había pretendido al «llamarme». Querían una especie de ingeniero que supiese algo de soporte vital, decían. ¡Ingenuos! ¿Qué tenía que ver aquello con el soporte vital? ¿Qué imaginaban que iba a descubrir? ¿Yo? ¿Por qué yo? Estaban locos. No podía olvidar que se trataba de los mismos buscadores que habían estado tan locos como para arriesgar, y de hecho perder, la vida. Una vida que, irónicamente, aquella misteriosa máquina les había devuelto. Aunque, desde luego, algo cambiada...

El funcionamiento de la transformación, completamente automático, era muy sencillo. El sujeto se tendía en una de las cavidades del suelo de la máquina y, pasado un rato, se formaba una especie de capullo, posiblemente del mismo material o del mismo campo de fuerza que formaba las paredes. En su interior se producía una transformación completa, incomprensible pero efectiva. Pocas horas después, el capullo se disolvía, y el nuevo gerio se levantaba satisfecho. Inmediatamente después, casi sin solución de continuidad, la cavidad desaparecía, el suelo se volvía de nuevo uniforme y no quedaba ni rastro de lo sucedido.

Ella misma me dijo que, mientras se encontraba dentro del capullo, no había notado nada. Absolutamente nada. Había sido algo visto y no visto. Un momento y nada más. Al salir, aunque su cuerpo había cambiado por completo, había sentido el cuerpo gerio tan suyo como el cuerpo humano que había tenido antes. Sin ninguna diferencia.

Evidentemente era la misma persona. La misma psicología, la misma personalidad. Todos los gerios describían exactamente la misma experiencia: ningún cambio perceptible. Salían con un cuerpo diferente, nada más.

La misma idea de que tal transformación fuese posible me parecía una completa locura. ¡Sólo unas horas para cambiar por completo a un ser humano! Imposible. Y manteniendo del todo intacta la personalidad del buscador original. ¡Absurdo!

Ante tales situaciones siempre intento calcular. Tengo un cierto vicio por los números. Tal vez se trate de una excentricidad de ingeniero. No lo sé. Pero si sé, por ejemplo, lo que tardan los filtros nanotecnológicos, mucho más simples, en desmontar unas cuantas moléculas nocivas en los sistemas de soporte vital de la

colonia. Y un cuerpo humano no son unas cuantas moléculas. El cuerpo humano tiene  $10^{28}$  átomos. Una bestialidad: un 1 seguido de 28 ceros. No era broma. Y, en cuestión de horas, todos esos átomos se reorganizaban para producir un gerio. Imposible.

Soy un escéptico: me negué a transformarme. Más tarde hablaré de eso. Pero sí quise contemplar cómo se realizaba la transformación.

Al segundo día, todos los que habían salido en ese cambio de estación ya se habían transformado en gerios. Yo no. Por suerte, no era necesario que me preocupara por la supervivencia. Yo no era como los demás. Mis cuerpo estaba reforzado por la nanotecnología con la que me había preparado antes de salir. Mis nanobombas de oxígeno y los sistemas nanotecnológicos de almacenamiento de aminoácidos me aseguraban la supervivencia durante unos cuantos días. Incluso sin agua: nanomáquinas depuradoras la fabricaban en el interior de mi cuerpo. Lo había comprobado antes de la salida. Disponía de algunos días de margen. No tenía prisa alguna por transformarme. De hecho, ni siquiera tenía claro si llegaría hacerlo. Tal vez no, incluso aunque ella ya se hubiera convertido en gerio, una opción que era completamente irreversible.

Sea como fuere, presencié todas las transformaciones. Mis siete desconocidos compañeros de salida lo hicieron en tres etapas, a medida que los convencían para que se transformasen.

Me instalé en la máquina, en la sala de transformación, como me gustaba decir a mi, y vi cómo se realizaba el fenómeno. Fue un poco incómodo estar allí durante horas. No había sillas. Al parecer, los gerios no precisaban sentarse.

Pese a ello me quedé allí, y aguanté todo el proceso. Lo que hizo falta. Y no sólo una vez, sino tres.

Sin embargo, no vi nada. Nada de nada.

El capullo se formaba muy rápido, a los pocos minutos. Primero era una especie de sombra, después un capullo casi transparente, enseguida translúcido. Finalmente opaco del todo. Adiós a la observación experimental.

Dos o tres horas así y el capullo ejecutaba la misma secuencia a la inversa: la opacidad devenía translúcida, después casi transparencia, una sombra ligera y ya teníamos al nuevo gerio.

En la segunda ocasión, mientras aguardaba frente a los capullos opacos, elucubraba. Imaginaba a mis nanomáquinas ejecutando un trabajo similar y me reía de mí mismo. Era imposible. No había forma. ¿Cómo podía ser? ¿De dónde venían las órdenes? ¿Tan rápido? Recordaba el número de átomos que forman un cuerpo humano y me preguntaba cuántas nanomáquinas harían falta para ejecutar aquella hazaña en tan pocas horas. ¿De dónde salían? ¿Quién sería capaz de fabricarlas? Imposible.

Sabía que, de hecho, los átomos de nuestro cuerpo no son siempre los mismos.

Creo recordar que los cálculos indican que, en menos de diez años cambian, por completo. Físicamente somos completamente diferentes de lo que éramos diez años antes. Átomos distintos. Y, a pesar de todo, mantenemos la misma conciencia, hay una continuidad de la personalidad.

Quizá por eso, aunque pueda parecer extraño, el hecho de que la personalidad se conservase en el paso de buscador a gerio no me preocupaba demasiado. Eso mismo nos sucede a todos. Sin ser conscientes de ello, a los cuarenta años somos, desde el punto de vista atómico, diferentes de lo que éramos a los veinte años, pese a que conservamos la identidad personal. Físicamente, a nivel atómico, no podríamos ser más distintos, no podemos cambiar más, pero aún así hay continuidad. La personalidad es algo que ha de depender de la estructura y no de los átomos materiales en concreto. Ocurre. Seguro que ocurre. A todos nos ha ocurrido.

Tal vez, me atrevía a pensar, lo que la máquina hacía era, simplemente, acelerar esa sustitución atómica. Y, al tratarse de una máquina geria, producía un cuerpo gerio, aunque el original fuese humano. No podía negar que esa hipótesis tenía cierta lógica.

Llegué a suponer que todo aquello era una estrategia, para mí absurda, inútil e incomprensible, de hacer vivir por siempre a los gerios originales, a los de verdad. Una misteriosa continuidad de la forma física de una especie muerta. Una manera de seguir existiendo a partir de cuerpos humanos. Y también con personalidades humanas. Tal vez la religión geria tenía algún fundamento real. ¿Quién conocía a los gerios, a los originales? ¿Quién sabía de qué era capaz su tecnología? ¿Quién sabía qué les había movido a hacer algo así?

Yo no. Ni siquiera tenía forma de averiguarlo.

Los gerios transformados no sabían nada. Mis teorías no eran más que cábalas, hipótesis absurdas para explicar algo que no entendíamos y que se nos hacía extraño. Tal vez una explicación religiosa más de fenómenos incomprensibles.

Como ingeniero, lo que me preocupaba de verdad era la velocidad del cambio, el resultado final. La simple posibilidad de cambiar tan deprisa todos los átomos de un cuerpo.  $10^{25}$  no es un número pequeño.

Si no era magia, era una tecnología imposible.

Y, desde luego, tenía que ser un proceso tecnológico. La naturaleza no hace esas cosas por sí sola. Las orugas devienen mariposas, pero no a la velocidad a la que se producía aquella transformación. Los buscadores convertidos en gerios no se equivocaban: la sala de transformación era una máquina, aunque me era del todo imposible saber de qué tipo.

Y las máquinas las diseña y fabrica alguien.

Siempre. Es algo que no falla.

¿Quién?

Otra pregunta más sin respuesta. Los gerios que conocía no eran capaces de

decirlo. No lo sabían.

Al margen de su funcionamiento, la existencia de la transformación planteaba nuevos problemas, es cierto, pero hacía comprensible lo que sucedía con los buscadores y los gerios. Entender el funcionamiento de la transformación y su origen era, pensaba yo, un problema básicamente tecnológico. Aunque no imaginara siquiera la lógica y el motivo de todo aquello.

Y había problemas de lógica, sin duda. No es que me guste buscar tres pies al gato, pero... Con independencia de cómo pudiese funcionar una máquina como aquella, de cómo pudiese existir aquel lugar, de quién lo hubiese fabricado y por qué razón lo hubiera hecho, desde el primer momento me atosigaba un «pequeño» detalle. No era el más importante, ni mucho menos, pero me preocupaba.

¿Cómo había empezado todo?

¿De dónde había salido el primero gerio transformado que había salvado a los primeros humanos transformados? Porque un humano solo, sin ayuda, no podía sobrevivir a las tempestades del cambio de estación de Geria. Eso lo sabía seguro. La pregunta era sencilla: ¿quién había sido el primero de los salvadores de buscadores?

El problema del huevo y la gallina.

Cuando se lo pregunté, ella no me supo contestar. Pero posteriormente, uno de los gerios me sugirió que tal vez, el primer salvador de buscadores había sido un gerio de verdad, uno de los originales. El último de su especie.

La gallina. La de los huevos de oro...

Puede que sí, pero ¿dónde estaba este protogerio? ¿Por qué lo había hecho? ¿Estaba vivo o muerto? ¿Dónde? ¿Por qué existían todas aquellas cosas? ¿Existía alguna relación con la religión de Geria?

Demasiadas preguntas. Y muy pocas respuestas.

No obstante, el problema más inmediato no era aquél. Ni mucho menos. Era otro muy distinto: el que había llevado a Judith a desencadenar la serie de acontecimientos que me habían llevado hasta allí. Judith creía que yo, ingeniero nanotecnológico de soporte vital, podría ayudarles a resolver aquella dificultad. ¡Qué locura!

El problema más importante, el que les preocupaba de verdad, era que los cuerpos gerios que salían de la máquina tenían fecha de caducidad.

En menos de diez días, esos cuerpos gerios degeneraban y morían.

—Ahí está. El planeta Geria —dijo Isara.

Era un mundo estéril y vacío. Había sido colonizado por los humanos, pero la colonia había sido breve y, con el tiempo, había sido abandonada. Las grandes tormentas que asolaban el planeta, destructoras y temibles, eran demasiado duras y exigentes. Con el tiempo, unos pocos centenares de años, los colonos habían encontrado intolerable esa situación y se habían marchado. La civilización humana

ofrecía otras posibilidades.

Nadie más había vuelto a ocuparse de Geria. La historia del planeta, la leyenda de antiguos pobladores autóctonos, había caído en el olvido. Seguía ahí, en los registros de la humanidad, pero nadie la había considerado interesante hasta que Isara la encontró.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tawa—. ¿Por dónde empezamos?

Los dos flotaban a gran altura, intentando abarcar la mayor superficie del planeta sin alejarse demasiado. Todo el paisaje era igual, un desierto inhóspito. Según los registros, debían encontrarse en la época que los antiguos colonos llamaban estación Muerta, aquella en que la superficie del planeta quedaba completamente arrasada.

—No lo sé —dijo Isara—. Quizá deberíamos explorar primero las colonias y descubrir lo que pueda haber quedado.

—Han pasado más de mil años. ¿Qué puede quedar? —preguntó Tawa.

—No lo sé —repitió Isara—. Algo encontraremos.

Establecieron la base en un pequeño asteroide lejano. El planeta, al contrario que el sistema órfico, no disponía de ninguna luna de gran tamaño. Pero el asteroide sería más que suficiente. Desde él, podrían observar el planeta, planear descensos y descubrir lo que estuviera a su alcance. Sería una labor eminentemente arqueológica, pero por algún sitio debían empezar.

El asteroide también serviría de centro de comunicación. Sus actos serían grabados y retransmitidos a los núcleos humanos. Si aparecía algo realmente interesante, quizá eso animase a otros a venir. La exploración preliminar de la colonia humana no reveló nada. Los pocos elementos que quedaban no añadían mucho a lo que ya sabían por los viejos informes. Resultaban sorprendentes las referencias a antiguos alienígenas y a una extraña religión basada en ellos, pero nada más. El ordenador del asteroide activó los ordenadores de los distintos enclaves de la colonia y copió todos los registros disponibles, pero no encontró nada que no conocieran ya.

Días después, el ordenador les mostró el resultado de una nueva síntesis de datos.

—¿Qué es? —preguntó Tawa mirando la imagen.

Se trataba de una serie de elipsoides enterrados a gran profundidad cerca del enclave de la primitiva colonia de Geria. Una especie de tubo parecía conectarlos con la superficie.

—Son campos de fuerza—dijo Isara—. Estructuras enterradas bajo la superficie.

Tawa repasó los hechos.

—Entonces, no es humana —dijo al fin.

—En efecto —confirmó Isara—. La tecnología humana de la época no podía crear campos así. Y según la información disponible, parece que tampoco podían detectarlos. Por eso no aparecen en los registros de la época.

Las implicaciones estaban claras. Habían tenido éxito.

—Alienígenas —dijo Tawa.

Isara guardó unos segundos de silencio.

—Podría ser —asintió—. Ciertamente no es humano, aunque tampoco conocemos todas las actividades de esa época.

Tawa se estaba impacientando. No había necesidad de ser tan cautos.

—Sea lo que fuere, es lo único nuevo que hemos descubierto desde que estamos aquí. Vamos a explorar. Ya es hora.

No les fue difícil entrar. Evidentemente, la estructura no había sido diseñada para impedir el paso, sino como refugio libre. Algunas zonas del campo de fuerzas eran muy débiles y permitían ser atravesadas.

—Son como puertas —dijo Tawa—. Todo el campo parece continuo, pero es una ilusión en las longitudes de onda ópticas. En otras longitudes de onda se aprecian las aberturas con toda claridad.

Recorrían pasillos que unían salas elipsoidales. El suelo no emitía ningún sonido y las paredes parecían extremadamente uniformes.

—Eso concuerda —dijo Isara—. Las paredes emiten una luz ligeramente desplazada hacia el ultravioleta. Aquí un humano normal podría ver, pero no distinguiría las puertas. Es alienígena.

Todo era similar. No había sentido de dirección ni de orden, ningún elemento que orientase una conciencia humana. Todo era demasiado similar. Las formas redondeadas resultaban casi inhumanas, y la arquitectura elipsoidal aún más.

—¿Encuentras algún patrón? —preguntó Tawa.

Isara se concentró en los datos que le llegaban desde el ordenador.

—Hay una especie de distribución en espiral respecto de una cámara central.

—Bien —dijo Tawa—. Ya sabemos adonde ir.

El recorrido fue lento. Si bien en ciertos lugares alguna de las habitaciones elipsoidales permitía el paso a dos o más estancias, en general era preciso recorrerlas en secuencia. Quizá había otra forma de trasladarse, pero no fueron capaces de encontrarla.

Por fin llegaron. Se trataba de otra sala también elipsoidal, pero más reducida, no tan espaciosa como las anteriores. Era también la única que parecía tener elementos en las paredes. Curvas caprichosas revoloteaban por el escenario llenando febriles la estancia.

—Bien, debe de ser importante. Nadie se molesta en decorar así un lugar que carece de interés.

Isara observaba atentamente las mismas formas curvas.

—¿Cómo sabes que son adornos? —dijo al cabo de un rato—. Podrían ser controles.



Pero Tawa no la escuchaba. Había visto algo en el centro de la habitación. Era un cubo sostenido sobre un pequeño pedestal que casi no sobresalía.

—Es un holocubo humano —dijo Tawa—. Entonces este sitio...

Isara lo interrumpió.

—No tan deprisa. Eso sólo significa que un humano de la época pudo llegar hasta aquí. Podría haber muchas explicaciones. Será mejor examinarlo.

Tawa lo cogió entre las manos y se lo llevó hasta el pecho. Casi con ansiedad, una sección menor de su cuerpo se separó y absorbió el cubo. Sistemas automáticos establecieron una conexión con el ordenador del asteroide y procedieron a su análisis.

—Ya está. Lo ha descifrado. Es fácil ver el código. Está hecho para ser leído y no contiene ninguna encriptación. Un formato normal de la época.

—¿Qué es?

—Un relato. Parece una especie de diario. Se remonta a la ocupación humana del planeta—

—Leámoslo.

## XXV

# La máquina

Todo un problema.

Una máquina que parecía de lo más eficiente, pero cuyo resultado no era duradero.

Por supuesto, existía una solución bien fácil, aunque tan molesta que a nadie agradaba.

Sin embargo era una solución operativa. Todos habían utilizado en múltiples ocasiones ese procedimiento. Demasiadas veces. Y empezaban a estar hartos.

Por esa razón nos había llamado Judith, haciéndola venir primero a ella. No sé por qué, pero Judith creía que yo sería capaz de resolver aquel problema. Había convencido a los otros gerios de que yo era la única posibilidad. Un ingeniero que trabajaba con las cosas de la vida: soporte vital, nanomáquinas de uso médico, y todo lo demás. Ella debía de haberle hablado a Judith de mi trabajo y ésta se había imaginado lo que no era. Yo no podía ayudarles en nada. Aquella tecnología me sobrepasaba y, de hecho, sobrepasaba cualquier cosa que la humanidad pudiese hacer. Sobrepasaba a todo lo que la humanidad descubriría tal vez en unos cuantos millares de años. De eso no me cabía ninguna duda.

La solución, sin embargo, era sencilla. Cuando un cuerpo gerio empezaba a perder cualidades y a degenerar, la máquina lo sabía de alguna forma ignota.

Aparecían las cavidades, tantas como fuesen necesarias, y no se precisaba más que perder dos o tres horas dentro del capullo para que la máquina recrease un nuevo cuerpo gerio. Un cuerpo que, evidentemente, era idéntico al anterior, completamente igual a todos los otros gerios. Eso sí, la personalidad humana, la individualidad de la persona, continuaba manteniéndose.

Funcionaba bien. Se trataba tan solo de una pequeña incomodidad, cuestión de pasar unas horas, cada nueve o diez días, tendidos en la máquina para permitir que la misteriosa tecnología de los gerios originales repitiese el mismo milagro. Evidentemente, nada de eso se les decía a los humanos recién llegados. Primero se esperaba a que se transformasen. Aunque estoy razonablemente seguro de que esa revelación no hubiese cambiado nada: los buscadores soñaban con convertirse en gerios. Se hubieran transformado igualmente aunque hubieran sabido que el cuerpo gerio era provisional. Estaba seguro.

Tampoco quisieron contarme a mí lo de la provisionalidad de los cuerpos gerios. No hasta haber pasado la transformación. No obstante, pronto comprendieron que yo

no me transformaría así como así. Tal vez esperaban que, cuando tuviese hambre o sed o me faltase casi completamente el oxígeno, aceptaría la transformación para sobrevivir. Pero al ver que sobrevivía y, claro, cuando les hube hablado del equipamiento nanotecnológico de mi cuerpo, acabaron cediendo.

Creo que fue la misma Judith quien me lo explicó al tercer o cuarto día. No lo recuerdo con certeza, aunque tampoco importa demasiado. Quien fuese también me explicó cómo habían solucionado el problema de la caducidad de los cuerpos gerios hasta entonces. También me dijo que a muchos les molestaba someterse periódicamente a lo que llamaban, de forma muy grandilocuente, «la renovada purificación» de los cuerpos.

Pienso que aquel gerio (¿Judith?) hablaba por sí mismo y muy pocos más. La verdad es que, llevados por su locura religiosa, estaba seguro de que la mayoría lo consideraba un rito más (en realidad, prácticamente el único) de la religión geria y de su nueva condición de ex humanos.

De entrada, debo admitir que su esperanza era absurda. Una cosa es que yo fuera capaz de diseñar nanomáquinas o que fuera medianamente experto en soporte vital (humano), y otra muy distinta que pudiera llegar a comprender el funcionamiento de aquella máquina. Y mucho menos que estuviera a mi alcance descubrir por qué funcionaba mal y fabricaba cuerpos defectuosos.

Les dije que estaban locos. No había ninguna posibilidad de que pudiese resolver ese o cualquier otro problema relacionado con los gerios.

Me equivocaba.

No lo resolví solo, pero finalmente lo conseguí.

He de reconocer que no lo hice por los gerios.

Bien mirado, no tenía otra ocupación. Creo que empecé a interesarme por el problema por pura curiosidad intelectual. De hecho, todo Geria representaba un gran misterio con sus cambios de estación. La máquina en sí no era más espectacular que las transformaciones que sucedían en el planeta tres veces al año. Además, ambos misterios podrían muy bien ser fruto de la misma tecnología.

La sala de transformación era tan inescrutable como me había parecido. Nada de aquellos relieves me era significativo. Las cavidades, cuando no se preparaba ninguna transformación, simplemente no estaban. El suelo era regular, con excepción de unos pequeños y tal vez insignificantes relieves.

Pero los buscadores transformados en gerios parecían creer con total convicción que allí había algo especial, algo que podría explicarlo todo.

Me dijeron que algunos gerios, los más antiguos, así se lo habían dicho: que aquella máquina era la clave de todo. Pero cuando quise hablar precisamente con esos gerios con tantos años y que habían soportado tantas «purificaciones», me dijeron que ya no estaban. Me dijeron que un buen día, los gerios, de uno en uno y sin saber

cuándo les tocaba, simplemente no estaban al abrirse el capullo de la purificación. Desaparecían.

¿La muerte?

Esas desapariciones se producían muy tarde, tal vez unos doscientos o trescientos años después de la primera transformación. La vida de los gerios era larga, mucho más que la vida de un ser humano.

Curiosamente, nadie suponía que las desapariciones de los gerios se debiesen al mal funcionamiento de la máquina. Lo consideraban como una culminación natural que, posiblemente, tenía alguna explicación religiosa.

En cualquier caso, he de dejar bien claro que no hice nada especial. No lo decidí yo.

Simplemente ocurrió. Como tantas cosas allí.

Después de permanecer un día en la sala de transformación, meditaba sobre el problema y sobre todo evitaba acercarme a la última cavidad que quedaba. La «mía». La cavidad que sólo podía estar destinada a mi transformación en gerio. No quería transformarme.

Y de pronto, se formó un capullo sobre «mi» cavidad.

Al mismo tiempo, la voz interior a la que me había acostumbrado tratando con los gerios me habló, aunque no había ningún gerio presente.

«No tengas miedo. No sucede nada especial. No hay ningún peligro. Espera, por favor.»

Lo primero que intenté fue buscar un gerio que estuviese conmigo cuando ocurriera lo que tuviera que ocurrir. No sabía qué, pero era evidente que iba a suceder algo completamente nuevo. Me dirigí a la pared para salir.

Fue en vano.

No había forma de salir de allí. La pared del elipsoide no me dejaba pasar de ninguna forma. Ahora, el campo de fuerza o lo que fuese ya no era permeable.

Yo estaba seguro de no haber hecho nada especial. No obstante, se había formado el capullo (sin cuerpo en su interior) y la máquina se convertía, como era habitual, en un recinto inviolable. No se podía entrar ni salir.

Por un momento pensé que todo había terminado. Sabía que los refuerzos nanotecnológicos de mi cuerpo tenían una duración limitada. Sabía que podía sobrevivir durante unos cuantos días, pero no estaba seguro de cuántos. Si no lograba salir de allí, moriría tarde o temprano.

«No sufras. No corres ningún peligro. Te pido que tengas un poco de paciencia. Sólo serán unas cinco horas. Paciencia. Mientras tanto, mira.»

Uno de los relieves más grandes se hundió. Se formó una cavidad pequeña y un capullo, Casi inmediatamente, el capullo desapareció. En la doble cavidad que quedó, había agua clara y transparente y algunos de los mejores frutos de Geria. Los mismos

que surgían en la estación de los Frutos, los mismos que había recogido en tantas y tantas ocasiones.

Casi al mismo tiempo advertí que podía detener la actividad de mis nanobombas de oxígeno. El aire se había vuelto respirable. La sala de transformación, la máquina, contenía oxígeno. O, más precisamente, aire. Ignoraba de dónde había salido. Como la luz blanco-azulada que ya me resultaba tan familiar, simplemente estaba allí.

Pensé que alguien quería tranquilizarme. Que empleaba la prodigiosa tecnología de los gerios para proporcionarme agua, alimentos y oxígeno. Alguien quería dejar muy claro que no debía preocuparme por no poder salir de aquel recinto. Que sobreviviría.

Me convenció. Me armé de paciencia y esperé, sin dejar de observar el capullo. Cinco horas. Por si acaso, bebí algo de agua y comí un poco. Todo sabía bien. Muy bien.

Tawa e Isara se habían fundido para leer y asimilar el diario. Cuando terminaron, volvieron a separarse.

—Es asombroso —dijo Tawa—. Es un proyecto digno de unos seres sumamente inteligentes.

Los dos miraron a su alrededor. Vieron las extrañas espirales que recorrían las paredes. Por las indicaciones del texto, ahora comprendían su posible función y uso. Las mismas formas caprichosas recorrían también el suelo.

—Estamos en la sala de transformación, ¿no?—dijo Isara.

—Sí —respondió Tawa.

—Incluso hay dos cavidades en el suelo —añadió Isara.

Así era, ya las habían notado al entrar, pero no conocían su propósito. Eso significaba que, en el subsuelo de Geria, todo seguía igual.

—Para nosotros —dijo Tawa innecesariamente.

Miró a Isara. ¿Era aquello lo que buscaban?

—¿Qué hacemos? Podría ser una aventura maravillosa. Además, conservaremos la inteligencia y la personalidad —le dijo a la mujer—. ¿Entramos?

—Entremos —contestó ella con decisión.

## XXVII

### Los xila

Tal y como se me había dicho, habían pasado unas cinco horas cuando se fundió el capullo. Opacidad, translucidez, una ligera sombra, y adiós capullo. Como siempre.

En la cavidad había un gerio, que se levantó con gran agilidad.

Pero éste no era igual a los demás. Éste era, evidentemente, el original. Ahora me resultaba claro que los otros gerios que había visto eran meras copias. Malas copias, por cierto.

Forma humanoide, tan alto como yo, tres dedos en las manos y ninguno en los pies. Aunque tenía un aspecto similar al resto de los gerios, aquel ejemplar estaba bien hecho, muy bien hecho. No como los otros. A los gerios que había visto hasta ese momento les faltaban detalles, detalles evidentes una vez que se conocía el modelo original. Los gerios eran «planos». Su piel era demasiado lisa, sin ningún tipo de expresión.

En aquel gerio la piel no era lisa, tenía relieves, tenía vida. El color ya no era gris perla, sino más bien de un azul turquesa. Y el brillo, aunque en cierta forma seguía allí, era más delicado, menos agresivo.

En esta ocasión la cara era de verdad. Ya no se trataba de una superficie plana con dos agujeros y dos ranuras laterales. Era una cara muy expresiva, o al menos eso me pareció. Se apreciaban claramente los ojos que eran quizá demasiado pequeños pero eran ojos. Y a los lados había orejas. Incluso tenía una especie de boca. No vi nariz alguna, pero la sensación de conjunto no era desagradable.

La voz en mi cerebro volvió a manifestarse. No podía ser otro que el gerio.

«Lo que piensas es lógico. Pero no soy de Geria. No soy *lo* que llamas un gerio.»

—¿Qué? —Ya no sabía qué decir.

«Sí. Procedo de otro lugar, no soy originario de Geria. Nadie lo es. Como tú, como los que llamas gerios. Ninguno de ellos es originario de Geria. Nunca ha habido vida autóctona en Geria.»

—¿No? —Era incapaz de ocultar mi sorpresa. ¿Y los gerios?

«No. La explicación es difícil y por eso he venido. Hace mucho tiempo que no adopto esta forma. Creo que debo explicar muchas cosas. Ya se han producido demasiados malentendidos.»

—¿Malentendidos?

«Sí. Hay muchas cosas que no sabes. Es preciso que alguien lo conozca, aunque sólo sea uno de vosotros. Lleváis demasiado tiempo aquí.»

Empezó a explicar muchas cosas que no estoy seguro de haber comprendido del todo. Sólo ahora, después de haber repasado una y otra vez mi experiencia, me atrevo a intentar plasmarla por escrito. No resulta fácil.

Pasamos mucho tiempo conversando, aunque he de confesar que casi todo el tiempo habló él, quizá interrumpido por alguna de mis preguntas. Muchas de ellas eran absurdas, ahora lo comprendo. Pero él tenía toda la paciencia del mundo. Como si le hablase a un niño pequeño. Y quizá así fuese...

Grandes partes de la conversación, cuando los conceptos se volvían difíciles y necesitaba ayuda para comprenderlos al menos en parte, se desarrollaban sin palabras. Era como estar inmerso en el mundo que describía, como si de pronto yo me fundiese con los conceptos, en una unidad imposible de describir. No duraba mucho, supongo que por temor a que mi mente no lo soportase, pero era efectivo. Tremendamente efectivo. Haré lo posible por dejar claro al menos lo que llegué a entender.

No puedo contar todo lo que me dijo. No tendría sentido que lo intentase, pero trataré de sintetizar el núcleo fundamental de nuestra charla.

¿Por qué me habló a mí primero? Los gerios hubiesen sido mejor audiencia, porque ellos estaban dispuestos a aceptar lo que se les ofrecía. ¿Por qué a un humano renuente que no pensaba transformarse? No lo supe entonces ni lo sé ahora. Quizá él, ese gerio que no era tal, sabía que yo haría lo que me iba a pedir, que podría guardar el secreto hasta la muerte.

También es posible que alguien imagine que miento, que me quedé dormido y lo soñé todo. En realidad no tengo ninguna prueba de que lo que voy a contar sea cierto. No es asunto mío si nadie me cree. Yo sé lo que ocurrió.

Él no era gerio. Tal y como había dicho, los gerios no existían. Geria era un planeta muerto. Un planeta yermo, tal vez como la luna de la Tierra. Nunca había habido vida en Geria. Ellos la habían creado.

Me dijo que era un xila. Su especie lleva existiendo desde hace millones de años, y su estado de evolución es prácticamente inimaginable para nosotros. No tenía nombre pues no es costumbre entre ellos, pero los dos acordamos que Anaá podía ser un nombre tan bueno como otro cualquiera.

Me mostró su mundo original, aunque no sé cómo. Pero sin duda era su mundo. Tal y como había sido durante el apogeo de su evolución tecnológica. Estaban razonablemente orgullosos de lo que habían conseguido. Sus ciudades se elevaban hacia el cielo, formadas por edificios que me parecían de kilómetros de altura, un desafío tecnológico a las montañas de su mundo.

Su planeta era un lugar pacífico. Su mundo se había unificado en paz y con rapidez, realizando rápidamente una revolución moral que a la humanidad ha de llevarle aún siglos. Los xila eran ambiciosos, estaban justamente orgullosos de su

capacidad, y aplicaban su implacable determinación a todo proyecto que fraguaran sus mentes. Salieron al espacio con alegría, dispuestos a extenderse por el universo, dispuestos a conocer pueblos y especies.

Luego, tal vez de forma inevitable, se produjo la catástrofe. Un cometa, desviado desde la nube de Oort de su sistema planetario, penetró hasta la órbita de su mundo y chocó con él. Su estrella natal tenía una compañera oscura, una enana marrón prácticamente indetectable que, en una órbita de muchos años luz, penetraba periódicamente, cada cuarenta millones de años, en la nube de Oort alterando el monótono deambular de los cometas. En esa ocasión había enviado algunos de ellos hasta el sistema solar interior.

Su mundo ya había sufrido catástrofes similares, pero siempre habían sido menos intensas: pequeños asteroides, meteoritos, poca cosa. No obstante, esa vez fue la definitiva. La superficie de su mundo se fundió y toda la vida del planeta desapareció. De su orgullosa civilización, de esos edificios que rivalizaban con las montañas en la terca e inútil voluntad de arañar las nubes no quedó absolutamente nada. Fue como si nunca hubiesen existido. Era algo que podía ocurrir, de hecho habían previsto la posibilidad y creían que lograrían evitarlo si llegaba el caso. Fracasaron. Toda su tecnología fue inútil.

Algunos xila, no demasiados, lograron escapar a tiempo. Sobrevivieron dispersos en la luna de su mundo, en otros planetas y satélites, en colonias y naves que surcaban el espacio. Primero se sintieron abrumados por el horror y la desesperación. Miraron su mundo calcinado y pensaron en los millones de años que se habían perdido, en las incontables vidas que habían desaparecido, desde el más simple microorganismo hasta el más evolucionado de los xila. Muerte y desolación. A escala planetaria: un mundo yermo y estéril.

Y luego, como eran ellos, los orgullosos xila, se alzaron de nuevo y se juraron que tal cosa no volvería a suceder, que ninguna especie en el universo tendría que enfrentarse a semejante trance. Altaneros y arrogantes, juraron que dominarían y someterían al mismísimo cosmos si era preciso, con el objetivo de crear un hogar más seguro para la vida. Habían mirado al universo a los ojos y lo encontraron frío e inmisericorde. Sí, como habían constatado, no había Dios, decidieron que ellos estaban dispuestos a ocupar el puesto.

A ese propósito dedicaron su existencia.

Pero no encontraron a nadie más. El universo rebosaba de vida, pero no había vida inteligente. En todos los lugares se encontraron solos.

Geria había sido un experimento, una de sus pruebas, creada miles y miles de años atrás.

Intentaban probar su más reciente tecnología, la que parecía ofrecerles una posibilidad de lograr sus objetivos. Era la tecnología que permitía el funcionamiento



de la máquina de la transformación y que, en definitiva, cada año causa las complejas e inclementes estaciones de Geria.

No sé explicarlo bien, porque tampoco estoy seguro de haberlo entendido en su totalidad a pesar de los evidentes esfuerzos de Anaá. Pero, después de tanto tiempo de pensar en ello, creo que he creado una imagen mental que, al menos a mí, me sirve.

La tecnología de los xila era similar a la nanotecnología, que ellos ya conocían cuando fue destruido su mundo. Aunque operaba a una escala completamente diferente. La descubrieron por casualidad, como consecuencia de teorías avanzadas de la física y con la ayuda del necesario y tal vez imprescindible golpe de suerte que nosotros llamamos *serendipity*. Aunque los fundamentos, la simple idea de que eso pudiera ser posible, les eran evidentes desde hacía tiempo, poner en práctica esa tecnología no era tan fácil.

Cuando se habla de nanotecnología se hace referencia al nanómetro. Un nanómetro es una millonésima de milímetro. Eso que los matemáticos (¡y los ingenieros!) expresan como  $10^9$  metros: ocho ceros y un uno tras la coma decimal. Con la nanotecnología es posible crear nanomáquinas con tamaños del orden de pocos nanómetros. Se pueden manipular células, que se encuentran en el orden de los diez mil nanómetros, o incluso moléculas orgánicas, en el orden de los cien nanómetros. Mi trabajo en la estación de control del soporte vital de la colonia en Geria se basa precisamente en ello.

Los xila habían logrado eso mismo a una escala aún más reducida. Podría calificarse de «femtotecnología». Un femtómetro es una millonésima de nanómetro. Se expresa como  $10^{15}$ , es decir, catorce ceros y un uno tras la coma decimal. ¡Hay un millón de femtómetros en cada nanómetro!

La femtotecnología permite la manipulación de átomos (con tamaños del orden de unos cien mil femtómetros), y no sólo de moléculas. Eso supone un cambio radical. Altera las posibilidades de manipulación, la velocidad de los procesos, todo. Un cambio cuantitativo que resulta, a la postre, cualitativo.

Por decirlo groseramente, una femtomáquina es la mejor piedra filosofal posible: capaz de transformar cualquier cosa en cualquier otra. *Capaz*, por supuesto, de convertir el plomo en oro. Objetivo ridículo entre los ridículos.

Me pareció entender que determinadas femtomáquinas muy avanzadas (¿attomáquinas?) podían trabajar incluso a nivel atómico, y no sólo a partir de tamaños moleculares. E incluso en el interior del núcleo atómico, que suele tener un tamaño típico del orden de los diez femtómetros. Tal vez incluso a nivel de las partículas que forman el núcleo atómico.

Ahí mis dudas alcanzan ya proporciones gigantescas. Por lo que yo sé, por lo que sabemos los humanos, la mecánica cuántica marca un límite claro y preciso a la

posibilidad de manipulación a escalas tan reducidas. Un límite establecido por el principio de indeterminación de Heisenberg, la ecuación subcaótica de Martín y toda la parafernalia habitual de la mecánica cuántica. Ante mis preguntas y recelos, Anaá intentó explicarme que eso de la mecánica cuántica está bien y es correcto y añadió que, por el momento, es un punto de vista adecuado para nosotros, los humanos. Por sus palabras me pareció que sugería la existencia de otras posibilidades, que hay una retorcida manera de engañar a la naturaleza incluso a esos niveles y escalas. No lo entendí. Lo siento. Yo, el escéptico, el no creyente, tuve que creerle en este punto.

En cualquier caso, esa femtotecnología explicaba las maravillas de Geria, sus estaciones y, también, la máquina de transformación.

Fueron los xila quienes diseñaron y crearon las estaciones de Geria. Las estaciones formaban parte del experimento y, una vez puestas en marcha, no las detuvieron. Durante las que a nosotros nos parecen violentas y feroces tormentas, las femtomáquinas ejecutan su programación y la superficie de Geria cambia completamente.

La máquina de la transformación era algo muy distinto.

Algunos xila, como Anaá, seguían en Geria o en otros planetas. Otros preferían surcar el espacio, visitar sistemas estelares lejanos, explorar incluso otras galaxias. Esos viajeros estelares hacían que la femtotecnología les fabricase un cuerpo adaptado al espacio: un cuerpo que no necesitara aire ni alimentos. Un cuerpo que, como el de los gerios, pudiera sobrevivir en cualquier lugar y bajo cualquier condición.

Ahora ya no lo hacen, saben lograrlo de otra manera, pero la vieja máquina para fabricar esos cuerpos nunca fue desmantelada en Geria. La femtotecnología era la clave, de forma similar a como la nanotecnología había reforzado mi propio cuerpo. Pero en lugar de reforzar su cuerpo, los xila lo cambiaban.

Por esa razón, los gerios eran tan solo malas copias de los xila. Una versión provisional y desechable, que servía sólo para para viajar. Por esa razón esos cuerpos degeneraban si no se recreaban de nuevo. Eran poco más que la versión xila de una sofisticada escafandra para salir al espacio.

Paradójicamente, los buscadores no habían acabado convertidos en alienígenas, sino en unos meros artefactos: una forma creada tan sólo para viajar por el espacio. Ridículo, ¿no? Un buen jarro de agua fría para las esperanzas de los buscadores.

Había detalles que me tenían intrigado. Tal vez no eran los aspectos más extraños de todo ello, pero tenía que saberlo. Evidentemente, lo pregunté. El huevo y la gallina. Era una pregunta inútil, pero que no conseguí evitar.

Como era lógico, el propio Anaá había salvado al primer buscador. Ocurrió antes de que las colonias humanas en Geria se hiciesen subterráneas. Anaá sabía que el humano moriría si no actuaba. Anaá no podía alterar la programación de la

femtomáquina— Estando prácticamente solo, no lograría hacerlo. Nunca tan deprisa como hacía falta para salvar al humano. No es magia ni se trata de poderes sobrenaturales, sino simple tecnología. Por eso usó una vieja instalación que no funcionaba desde hacía mucho, muchísimo tiempo. Así, convirtió un cuerpo humano moribundo en un traje espacial xila. El primer gerio.

La religión de los buscadores era una construcción meramente humana. Anaá ni siquiera estaba al corriente de ella. Nunca hubo otros gerios que los buscadores transformados. Nunca hubo revelaciones de ningún tipo. Para inventar la palabra revelada nos bastamos los humanos.

Aunque no se me ocultaba la ironía de la religión de los buscadores. Se trata de una religión con respuestas a sus porqués. Una creencia religiosa que responde a algo real. Aunque sea a través de la femtotecnología, la nueva denominación que justifica los milagros.

Pregunté también sobre otros aspectos que, al menos en ese momento, me parecían relevantes. No lo eran. Ahora sé que muchos de ellos no lo eran en absoluto. Pero pregunté.

Había preguntas sencillas, por ejemplo ¿cómo lograba la sala de transformación preparar siempre el número exacto de cavidades, tantas como buscadores encontrados? Otras preguntas planteaban mayor dificultad: ¿qué sucedía con los gerios desaparecidos después de un tiempo? ¿Morían por fin?

Las respuestas eran siempre sorprendentes. Imagino que, en algún caso, el conocimiento de lo que Anaá me contó podría acarrear terribles consecuencias si llegara a ser conocido en Geria. Pero nadie lo sabrá. Ése fue mi compromiso. Aunque sí deseo intentar transcribir aquí lo que alcancé a comprender del gran designio de los xila. Tal vez la humanidad del futuro pueda entenderlo, aceptarlo e incluso utilizarlo.

Yo había imaginado que la continuidad de la personalidad individual humana durante el cambio a gerio era algo sencillo, como la continuidad personal que experimentamos todos con el paso del tiempo. Nuestros átomos cambian, pero conservamos nuestra identidad, nos sentimos siempre el mismo. La personalidad debía ser, pensaba, algo estructural. Circuitos neuronales conexos. No sé. Me equivocaba.

La forma de recoger la personalidad individual (si eso seguía teniendo sentido en el caso de los xila) era muy distinta. No se limitaba a un asunto de estructuras, era un efecto más de los que se conseguían con la femtotecnología. O tal vez debería llamarla attotecnología.

Los xila dominaban la manipulación, tanto a nivel atómico como subatómico. La persona, el individuo, es, según creí comprender, una especie de sistema. Un sistema que interacciona con el mundo, evolucionando lentamente al tiempo que conserva la integridad y la identidad, precisamente aquello que conocemos como conciencia.

Los xila habían logrado reescribirse a sí mismos como sistema sobre las partículas más elementales. Anaá me contó que incluso los quark tenían estructura, y que precisamente eso les había permitido, en sus manipulaciones femto y attotecnológicas, alterar partículas elementales. Conseguían hacerlo sin alterar las propiedades externas del átomo. Una codificación de las estructuras básicas de la conciencia, del yo, en forma de una adecuada combinación de las subpartículas que forman protones y neutrones.

Aunque pueda contarlo aquí, lo cierto es que no lo entendí. Tal vez comprendí las palabras, pero seguro que el sentido final quedaba oculto.

No sé cómo, pero Anaá me *lo* mostró.

Con una sensación parecida a la voz que me hablaba en el interior de mi ser, Anaá hizo que llegara a ver el mundo a través de los ojos de un xíla.

La realidad, en sus niveles más fundamentales, es un conjunto de capas de tres dimensiones sobre un mundo de once. Las partículas elementales no son más que estructuras, cuerdas que poseen una cierta vibración. Lo que los humanos hemos llamado espacio-tiempo se funde en una nueva realidad multidimensional que no es ni espacio ni tiempo. Una nueva realidad en la que el espacio y el tiempo dejan de existir, aun habiendo sido, de alguna forma, sus causantes.

Los xila saben que sobre la vibración de una partícula concreta se puede añadir otra menor, pequeña, que no afecte a la partícula original pero que sirva para contener un pequeño fragmento de información. Y eso lo saben hacer también con gravitones y fotones, incluso con pares virtuales en fluctuaciones cuánticas.

Repartidos en un número inmenso de partículas elementales, los xila pueden estar en todas partes.

Literalmente fundidos con el universo.

En realidad, sin sospecharlo, la religión de los buscadores de gerios es la mejor forma de panteísmo. Un panteísmo cierto hasta el último detalle. Los xila, los que como Anaá se han quedado en el planeta, son realmente omnipresentes en Geria. Están en todas partes.

En realidad son los xila quienes han ido cambiando gradualmente la composición de los sabrosos frutos que obtenemos en la estación de los Frutos, precisamente para que se ajusten cada vez más a las necesidades dietéticas humanas. Han procurado por nosotros. Omnipresentes y bondadosos. También son los xila quienes gobiernan la sala de transformación, directamente o con femtomáquinas especializadas. Por eso aparece siempre el número exacto de cavidades que se necesitan. Ni una más, ni una menos.

Y cuando un gerio desaparece finalmente, no muere. Se une a los xila. Se convierte en uno, primero con Geria, más tarde, si lo desea, con todo el universo. Sistemas de estructuras de personalidad almacenados en remotos rincones de las

partículas últimas que componen la materia. La inmortalidad hecha realidad. Bueno, al menos mientras haya materia, mientras exista el universo... No es poco.

Soy un humano. Nada más que un humano. Este tipo de reflexiones me provocan algo así como un vértigo cósmico, algo que incluso, de una forma nada física, resulta doloroso. Provoca un dolor casi atroz. No es la infinitud el campo en el que mejor me desenvuelvo. Sigo siendo tan sólo un ingeniero nanotecnológico.

Pero ése es solo el proyecto de los xila como Anaá, los que han quedado en Geria disfrutando de una vida que ni siquiera alcanzo a imaginar. Una vida que, inesperadamente, algunos humanos ya comparten, tras haber vivido un par de siglos como gerios. Sorprendente recompensa de una religión errónea pero inesperadamente fructífera.

Otros xila, los que prefieren surcar el espacio, han desarrollado la idea de colonizar la galaxia entera. Literalmente están creando a Dios.

En este punto me fallan las palabras. No entendí lo suficiente, y lo poco que comprendí no creo que pueda explicarlo bien. Como un simio al que alguien intenta iniciar en los misterios del alfabeto y la literatura más excelsa, sólo pude contemplar temeroso la visión que Anaá me ofrecía. La transmitiré lo mejor que pueda.

El proyecto de conciencia cósmica de los xila abarca ya unos cuantos planetas y estrellas. La comunicación entre ellos se realiza con agujeros de gusano de poca masa y corto recorrido: los axones que conectan las macroneuronas de un gran cerebro a escala galáctica.

A la escala de Planck, incluso por debajo de los niveles que alcanzan la femto y la attotecnología, el universo se convierte en una especie de espuma cuántica. Una espuma llena de fluctuaciones de microagujeros de gusano virtuales que comunican prácticamente cualquier lugar del espacio-tiempo tetradimensional que percibimos.

Afortunadamente, Anaá se apiadó de mí. De nuevo me sumergió en sus propias percepciones. Proyecciones. El presente e incluso algunos futuros por venir. Por breves instantes, pero lo bastante para que la magnitud de un hecho de verdad inconmensurable me alcanzara de lleno.

Vi cómo las conciencias se comunicaban entre sí por medio de agujeros de gusanos en un sistema primitivo. De la misma espuma cuántica, del burbujear de partículas y sistemas, extraían conexiones que crecían y se retorcían, conectando alejadas y disímiles regiones del espacio-tiempo.

Vi cómo ese proceso permitía la comunicación entre zonas cada vez más vastas del espacio tridimensional, y cómo esa comunicación permitía el flujo estable de símbolos, conceptos, ideas, inteligencia en suma.

Vi cómo despertaba la conciencia, vi cómo el cosmos se llenaba de vida e inteligencia. Una estrella se convertía en el habitat de millares de individuos, una galaxia en el hogar de millones.

Vi cómo la inteligencia adquiriría el control del universo, manipulándolo, sometándolo, cambiándolo. Con un fin, con un propósito.

Vi que no existían más que unas pocas especies inteligentes, que el universo era en realidad un yermo, estaba desierto de vida compleja. No la nutría, no la deseaba, y hacía lo posible por eliminarla. Ni los xila ni los poquísimos humanos que se habían unido a ellos podían cambiar ese hecho que me parecía atroz. Ésa es la naturaleza del universo. Hay límites que ni siquiera los prodigiosos xila podían cruzar.

Pero tenían una esperanza.

Anaá me la mostró. De nuevo proyecciones que, procedentes del saber y del deseo de los xila, nacían en mi cerebro.

Vi la expansión acelerada del cosmos. Vi cómo esa expansión creaba cada vez más espacio y más tiempo. Más lugares por colonizar, un número creciente de posibilidades de computación, una mayor potencia de cálculo. Vi cómo las conciencias individuales, en un remoto futuro, se combinaban para formar una entidad mayor, un ser que fuese omnipotente y omnisciente, un ser que fuese uno pero también muchos.

Vi ese ser. Vi a Dios. Vi el rostro del Creador.

Ese Dios, hoy todavía inexistente, en el futuro aún lejano se miraría a sí mismo y se encontraría solo. Y consideraría esa situación intolerable, atroz, ominosa. Y ese Dios todopoderoso rectificaría la situación. Invocaría su todopoderosa voluntad para crear un nuevo universo, uno más apacible para la vida, más permisivo.

La mente universal del remoto futuro, el Dios por venir, no podría alterar lo que ya había sido. No podría reconstruir el planeta de los xila, no podría recrear las especies inteligentes que nunca existieron, no podría garantizar su supervivencia. Pero daría una oportunidad a otros. Crearía tantos universos como pudiese, Universos más hospitalarios para la inteligencia, universos que rebosarían de vida autoconsciente y lúcida.

Vi el racimo, el conjunto local de universos, del cual el nuestro era sólo uno más. Y vi como los universos se reproducían, creando versiones de sí mismos ligeramente diferentes.

Y entonces me pregunté, osada temeridad del intelecto humano, si nuestro universo había tenido el mismo origen. Si una mente universal en otro cosmos, quince mil millones de años atrás, había sentido también frustración y furia, se había percibido sola y a la vez poderosa, y había optado por crear, también ella, un universo diferente, un retoño propio, un cosmos nuevo creado con la esperanza de que la inteligencia floreciese en él. Y me pregunté por la posible mente universal que había creado el universo de esa mente universal. Y así *ad infinitum*.

Y vi que la cadena de dioses, de mentes cósmicas podía no terminar nunca. Que detrás de cada mente todopoderosa podía haber otra. Que el pasado se remontaba al

infinito y que el futuro era ilimitado. Lo vi todo. Lo veía Anaá y yo con él.

Y vomité. Y de nuevo sentí vértigo. Y mi cuerpo todavía humano volvió a vomitar. Y sentí que caía. Percibí que mi mente no podría soportar por más tiempo esa visión excesiva y colosal y me sentí cercano a la muerte. Me asaltó una especie de alivio por conocer la verdad. Una verdad todavía perdida en el futuro pero hallada tal vez en el pasado. Y admiré el coraje y el valor necesarios para hacer algo así.

Y supe por qué era preciso guardar el secreto hasta que pudiera ser comprendido.

Y la visión terminó.

Anaá se apiadó de mí y me liberó.

Y abrí los ojos.

Y lloré.

Lloré desconsoladamente porque, durante un instante, yo había sido y tenido lo que todos los hombres ansían y ninguno consigue: el inconcebible universo.

Tawa miró de un lado a otro. Paseó los ojos por el cielo azul, la arena dorada de la playa y el tendido horizonte del mar. La piel oscura perfecta y los ojos oscuros intensos. Probablemente nunca había sido tan «humano», con todas las implicaciones que eso suponía. Finalmente se volvió hacia él y sonrió.

—Entonces, era posible —dijo Jabru.

Tawa recordó su propio proceso de resurrección y se asombró por la rapidez con la que Jabru había evaluado y aceptado la situación.

—Sí, lo era, hombre de poca fe. —Sonrió. Se acercó a él lentamente y le abrazó. Jabru aceptó el arcaico gesto sin inmutarse y finalmente se lo devolvió—. Me alegra mucho verte de nuevo. —Se soltaron.

—A mí también. Gracias.

—De nada. Tú lo hiciste primero por mí. —Una sonrisa rápida—. Te he devuelto el favor.

—¿Cómo lo hiciste? —La sonrisa cedía ante la interrogación.

Tawa movió una mano como para restar importancia al proceso.

—No lo hice yo solo. Fue un trabajo de equipo. Esperamos a la evaporación del agujero negro en el que habías caído, y recuperamos la información de tu cápsula. Sólo era cuestión de tiempo. En realidad, ni siquiera hemos tenido que reconstruirte.

Jabru volvió a mirar al cielo. Sin apartar la vista de las nubes preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Ha pasado mucho tiempo desde tu accidente. Es largo de contar. El dónde se confunde con el cómo.

Y le contó todo lo que sabía.

La potencia computacional seguía creciendo. Era un hecho. Hacia el final del universo. Asintóticamente. Un viaje sin fin.

—¿Ahora qué harás? —preguntó Tawa.

—No lo sé —dijo Jabru apartando la vista del horizonte y mirándole como si le viera por primera vez—. ¿Cómo está la situación?

Tawa hizo un gesto hacia una choza, indicando que allí estarían más cómodos, y los dos se dirigieron hacia ella.

—Como siempre, supongo. Ahora tenemos una cantidad de conocimientos tan vasta que es casi inconcebible. Pero todavía hay mucho que ignoramos y por tanto, siguen produciéndose disputas, riñas y confrontaciones.

—Eso es bueno —añadió Jabru.

—Por supuesto, en caso contrario, la búsqueda de conocimientos se detendría y eso significaría el desastre para todos nosotros. Lo que quiero decir, es que no hay ninguna línea central de actuación. La mente universal permite dar cobijo a todos nosotros y ofrece cada vez mayor potencia de computación. Cada uno hace más o menos lo que desea.

»Sin perder la individualidad. Recuerdo que eso era lo más importante para ti. La mente universal es una, pero también es muchos.

—¿Tú...?

—Gran parte de mí se encuentra ahora en otro nivel, descubriendo respuestas a muchas preguntas que no sabía ni siquiera que pudiese plantear. Aquí sólo soy un subprograma casi animal.

—¿Hay comunidades?

—Trillones. Para todos los gustos. Hay grupos que incluso se oponen a la existencia misma de la mente universal y de todos nosotros. Deberíamos desaparecer, afirman.

—¡Vaya! —exclamó Jabru con cómico asombro.

—No suelen durar mucho. No es una buena estrategia evolutiva oponerte a tu propia existencia. También hay un grupo empeñado en resucitar a todos los individuos inteligentes que hayan existido. Es una tarea ardua y todavía prematura. No hay suficiente potencia computacional para algo así y, en general, no se considera demasiado prioritario. Pero algunos creen de alguna forma arcaica que es su deber moral. —Hizo una pausa—. Pensé que a ti sí te gustaría ver esto. Preferí no esperar.

»En cualquier caso, toda la evolución de la Tierra hasta la muerte del Sol no fue sino un parpadeo comparado con los periodos de tiempo que hemos atravesado. Aquí hay criaturas cuyas mentes difieren tanto de la mía que apenas puedo considerarlas inteligentes si parto de la base que yo lo soy. Tendría más posibilidades de comprender a una ameba.

—Gracias de nuevo. Pero nada de cielo e infierno para mí, Quiero integrarme en esta sociedad.

—Eres libre. Puedes hacer lo que quieras. Casi toda la humanidad se integró en su



momento. Isara y yo fuimos de los primeros, y luego pudimos ponernos en contacto con los demás.

«Algunas comunidades lo rechazaron, pero estaban en su derecho; aunque ahora todas han desaparecido: las condiciones actuales del universo no permiten la vida orgánica compleja. Pero pensé que te gustaría ver el resultado.

—¿El resultado de qué?

Tawa volvió a sonreír.

—El resultado de la reproducción, ¿qué si no? —Alargó una mano—. Ven, Isara nos espera.

—¿Lo habéis logrado? —dijo sorprendido. —Claro. Lo hemos hecho varias veces. Un nuevo universo. Ven, te lo mostraremos.

Ahora la mente universal era un dios. No, ése era un título incorrecto, demasiado grande y demasiado mezquino a la vez. Era un creador, un demiurgo que, más o menos, sabía lo que hacía, aun sin tener completo control sobre sus actos. Un aprendiz de brujo, un aprendiz voluntario y complaciente, pero no menos aprendiz por ello. Había creado una nueva estructura en el racimo, una nueva región que se expandía, un nuevo universo dentro del Multiverso real formado por todo el racimo. Algún día, quizá habitantes inteligentes de su universo retoño se preguntarían, en su mundo de cinco dimensiones aparentes, si había habido un creador.

Lo intentó de nuevo. Seleccionó otra región de posible espacio-tiempo, en la espuma burbujeante de vacío cuántico que lo era todo, y la obligó a expandirse. La súbita presión de los campos escalares antigravitatorios estiró rápidamente el espacio, separando por siempre esa región más allá del horizonte de luz de cualquier otra región del multiverso, creando, efectivamente, un nuevo universo en el racimo.

Lo más difícil era ajustar las constantes fundamentales. Había que lograr la inflación, estimular la expansión en ciertas dimensiones y plegar otras. Así nacía un subuniverso similar al suyo propio pero con algunas sutiles variaciones.

Lo intentó una y otra vez. Y otra. Y otra. Y otra más. Cada nuevo universo era similar y diferente. Cada uno se modificaba en su forma particular, con distintas leyes físicas, con un destino diferente impreso en la trama de su inevitable devenir. Sin embargo, todos compartían algo en común, una especie de aire de familia que indicaba que estaban relacionados.

Todo universo se reproducía. Todo universo heredaba características de universos anteriores. Todo universo permitía variaciones de esas características en sus propios universos-hijo para dar posibilidades a la evolución. Tres características típicas de los seres vivos. ¡El universo estaba vivo! ¡Todo el racimo era un Universo vivo! La vida, al extenderse por el universo, no había hecho más que reclamar lo que ya le pertenecía desde el comienzo. La vida inteligente tenía sentido: había surgido para permitir la reproducción del universo. Una vez llegado a cierto punto de madurez,

casi al final de su ciclo vital, el universo estaba listo para reproducirse, para cambiar, para evolucionar. Sólo necesitaba un mecanismo que lo despertara y orientara hacia su destino final. Y ese mecanismo había estado esperando durante millones de años.

La mente universal tenía por fin lo que más deseaba: una idea de su propósito, de su razón para existir. Ahora sabía para qué estaba allí, conocía su tarea. Y disponía de mucho tiempo para ejecutarla.

Y allí permaneció, construyendo cosmos.

## XXIX

# La religión de Geria

Bien, así termina todo. Olvidémonos ahora de la mente universal que los xila quieren construir. Es algo que queda muy lejos, demasiado lejos. Olvidemos el vértigo y volvamos al hoy.

Voy a hablar de mí y de lo que he hecho.

A menudo ni yo mismo llego a entenderlo. En muchas ocasiones dudo. Siempre he dudado.

Anaá no me dijo por qué me explicaba todo aquello. Por qué me lo decía precisamente a mí. Dicen que los designios de los dioses son del todo inescrutables y, al menos en aquel punto, los objetivos de Anaá (prácticamente un dios) eran del todo incomprensibles para mí.

Tampoco sé por qué debo guardar el secreto. Un secreto que nadie creería. Un secreto que no afectaría en nada a los planes cósmicos de los xila. Tal vez Anaá me impuso esta carga pensando justamente en mi.

Tal vez, de una forma que no me dijo, comprendió cómo me sentía. Quizá Anaá sabía mejor que yo mismo por qué me había decidido a salir al exterior durante un cambio de estación de Geria. Por que había arriesgado la vida, por qué me había metido en toda aquella absurda aventura. Yo, un chico tan sensato, tan prudente, tan tranquilo...

Tal vez Anaá ya sabía que yo volvería. No podía ver el futuro, pero sí preverlo.

Volví.

Ella ya no era ella. Ni siquiera pude abrazarla. Todavía hoy lo lamento, pero así ocurrió. Me sentía traicionado, pero quiero pensar que no actuó el rencor.

Por eso no me quedé con ella, con los gerios, con el infinito futuro abierto por los xila.

Por eso volví.

Tuve muchos problemas para recuperar mi vida. Fue difícil justificar mi ausencia. Si hubiera dicho que había estado en el exterior y que había vuelto, nadie me hubiese creído. Nadie vuelve del exterior durante un cambio de estación. Todos pensaron que me había dedicado a algún sucio negocio y que no quería confesarlo. Me investigaron, pero no descubrieron nada.

No había nada que descubrir, y la verdad les hubiese parecido la más fantástica de las mentiras.

No dije nada. No hablé de los gerios, de la inmortalidad proporcionada por los

xila, del vértigo cierto de un futuro sin medida.

La religión de Geria languideció como un grupúsculo de locos. Supongo que algunos buscadores siguieron saliendo, y no dudo que siguieron transformándose para unirse a la restringida sociedad de gerios y de ahí, tal vez, a la futura mente universal que los xila construían. Pero la religión pronto se extinguió. El suicidio ritual no es la mejor forma de conseguir adeptos. Si yo hubiese hablado, las cosas hubieran sido distintas. Pude transformar la absurda y equivocada religión de Geria en la más importante en la historia de la humanidad, y Geria se habría convertido en un exitoso planeta de peregrinación.

Pero no fue así.

Había prometido guardar el secreto. Había prometido dejar tiempo a la humanidad para que descubriera por sí misma el amplio futuro que los xila deparaban al universo... Algún día, la humanidad habrá avanzado tanto que se acercará al nivel de los xila. Ese día redescubriremos el secreto de los xila y podremos integrarnos sin problemas en la mente universal. Es la promesa de Anaá y, como seres inteligentes de este universo, nuestro destino final.

En realidad, la religión de Geria tuvo muy mala suerte. El primer buscador que lograba regresar de un cambio de estación, el primero y el último, no era un creyente y no tenía mayor interés en reforzar los cimientos de su fe.

Mis razones eran otras.

No me importa demasiado, la verdad.

Porque la religión de Geria era una mentira. Nada de lo que imaginaba era cierto. La realidad, como es habitual, superaba la ridícula fantasía de los padres fundadores. El universo era más grandioso y aterrador de lo que nunca se había supuesto.

Ahora, cuando ultimo este texto, ya ha pasado el tiempo. He vivido, he sufrido, he gozado, he envejecido y he visto cómo la colonia de Geria envejecía conmigo. Pronto moriré. Tampoco eso me importa demasiado. Es lo normal en los seres humanos. Sé que hay otras opciones pero la mía es ésta.

No obstante, he querido escribir mi testimonio de lo sucedido, he querido dejar mi historia para el lejano futuro. Guardo el secreto para Geria y la actual cultura humana. Lo prometí. Anaá sólo me pidió eso. Ha sido mi voluntad que ni siquiera el futuro conociera nuestros nombres, el mío y el de ella. No importan. ¿Qué es un nombre? Nada.

Quizá la remota humanidad del futuro descubra mi escrito y decida actuar. O quizá lo ignore, considerándolo lo que parece: la narración de un loco.

Pronto volveré a salir. Yo sé cómo hacerlo sin peligro. Buscaré de nuevo la sala de la transformación (o, mejor, me buscarán para llevarme a ella) y pediré que dejen allí copia de este texto. Lo harán. Incluso si todos los gerios abandonan el planeta, como ya están haciendo los humanos, mi relato quedará allí. Anaá no me negará ese

capricho.

Quizá algún día alguien descubra este texto.

Por lo que pueda significar. Hay otros hombres y otras maneras de afrontar la realidad y las esperanzas que encierra el futuro.

Debo terminar ya. Sólo una última cosa.

La vi por última vez. Me preparaba para volver y vino a mí.

—Quédate —me dijo con una comunicación mental que sonaba a susurro.

Se me ofrecía. Me ofrecía la inmortalidad. Me ofrecía ocupar un puesto, mi puesto, en la mente universal. Los otros gerios se preparaban para esa empresa y ella también lo haría.

La miré.

No era ella. Era un gerio.

Había adoptado una postura que ya conocía y que me dolía en el alma. Me había dejado por los gerios. A ellos les guiaba la fe religiosa.

A mí, no.

¿Debí haberme quedado con ella?

Sigo sin saberlo.

Me sentía cansado y había visto demasiado. Dije que no. Creo que hoy haría lo mismo.

Tal vez me equivoqué al rechazar esa oportunidad.

Pero elegí yo. Para bien o para mal, mi futuro lo elegí yo.

# Epílogo

La mente universal, que era muchos y era una, había esperado durante largo tiempo.

Durante su infancia, el universo acababa de nacer, apenas tenía quince mil millones de años, y las estrellas todavía ardían. Esa época no duró mucho, apenas un parpadeo, y las estrellas pronto se apagaron. Pero la mente siguió allí.

El universo se llenó de pequeñas enanas rojas, las ascuas de lo que antes habían sido los presuntuosos fuegos estelares. La vida en el universo sobrevivió, sí, porque la vida poseía constancia, pero el universo se convirtió definitivamente en el reino de los microorganismos. Ningún animal pluricelular podía sobrevivir en esas condiciones, sin ningún gradiente energético lo suficientemente grande como para mantener una biología compleja.

Pero incluso las enanas rojas estaban destinadas a morir. Su dominio fue más largo que el de las estrellas ardientes, sí, quizá un suspiro frente a un parpadeo, pero también pasó.

Y el rostro del universo cambió de nuevo.

Ya sólo quedaban los restos de las estrellas. Enanas marrones, enanas blancas, estrellas de neutrones y agujeros negros. La materia oscura, lo que había formado la mayor parte de la masa del universo, se acumulaba lentamente en el interior de las estrellas para morir también. Incluso el protón, que había parecido eterno, se desintegraba: había llegado su hora.

Y con los protones, también murió definitivamente la vida. El universo crecía, y cada vez estaba más vacío.

La mente universal aguardaba.

Una eternidad después sólo quedaban los agujeros negros.

Durante un tiempo pareció que ésa sería la configuración estable del universo. Un cosmos desprovisto de todo, excepto crueles pozos gravitatorios. Las colisiones entre ellos eran raras y se producían muy esporádicamente. Pero eran espectaculares y ofrecían algo de actividad en un universo cada vez más estático.

Sin embargo, nada es eterno, y los agujeros negros demostraron no ser una excepción. La radiación Hawking, los efectos cuánticos en el borde del horizonte de sucesos, les hacían emitir radiación, con lo que perdían masa y al final estallaban en una terrible explosión de partículas. Recreaban, durante un breve instante, algo que había sido propio de las condiciones del universo en sus orígenes. La pérdida por radiación era extremadamente lenta, pero el tiempo es un enemigo inexorable contra el que resulta imposible luchar.

Y así, los señoriales agujeros negros también se desvanecieron.

La mente aguardaba.

El cosmos era ya un lugar irreconocible para las mentes individuales que habían nacido durante su más tierna infancia. Las fuentes de energía habían desaparecido, y sólo restaban los breves y exiguos procesos energéticos causados por efectos cuánticos y extrañas transiciones de fase.

Pero había transcurrido mucho tiempo y previsiblemente había de transcurrir mucho más. Sin embargo, la mente universal aguardaba a que el cosmos volviese a hacerse muy interesante.

Era una posibilidad remota, pero dado el tiempo suficiente, incluso las posibilidades remotas se convierten en certidumbres. El universo poseía una pequeña energía de vacío. Era posible, por tanto, que existiesen incluso niveles inferiores de energía de vacío. Alcanzarlos requeriría una fluctuación cuántica, de forma que el universo cambiase de fase, como el hielo, cuando lo había, solía convertirse en agua al calentarse.

En algún momento del futuro, una región del universo, sin que importase su tamaño, experimentaría ese cambio de fase. Y en ese punto nacería un nuevo universo. O, podría decirse, el universo sería recreado.

El viejo universo desaparecía a la velocidad de la luz. La nueva fase del universo se expandiría a la velocidad de la luz, arrasando todo lo que había sido antes.

Pero en su lugar, habría un nuevo comienzo, una nueva vida. La constante cosmológica del nuevo universo sería otra, y las leyes de la física y el valor de las constantes naturales serían completamente diferentes.

Y en ese nuevo universo, quizá apareciese de nuevo la vida. Quizá las condiciones fuesen más agradables y positivas. Quizá, esa nueva vida produjese inteligencia.

Era una esperanza.

La mente universal había esperado mucho tiempo. No había estado ociosa. Había aprendido a forzar la reproducción del universo y lo había hecho en incontables ocasiones. Había muchos cosmos que eran resultado directo de sus acciones.

Eso estaba bien.

Pero también deseaba una renovación para sí. Y esa renovación llegaría algún día con total certeza. No sabría que lo había hecho, porque ella misma desaparecería a medida que el nuevo universo se expandiese. Pero esa muerte formaba parte del ciclo de las cosas.

La mente universal aguardaba la llegada del nuevo universo con ansiedad. Pero también con paciencia.

Y tenía todo el tiempo del mundo para esperar.

## Nota de los autores

La hipótesis de la Tierra Rara, que afirma que los mundos con vida animal compleja podrían ser muy escasos en el universo, está descrita en *Rare Earth. Why Complex Life Is Uncommon in the Universe*, de Peter D. Ward y Donald Brownlee. Se trata de una lectura fascinante y refrescante frente a la, tal vez, excesiva sacralización del proyecto SETI y la siempre molesta paradoja de Fermi. En nuestro caso, hemos exagerado los efectos y, en realidad, apenas hemos arañado siquiera la superficie del libro. En él hay material para varias novelas de ciencia ficción.

El comportamiento de los agujeros negros y la forma de usarlos para producir energía están descritos en ese texto clásico de la mecánica relativista que es *Gravitation*, de Charles W. Misner, Kip S. Thorne y John Archibald Wheeler. La matemática nos derrota ya por completo, a uno de nosotros nunca se le ha dado bien el cálculo tensorial y el otro ha sabido olvidar, por lo que esperamos no haber falseado demasiado la física del proceso.

Qué sucede con la información que cae en un agujero negro es un asunto complejo que plantea varias paradojas. No tenemos una única fuente clara, sino varias más bien dispersas y de difícil explicitación, pero puede conseguirse más información en:

[http://math.ucr.edu/home/baez/physics/Relativity/BlackHoles/info\\_loss.html](http://math.ucr.edu/home/baez/physics/Relativity/BlackHoles/info_loss.html)

Alan Guth, impulsor de la idea de la inflación, ha trabajado también en complejos cálculos sobre la física de la «creación de universos en el laboratorio». La referencia más accesible se encuentra en «Is it possible to Create a Universe in the Laboratory by Quantum Tunneling?», de Edward Farhi, Alan Guth y Gemal Guven, aparecido en la revista *Nuclear Physics* (B 339, pág. 417, año 1990). También resulta de interés a este respecto el artículo «The Natural Selection of Universes Containing Intelligent Life», de Edward R. Harrison, hoy profesor emérito del departamento de física y astronomía de la Universidad de Massachusetts. El artículo se publicó en 1995 en el *Quarterly Journal of the Royal Astronomical Society* (volumen 36, páginas 193-203), y lo conseguimos gracias a los buenos oficios de Jordi José, catedrático de física en la Universidad Politécnica de Cataluña.

Las posibles condiciones del universo en el futuro lejano están descritas, por ejemplo, en *The Five Ages of the Universe. Inside the Physics of Eternity*, de Fred Adams y Greg Laughlin.

Las ideas de la noosfera y del Punto Omega son, evidentemente, de Teilhard de Chardin, aunque se hayan desarrollado en términos de la física moderna por Frank J.



Tipler en *The Physics of Immortality. Modern Cosmology. God and the Resurrection of the Dead* (1994). Nos ha gustado usarlas, aunque de forma, creemos, bastante distinta a las diversas versiones del «escalón» que están apareciendo en la ciencia ficción mundial.

Y, en torno a la nanotecnología, desde artículos de Richard P. Feynman o los textos seminales *Engines of Creation* y *Nanosystems* de K.E. Drexler hasta novelas de ciencia ficción como *Rio lento* de Nicola Griffith o *Marte se mueve* de Greg Bear, hemos usado prácticamente todo lo que ha caído en nuestras manos. Y muy posiblemente lo hemos estropeado con las locuras de nuestra imaginación...

Algunas de estas ideas y otras que aparecen en la novela ya han sido utilizadas en otras obras de ciencia ficción. Nos gustaría reconocer una reciente deuda terminológica. Creemos que la palabra «urdimbre» para referirse a una red de agujeros de gusano fue utilizada por primera vez en castellano por Juanjo Sánchez Arreseigor en *Expedición a Cajal*. «Urdimbre» es un término demasiado hermoso para ignorarlo. Y, aunque lo usamos de manera distinta, «multiverso» forma parte también del acervo de la ciencia ficción, esta vez internacional.

Como suele decirse, los autores de los libros citados no son responsables de nuestros posibles errores. Haberlos, como las meigas, seguramente haylos. Pero algunos no son realmente errores, sólo especulaciones típicas del género. Esto no es ciencia, «sólo» ciencia ficción.

Nuestras familias merecen un comentario muy especial en esta nota final. Más bien ajenos al narcicismo habitual en tantos escritores, a los dos es preciso que nos pinchen de vez en cuando para que cumplamos con nuestras obligaciones literarias. En realidad, sin la constante vigilancia de los que incomprensiblemente nos aman, nos hubiese sido imposible terminar esta novela.

Nos ha gustado hacerla a dúo. Igual volvemos a repetir la experiencia. Quien avisa no es traidor...

# Biografía

**Miquel Barceló** (Mataró, 1948) es ingeniero aeronáutico, doctor en informática y catedrático en la Facultad de Informática de Barcelona. Ha publicado diversos libros de texto sobre temas de informática y también artículos de divulgación y reflexión científicas en revistas especializadas.

Viejo aficionado a la ciencia ficción, Barceló editó el fanzine KANDAMA (1980-1984) que hoy se supone hibernado, dirige la colección NOVA para Ediciones B y es autor de CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA (1990, NOVA, número 28) cuya próxima edición, actualizada y corregida, prepara en la actualidad. Ha sido también el impulsor del Premio UPC de ciencia ficción que, desde 1991, patrocina el Consejo Social de la Universidad Politécnica de Cataluña. Recientemente se ha publicado PARADOJAS: CIENCIA EN LA CIENCIA-FICCIÓN (2000, Equipo Sirius, colección Tau número 1), donde se recogen sus artículos sobre divulgación científica en torno a la ciencia ficción publicados en las revistas Universo y Tribuna de Astronomía.

**Pedro Jorge Romero** (Arrecife, 1967) es licenciado en ciencias físicas y ha sido profesor de enseñanza secundaria en Tenerife. Especialista de gran prestigio en el género de la ciencia ficción, editó el fanzine NO FICCIÓN y ha sido coeditor de BEM, la revista más importante e influyente de la ciencia ficción española en los años noventa.

En la actualidad Jorge escribe y traduce ciencia ficción y es el editor de El archivo de Nessus, una exitosa página web dedicada a todo tipo de libros donde no falta la ciencia ficción: (<http://archivodenessus.com>), con la que obtuvo el Premio Ignotus 2000 a la mejor producción audiovisual en la votación realizada entre los miembros de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción y los asistentes a su convención de 2000.

Además de su obra creativa de ciencia ficción escrita por separado, ambos autores han colaborado diversas veces, primero al compilar la antología de la mejor ciencia ficción española del momento en CUENTOS DE CIENCIA FICCIÓN (1998, Bígaro Ediciones) y también en la novela corta TESTIMONI DE NAROM (1998, publicada en 2000 por Pagés Editors) con la que obtuvieron el Premio Juli Verne en la Nit de les Lletres Andorrana de 1998.

EL OTOÑO DE LAS ESTRELLAS (2001, NOVA número 142) es su primera novela en castellano y se inscribe fácilmente en una ciencia ficción hard, basada en especulaciones científicas, muy poco habitual en España.